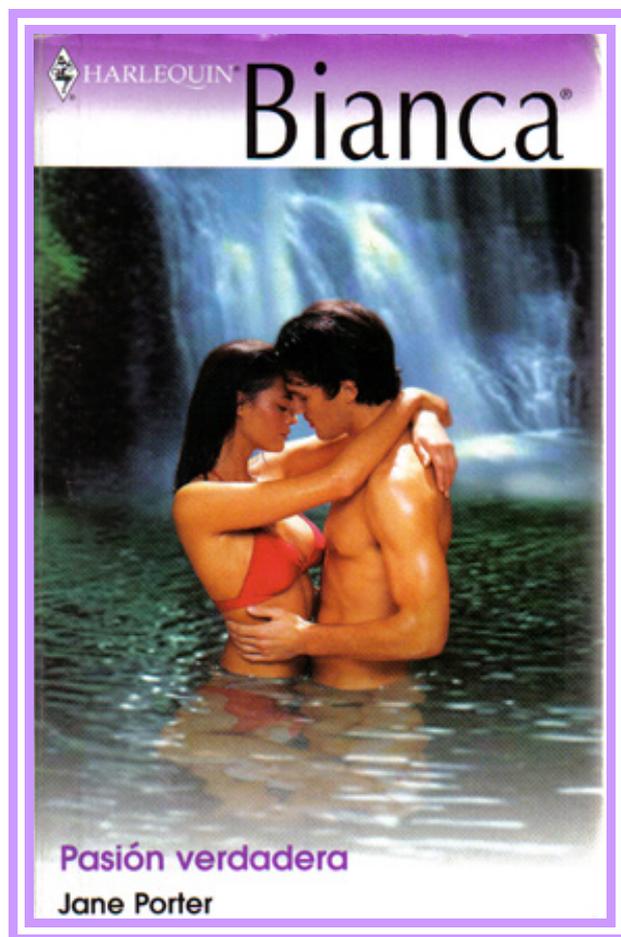


Pasión Verdadera

Jane Porter

5º Serie Galván



Pasión verdadera (2004)

Título Original: The spaniards passion

Serie: 05 Galván

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello Colección: Bianca 1552

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Alonso Galván y Sophie

Argumento:

Había jurado que algún día aquella mujer sería suya...

Tras la muerte de su marido, Sophie no tenía nada más que deudas. Necesitaba cerrar aquel desafortunado período de su vida y la única manera de conseguirlo era viajar a Sudamérica y cerrar la puerta del pasado.

Pero Sophie no podía olvidar que había aceptado un matrimonio sin amor para escapar de la irrefrenable pasión de otro hombre, el millonario sudamericano Alonso Galván. Alonso la encontró sola, vulnerable y necesitada de ayuda... parecía que su sueño se había hecho realidad. Ahora podría enseñarle la verdadera pasión... y podría convertirla en su esposa.

Prólogo

Un tórrido sol que obligaba a entrecerrar los ojos, unido al rítmico golpeteo de las olas rompientes, había sumido a Sophie Johnson en un dulce sopor. Se arrellanó un poco más sobre la toalla extendida en la arena caliente. En los últimos diez días había sido más feliz que... en toda su vida.

De pronto notó cómo una sombra se cernía sobre ella y todo su cuerpo se tensó con una llamarada de excitación y alarma. Entreabrió los ojos y miró hacia arriba sabiendo que se trataba de Alonso Huntsman. ¿Cómo era posible adorar de esa manera a una persona que le atacaba tanto los nervios?

Alonso estaba de pie junto a ella, chorreando y salpicándola ligeramente mientras se sacudía el pelo. El agua salada escurría por todo su cuerpo, destacando la fortaleza de los brazos y la musculatura de su vientre plano, así como el maravilloso tono dorado de su piel, que era fruto del verano pasado al aire libre en la playa.

– Hueles de maravilla, Sophie. Me dan ganas de darte un mordisco.

– Es sólo la crema de protección solar, Lon – repuso ella, tratando de hacer caso omiso del retumbar de su corazón –. Seguro que tiene un sabor desagradable.

– Eso tendría que decidirlo yo – contestó él con una sonrisa maliciosa.

Clive Wilkins, hijo del influyente banquero Lord Wilkins, se estiró inquieto sobre su toalla extendida junto a la de Sophie.

– ¿Me podríais hacer el favor de callaros?

– ¿Estamos entorpeciendo tu sueño, viejo amigo? – preguntó Alonso agarrando su toalla para secarse la cara.

– Pues sí, eso es precisamente lo que estáis haciendo – replicó Clive, escondiendo un poco más la cabeza debajo del ángulo de su codo.

– Sólo quiero probarte una vez, a ver a qué sabes – susurró Alonso al oído de Sophie con un enigmático brillo en sus ojos azules. Sabía que estaba provocándola, pero también estaba seguro de que a ella le gustaba.

– ¿Sólo una vez?

– Sólo un lametón, te lo prometo – repuso él muy serio.

Retorciéndose de vergüenza por dentro y tratando de no soltar una carcajada, Sophie le lanzó el frasco de loción solar.

– Ahí tienes lo que querías. Disfrútalo.

– ¡Por todos los diablos! – juró Clive, incorporándose –. Acabáis de arruinarme una siesta estupenda – añadió mientras tomaba la muñeca de Sophie y la lamía –. Horroroso – dictaminó, apartando con disgusto la mano de ella para volver a tumbarse con un brazo sobre los ojos –. Sabe a plástico. Estoy seguro de que no iba a gustarte, Lon. Y, ahora, ¿seréis capaces de guardar silencio durante un rato para que pueda dormir?

—Lo único que pasa es que no quieres que la toque —se burló Lon dejándose caer sobre su toalla—. Creo que estás celoso, amigo.

Clive no se molestó en abrir los ojos.

—¿Celoso de un par de seres humanos tan patéticos como vosotros? —dijo vocalizando a la perfección con un inglés británico y aristocrático—. Pues no faltaría más. Un obcecado escocés y un boceto de princesa... justo la clase de gente que cualquiera celebraría tener como amigos.

«¿Un obcecado escocés?». «¿Un boceto de princesa?». Sophie se mordió el labio, intentando no reírse, pero finalmente no pudo evitarlo. En cuanto ella soltó la carcajada, sus dos amigos la secundaron jubilosamente. Sophie apenas logró contener las lágrimas de alegría. Eran las mejores vacaciones veraniegas que había pasado en toda su vida. Clive y Lon eran incorregibles, irredimibles e imposibles... y ella los amaba con todo su corazón.

Contempló las olas del Océano Pacífico estrellándose contra las blancas arenas de la playa colombiana de Buenaventura y supo que nada podría superar nunca las emociones dulces e inocentes de ese verano. Le hubiera gustado poder detener el tiempo para que los tres siguieran juntos eternamente.

Capítulo 1

— ¿Cuánto? —preguntó Lady Sophie Wilkins estirando la mano para ver cómo relucía el anillo. La esmeralda tallada rodeada de diamantes brillaba bajo la luz fluorescente de la joyería, lanzando destellos parecidos a los fuegos artificiales.

— Diez mil libras —repuso el joyero.

Sophie movió la mano, girando levemente la muñeca, hipnotizada por el fulgor cálido de la esmeralda y por el centelleo azul y amarillo de los brillantes.

Oyó cómo se abría la puerta de la joyería detrás de ella, pero no pudo separar la vista de la joya que llevaba en el dedo anular. «Diez mil libras», se dijo, a sabiendas de que nunca volvería a poseer algo tan bello. Pero no podía quedárselo. Necesitaba viajar a Brasil y aún tenía un montón de deudas pendientes. El dinero era imprescindible.

Su silencio inquietó al joyero.

— Podría llegar a pagar diez mil quinientas, Lady Wilkins, pero me resulta imposible pasar de ahí.

— ¿Ni siquiera teniendo en cuenta que mañana podrá venderlo por el doble de precio? —preguntó una voz masculina con tono burlón.

Sophie se sintió traspasada por una sensación de reconocimiento. No podía ser... Muy despacio, se dio media vuelta y miró al hombre que estaba junto a ella, quedándose sin aliento.

— ¿Lon...?

— Hola, Sophie.

Ella no pudo apartar la mirada, pero cerró el puño y se quedó mirándolo como si se tratara de un fantasma.

— ¿Qué haces aquí?

— Ocuparme de ciertos negocios.

— ¿Negocios? —repitió ella medio atontada, como si fuera una idea descabellada, aunque sabía que Alonso era uno de los principales exportadores de esmeraldas del mundo.

El joyero se apresuró a guardar el monóculo y el tapete de terciopelo.

— No lo esperaba hasta mañana, señor Huntsman. Ni siquiera he limpiado la piedra.

Sophie lo miró sorprendida mientras sus dedos aún acariciaban inconscientemente el anillo de boda.

— ¿Vas a comprar una piedra?

— Una esmeralda —repuso Lon.

¿Había recorrido ese hombre medio mundo para comprar una esmeralda?, se

preguntó Sophie.

— Debe ser muy valiosa — dedujo en voz alta.

Él no había apartado la vista de sus ojos en ningún momento.

Procede de mi mina, por lo que podríamos decir que tiene cierto valor sentimental.

Durante la breve conversación, Sophie había sentido tanto frío como calor, pero se decidió a zanjar el asunto que tenía entre manos. Se quitó el anillo de casada y se lo entregó al joyero.

— Acepto su oferta.

El joyero asintió y se metió en un bolsillo el anillo que Clive le había regalado hacía ya casi seis años,

— ¿Desea un talón bancario, Lady Wilkins?

— Sí — asintió ella con tono ahogado —. Gracias.

Mientras el joyero entraba en la trastienda, Sophie se abotonó el abrigo.

— ¿Estás vendiendo tu anillo de boda? — preguntó Lon.

— Es un joyero muy reputado — contestó ella odiando haberse puesto a la defensiva.

— ¿Estás escasa de dinero?

— Estoy bien — de ninguna de las maneras pensaba contarle a Lon la verdad. No quería que él la mirara con lástima y simpatía. Había elegido a Clive. Y ahí se terminaba la historia —. No sabía que estabas en Londres.

— Tengo una casa en Knightsbridge.

— ¿Vives aquí?

— Sólo parte del año.

— No tenía ni idea — dijo ella, extrañada.

Lon había detectado la inmensa sorpresa en su tono de voz y reaccionó con vivo interés. Había sabido desde el principio que su matrimonio no había sido feliz, pero Sophie jamás había levantado la voz en contra de Clive.

— Siempre estoy viajando entre Latinoamérica y Londres. Necesidades del negocio.

Lon no la había visto desde hacía años, pero ella seguía siendo una belleza, aunque se podía apreciar cómo el sufrimiento había adelgazado ligeramente sus facciones. Y, a pesar de ello, Sophie podía presumir de estar dotada de una hermosura natural que muchas mujeres sólo lograban mediante la cirugía estética.

El joyero regresó con el cheque, se lo tendió a Sophie y ella se lo guardó en silencio. Una vez completada la transacción, murmuró una frase de despedida y se dirigió hacia la puerta de salida, escoltada por Lon.

— ¿Te has olvidado de tus negocios? — protestó ella.

– La piedra no está lista. Volveré mañana.

En la calle hacía frío y caía la tarde. Sophie inhaló profundamente con el fin de aclararse las ideas. Lon estaba allí. Era imposible, increíble. Jamás se había encontrado con él por casualidad desde aquellos lejanos tiempos en Colombia.

Se levantó las solapas del abrigo mientras contemplaba el edificio de Harrods, al otro lado de la calle, cubierto de arriba abajo con luces de colores.

– Estamos casi en Navidad – comentó Lon, rompiendo el molesto silencio que se había impuesto entre ellos.

Eso significaba que ya llevaba dos años sin Clive, recordó Sophie mordiéndose el labio inferior mientras luchaba contra las lágrimas y contra las confusas emociones que la embargaban.

Había echado de menos a Lon, sólo Dios sabía cuánto. Habían sido amigos íntimos durante años, pero de pronto había desaparecido de su vida. Hizo un esfuerzo para recordar cuándo había sido la última vez que lo había visto, pero hacía ya tanto tiempo que fue en vano.

– Sigues teniendo un aspecto belicoso – le reprochó ella con tono ronco.

– Y a ti no te gustan los hombres de aspecto belicoso.

– Tú me gustabas.

– ¿Y ahora ya no?

– Tengo que irme a casa – atajó Sophie –, la condesa me está esperando.

Estaba empezando a llover.

– Te llevaré – afirmó Lon.

– Está demasiado lejos. Una hora y media...

– Te llevaré – repitió él pasándole un brazo por los hombros para protegerla del frío y de la lluvia.

Sophie comprobó que él seguía siendo un hombre musculoso y sólido, imponente. Y se sintió como si una ola gigantesca la hubiera barrido de cubierta y estuviera a punto de ahogarse. Sólo llevaba veinte minutos con él y ya parecía que el mundo había cambiado por completo. Lo cual no era de extrañar, tratándose de Lon. Siempre había sido un hombre poderoso que dominaba fieramente los embates de la vida.

Una vez acomodada en su coche, Sophie se sintió extrañamente embargada por sentimientos de melancolía, reproche y desesperación. Nada le hubiera gustado más que poder volver a los dichosos días de su juventud compartida.

– Te he echado de menos, Sophie – dijo él con calma.

Ella sintió una dolorosa sacudida del corazón, similar a las que había sentido cuando ambos eran adolescentes y ella se veía incapaz de responder al deseo evidente de él.

Parpadeó para ahuyentar las lágrimas. Estaba avergonzada de la intensidad de sus

propios sentimientos. Hacía años que no se sentía tan emocionada. Siempre había mantenido el control, incluso al enterarse de la muerte de Clive. Intentó echarle la culpa a los nervios, al cansancio o al estrés, pero sabía que la causa estaba en Lon. Él siempre provocaba intensas emociones a su alrededor, irradiaba magnetismo. El contraste entre su pelo negro azabache y sus ojos intensamente azules llamaba poderosamente la atención. No era un inglés típico y quizá por eso fascinaba a las mujeres. Parecía extranjero y... peligroso. Sí, no cabía la menor duda, podía resultar peligroso.

– ¿Qué miras? – preguntó él acelerando tras tomar una curva.

– Te miro a ti – repuso ella, intentando inútilmente disipar la magnitud de sus sentimientos. Se reprochó haber cedido y estar junto a él. Huntsman no era un hombre superficial, todo lo que hacía respondía a convicciones sólidamente arraigadas. Y ella no podía permitirse que fructificara el acercamiento que acababa de producirse. Ya no eran simples adolescentes. Además, Alonso seguía siendo igual de impredecible, intimidante y esas no eran sensaciones que ella deseara incorporar a su vida.

La mirada de Sophie se fijó primero en su amplia frente, luego en la potente mandíbula y en la poderosa nariz, antes de detenerse en una delgada cicatriz que seguía el trazado de uno de sus pómulos.

– ¿Cómo te has hecho esa cicatriz?

– Tropecé mientras me afeitaba – repuso él acomodándose en el respaldo del asiento.

Sophie no se lo creyó ni por un momento, aquello no podía ser un simple accidente frente a un espejo.

– Pues la hoja de afeitar debía ser enorme – comentó.

– Lo era – corroboró él con una mueca.

Ella no podía apartar los ojos de la cicatriz, habría afeado el rostro de cualquier otro hombre, pero en el de Lon era signo de fortaleza y carácter. Toda su persona exhalaba el poderío de quien se ha enfrentado a la vida y ha vencido.

– ¿Te dolió?

– Me dolió más perderte.

Ella contuvo el aliento y se miró las manos. La izquierda parecía desnuda sin el peso del anillo de boda.

– ¿No te has casado? – preguntó Sophie, intentando pisar un terreno más firme. Clive le había contado que Lon tenía casas y oficinas en Bogotá y Buenos Aires, pero nunca le había hablado de Londres.

– No.

– ¿Has estado prometido?

– Tampoco.

– ¿Tienes pareja?

– Eres demasiado curiosa, «muñeca». ¿Estás interesada en optar al puesto? – preguntó con una sonrisa burlesca.

Sophie notó cómo su corazón empezaba a latir a toda velocidad mientras su cuerpo temblaba ante la proposición.

– Lo siento. No me interesa – articuló al fin, intuyendo el peligro y sabiendo que no debería haberse montado en su coche—. La convivencia real es mucho menos interesante de lo que los cuentos de hadas nos dan a entender.

– Veo que habla una princesa desilusionada.

– Ni siquiera princesa.

– No, sólo una mujer venida a menos y obligada a vender primero su casa, luego su coche y ahora su anillo de boda.

Sophie cerró los ojos ante el dolor que todo aquello representaba para ella y que él no quería soslayar.

– Sólo son objetos – se defendió con un susurro.

– Ya – repuso Lon sardónicamente, consciente de estar echando sal en la herida – , ¿y qué significan los simples objetos cuando se disfruta de una vida llena de amor y ternura?

En ese momento, Sophie estuvo a punto de odiarlo... de odiar su frialdad y su cinismo. Él sabía, sin duda, que ella vivía a solas con la condesa, la madre de Clive. Y, por descontado, él conocía a esa señora personalmente y sabía que no era una mujer acogedora, por lo que seguramente suponía que Sophie estaba atrapada en la casa de Melrose Court sin alternativa posible y sin libertad. Lo cual era dolorosamente cierto, aunque ella no estuviera dispuesta a admitirlo en voz alta. Si él deseaba seguir torturándola, Sophie no se lo podía impedir, pero tampoco estaba dispuesta a alentarle. En breve llegarían a Melrose Court y ella se quedaría allí mientras él desaparecía en la noche y para siempre.

– Yo te hubiera pagado el doble por el anillo, Sophie – dijo Lon rompiendo el silencio – . ¿Por qué no has acudido a mí?

– No necesito tu caridad.

– No es caridad. Sólo la esmeralda valía veinte mil libras. Y el engaste otras diez o quince mil.

Ella se encogió de hombros, obligándose a no pensar en ello.

– Estoy satisfecha con lo que me ha pagado el joyero.

– Como quieras, si eso te hace feliz... – cedió él frotándose una ceja.

Lon llevaba el pelo más largo que hacía diez años, le llegaba casi hasta los hombros. Y su cuerpo parecía demasiado grande para el Porsche negro que conducía. Y no sólo era grande sino también fuerte y poderoso. Sophie sabía que Lon había trabajado como obrero en las minas antes de comprar su lote de acciones y convertirse en propietario. No había temido ni las cargas explosivas ni los precarios túneles que horadaban la tierra. Se sorprendió pensando que formaban una curiosa

pareja: Lon no sentía miedo por nada y ella sentía miedo por todo.

– ¿Cuánto tiempo duró la luna de miel, Sophie? – se interesó él.

Ella soltó un respingo al verse descubierta.

– Eso no es asunto tuyo.

– Pues yo quiero saberlo – insistió él con frialdad –. Cuéntamelo. ¿Cuánto tiempo tardaste en darte cuenta de que habías cometido una equivocación?

A ella se le secó la garganta y se vio obligada a tragar saliva apresuradamente.

– ¡Déjame en paz!

– Me niego.

– No tienes derecho a...

– Yo te amaba – le espetó Lon con furia –. Clive nunca te amó, se casó contigo para que yo no pudiera disfrutar de ti.

– Mentira.

– Verdad. Y tú, pequeña tontuela, no tuviste los arrestos suficientes como para hacer caso de tus verdaderos sentimientos. Tenías tanto miedo de mí que te arrojaste en sus brazos a la primera oportunidad.

Sophie movió la cabeza, las palabras de Lon se le estaban clavando en el corazón, pero no había escape posible. Ese hombre había ido en su busca porque aún la deseaba y ella supo instintivamente que ya no pensaba dejarla escapar.

– ¿Puedes imaginarte cómo me sentí al darte por perdida para siempre? – prosiguió él mientras caía la noche –. Sabía que jamás te prestarías a tener un amante. La buena de Sophie Johnson se mantendrá fiel a su marido hasta el final de los tiempos. Tengo razón, ¿no? ¿Le fuiste fiel?

– Por supuesto – repuso ella conteniendo las lágrimas

– ¡Por supuesto! – exclamó él con una sonrisa descompuesta –. Fiel a todo el mundo menos a mí.

Ella se ruborizó intensamente.

– Éramos demasiado jóvenes, Lon.

– No tanto.

– Y ha pasado mucho tiempo.

– No el suficiente como para que yo te haya olvidado.

– Lon...

– No des por zanjado el tema, Sophie, porque no lo está – advirtió él con una voz severa, casi en trance –, Ni siquiera hemos empezado – añadió –. Tú aún no has cumplido los veintiocho años y yo sólo tengo treinta y dos. Tenemos todo el tiempo del mundo por delante.

Cuando llegaron a Melrose Court, Sophie se sentía confusa y con náuseas. Lon le

lanzó una dura mirada en cuanto hubo aparcado.

– ¿Has comido algo hoy?

– Estoy bien – musitó ella, intentando en vano salir del coche por su propio pie.

Haciendo caso omiso de su endeble protesta, Lon la tomó en brazos y subió las escaleras de la entrada principal de la casa.

– Ha sufrido un ligero desmayo – informó a la sorprendida Condesa Wilkins mientras permitía que Sophie pusiera los pies en el suelo, pero sin soltarla—. Le vendría bien un vaso de agua.

La condesa desapareció en el interior de la casa y Lon escrutó el rostro de Sophie.

– Estás bastante pálida, «muñeca» – comentó con cierta acritud.

Sólo Lon podía ser tan despiadado y tener tantas ganas de castigarla. Sin embargo, lo que decía era cierto y tenía que admitir que lo había amado en aquella época remota, pero él había pedido algo más que amor, él lo había querido todo, había querido poseerla por entero. Y a ella le había dado miedo.

– No estoy preparada para rehacer mi vida con otro hombre – susurró Sophie, consciente de que la condesa volvería en cualquier momento.

– ¿De veras?

– Así es.

– Entonces no hay nada de verdad en los rumores que te vinculan a... ¿cómo se llama ese millonario tan apuesto?

– Federico – contestó ella entrecortadamente.

– Federico – repitió Lon muy despacio—. Parece un nombre extranjero.

– Todos lo somos un poco, ¿no?

En cualquier otro momento, Lon hubiera sonreído al oír el comentario. Era cierto que desde muy jóvenes, desde que se habían conocido en Latinoamérica, su mundo había estado poblado por gentes de muy distintas nacionalidades... diplomáticos, ingenieros, banqueros... Pero era imposible sonreír cuando se estaba hablando de Federico Alvare.

Miguel Valdez era uno de los mayores narcotraficantes latinoamericanos y Federico Alvare, su mano derecha. En su calidad de antiguo miembro del MI6, el servicio de espionaje británico, Lon conocía personalmente a Federico y sabía que podía meter a Sophie en un auténtico infierno.

– Me parece bien que te hayas echado un novio – comentó él desenfadadamente, tratando de no mostrar las brasas que lo consumían por dentro. Podía concebir la idea de ver a Sophie con otro hombre, pero con Alvare... jamás. Había sido el rumor de que ella había entablado relación con uno de los criminales más buscados y peligrosos del planeta lo que lo había llevado a Londres. Y el rumor acababa de confirmarse—. No hay ninguna razón que te impida volver a salir con un hombre. Ya han pasado dos años.

–No tengo ningún interés romántico todavía, Lon. Sólo es un amigo, solía trabajar con Clive.

Él no supo qué pensar. Lo que ella acababa de decir podía interpretarse como genuina inocencia o como maldito descaro.

–No tenía ni idea.

Sophie apretó los labios mientras una guedeja de su negro cabello se soltaba del moño y caía sobre su rostro, acentuando la palidez de su piel.

–Es normal que no sepas nada. En cuanto Clive y yo nos casamos desapareciste de nuestras vidas.

Él admiró su tentador cuello nacarado y pensó que, a partir de entonces, iba a tener que emplearse a fondo para protegerlo de los peligros que lo acechaban y de la tragedia.

–Fue algo mutuo, Sophie.

–Clive intentó recuperar el contacto contigo—masculló ella, con los ojos en llamas. Llevaba un vestido de lana y los dos botones superiores se habían desabrochado, por lo que Lon tenía una buena perspectiva de su sostén de encaje color marfil.

–No con demasiado interés.

–Nunca le devolviste las llamadas. No tienes ni idea de lo mucho que sufrió por ti, de lo mucho que sufrimos los dos.

Lon no tenía el menor inconveniente en dejar que Sophie siguiera hablando, estaba sumamente interesado en su escote, en la línea de su cuello y en su apetecible boca. Los labios de Sophie, incluso sin maquillaje, eran rotundos y muy rosados. Y todo lo que él deseaba era pegar su boca a la de ella para beberse todas las palabras de desaliento que ella estaba pronunciando y abrazarla hasta que sus cuerpos se fundieran en uno solo. Era consciente de sentir un ansia física y notaba cómo las partes vitales de su anatomía se endurecían con sólo mirarla. Quería apoderarse de su mente y compartirla..., perderse en su cuerpo y saborearlo.

–Podrías haberme llamado tú —dijo a pesar de que la condesa ya estaba de vuelta con el vaso de agua.

–No puedes imaginarte la alegría que me da volver a verte —intervino la condesa Louisa, dándole un ligero abrazo—. Han pasado años, Lon. Desde el funeral de Clive, creo.

Él sintió cómo el cuerpo de Sophie se enervaba.

–Así es —respondió, deseoso de cambiar de tema—. Sigues estando estupenda, Louisa, por ti no pasa el tiempo.

–Gracias, Alonso —dijo la condesa sintiéndose halagada—. Eres muy amable. Vas a quedarte a cenar, ¿verdad?

–Creo que tiene otros asuntos de qué ocuparse —intervino Sophie con una mirada de pánico.

—No, esta noche no —puntualizó él—. Me encantaría cenar con vosotras.

—Le diré a Cook que añada otro plato a la mesa —concluyó Louisa con satisfacción—. Sophie, hazme el favor de ofrecerle una bebida a nuestro invitado.

—Parece que a la condesa le ha sentado bien tu visita, Lon —comentó Sophie mientras observaba cómo él se servía un buen vaso de whisky.

—Es la época. Se siente nostálgica porque estamos casi en Navidad.

Sophie se acomodó en uno de los sofás en silencio.

—Debe ser difícil para ti vivir aquí, a solas con la condesa —prosiguió Lon, con mayor serenidad de la que sentía, puesto que estaba casi enfadado al imaginar la precariedad de una situación familiar como ésta.

No le gustaba perder la calma. Algunos de sus antiguos compañeros solían bromear con él, asegurando que se enfrentaba al menor reto con una fuerza sobrehumana. Y, en parte, tenían razón. Lon era capaz de levantar el doble de su peso corporal sin apenas esfuerzo alguno. Y en cierta ocasión, durante un entrenamiento de campaña, había sido el único capaz de mover una roca de seiscientos kilos. Cuando se comentaba el tema, él achacaba su insólita fuerza a la herencia, puesto que su padre había sido un corpulento minero escocés.

Pero eso era sólo una verdad a medias. Era cierto que su padrastro había sido un minero escocés, pero su padre biológico había sido un aristócrata argentino que se había matado estrellándose contra un árbol mientras conducía a toda velocidad y borracho.

Lon tenía la impresión de que era precisamente su sangre argentina la que se sublevaba tan fácilmente.

Sophie cambió de posición con aire miserable.

—Louisa ha sido muy amable conmigo —comentó educadamente, sin entrar a describir los pormenores de su relación.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada teñida de sarcasmo. Louisa siempre había tratado a Sophie como a una ciudadana de segunda clase. Pero se contuvo, diciéndose que las cosas podían haber cambiado en los últimos años.

—Tiene buen aspecto, de eso no cabe la menor duda. ¿A qué se dedica?

—Disfruta de una salud perfecta y, en esta época del año, está entregada en alma y vida a la tradicional gala de Navidad.

—Cierto —recordó Lon—, la famosa gala de los Wilkins. Recibí una invitación la semana pasada.

—¿Has recibido una invitación? —preguntó Sophie con sorpresa.

—Recibo una todos los años —repuso Lon con satisfacción, aunque sabía que la condesa no le profesaba demasiado afecto—. Pero no suelo estar en Londres durante esas fechas.

—¿Piensas venir? —preguntó ella temerosamente.

—¿Debería? —repuso él, consciente de que Sophie estaba nerviosa.

—No —repuso ella instintivamente, para sonrojarse a continuación—. Quiero decir que no es el tipo de reuniones a las que a ti te gusta acudir. Habrá cientos de personas y la comida será escasa. Ni siquiera creo que conozcas a ninguno de los invitados.

—Pero merecería la pena sólo por volver a verte.

Sophie había empezado a levantarse, pero volvió a dejarse caer sobre el sillón, apesadumbrada.

—No va a pasar nada entre nosotros, Lon —aclaró con esfuerzo—. Todavía no he superado lo de Clive. No estoy preparada para emprender algo nuevo.

—Yo no soy nuevo.

Eso era verdad, se dijo Sophie, sintiendo cómo el corazón le latía en el pecho. El había formado parte de su vida durante los últimos quince años, pero nunca había reunido las condiciones necesarias para que ella se interesara seriamente por él.

—Por favor, no me dificultes las cosas, Lon. No me obligues a ser maleducada contigo.

—¿Tú? ¿Maleducada? —rió él sin humor—. No podrías mostrarte maleducada ni aunque lo intentaras. Para ti el tacto es la mayor virtud. Pero no tienes nada de qué preocuparte, Sophie, ya te has convertido en la mártir que siempre deseaste ser.

Ella movió la cabeza y clavó los dedos en el cojín. No se sorprendió de lo que había oído porque él siempre había sabido cómo hacerle daño, lanzándose justo a la yugular.

—Y tú, Lon, ¿disfrutas deliberadamente de ejercer la descortesía?

Él observó que los rasgos de ella se endurecían temblorosamente haciéndola parecer muy frágil, muy distinta de la mujer cálida y desenvuelta por la que había suspirado durante años. Sin embargo, Sophie estaba dotada de un extraño atractivo y perderla había sido el mayor desastre de toda su vida. Y, además, tenía razón. Había sido desconsiderado con ella a propósito, con el deseo de herirla para castigarla por haber elegido a Clive en vez de a él.

El corazón de Lon había quedado herido de muerte el día que la había acompañado hasta el altar para entregársela a Clive, ocupando el lugar que habría correspondido a su difunto padre. Pero él no quería ser tratado como un miembro más de la familia. Él quería ser su amante.

—No —contestó tristemente—, no disfruto siendo descortés, simplemente lo soy.

Capítulo 2

Lon sacudió la cabeza apesadumbrado.

—Lady Wilkins —le dijo a Sophie con toda pompa—, me da la impresión de ser capaz de controlar cualquier cosa perfectamente, menos en lo que a usted atañe —explicó, no sin un toque de ironía.

—¿Y todavía te preguntas por qué Clive se sentía incómodo contigo después de habernos casado? —le espetó ella, levantándose del sofá.

No, él nunca se había preguntado por qué Clive se sentía incómodo en su presencia. No se lo había preguntado porque lo sabía. Pero no podía contárselo a Sophie, no podía contarle ninguno de los secretos de Clive... porque la verdad la haría sufrir tanto a ella como había sufrido él al enterarse.

Lleno de recuerdos y emociones, Lon se encaminó hacia ella.

—Si Clive y yo nos distanciamos no fue por cortesía mía...

—O por la ausencia de ella —contraatacó Sophie con brío, dando un paso atrás—. Tú lo eras todo para Clive. Te adoraba. Lo sabes. Eras el mejor amigo del mundo. De modo que... ¿por qué lo alejaste de ti? ¿Qué pasó?

—Crecimos.

—No puede haber sido sólo eso. Habíais sido amigos íntimos durante años. Lo compartíais todo. Fuisteis al mismo colegio y a la misma universidad. Incluso se apuntó al ejército del aire cuando tú lo hiciste.

La mirada azul de Lon cayó sobre los ojos de Sophie.

—Puede que nos hubiéramos vuelto demasiado dependientes el uno del otro. Y creo sinceramente que Clive hubiera sido más feliz con otros amigos. Llegué a convencerme de que yo no era una influencia positiva para él, le hacía perder su autoestima.

Se estaban metiendo en un territorio inexplorado. Ella sabía que Lon se había enemistado con Clive hacía ya mucho tiempo y quería saber por qué, igual que necesitaba entender qué era lo que le había pasado a Clive en Brasil.

—¿Por qué te convertiste en una mala influencia para él de la noche a la mañana? ¿Por qué os enfadasteis?

Él dudó, sin ganas de ahondar en el tema.

—Nosotros... cambiamos —dijo finalmente—. Nos distanciamos.

Pero ella no quería darse por vencida, esa desavenencia estaba relacionada con el misterio que rodeaba la vida de Clive y había sido determinante para que su matrimonio se convirtiera en un desastre.

—Clive no cambió. Fuiste tú.

—No, fue mutuo. Clive era un hombre complicado.

«¿Clive, complicado?». Sophie no podía creérselo, su marido había sido el hombre más transparente del mundo.

— Eso no tiene sentido, Lon. Te conozco y sé que eres muy capaz de hablar claro, pero ahora no haces más que salirte por la tangente. No me estás contando nada nuevo.

— ¿Y qué tendría de positivo que yo te contara por qué nos alejamos? ¿Sería de alguna ayuda? —preguntó él acercándose a ella para abotonarle el cuello del vestido—. Éramos amigos, los tres, y yo nunca he querido haceros daño, ni a ti ni a él —añadió rozando con los dedos la línea de su mandíbula.

Ella sintió una inesperada llamarada de placer que llegó hasta el centro de su feminidad, pero cerró inmediatamente los puños tratando de no dejarse invadir por el deseo. La vida no era un camino de rosas jalonado de episodios de placer y deseo..., la vida era muy dura y había que mantener una calma fría para evitar el sufrimiento. Se necesitaba tener una mentalidad práctica para salir adelante y Lon era la persona menos práctica del mundo.

Sophie contuvo el aliento con el fin de centrarse en el enfado y no dejar paso a otro tipo de emociones. «Recuerda», se dijo, «Lon es un hombre viajero, el ejemplo vivo de un soltero pertinaz que desprecia todo tipo de ataduras y que no necesita tener un domicilio fijo, ni hijos, ni raíces». Por eso, ella había elegido a Clive.

Durante su época como estudiante interno, Lon jamás había ido a su casa a pasar unas vacaciones... ni siquiera un fin de semana. Siempre había pensado que aquello había sido producto de una decisión de su madre, pero después se había enterado de que había sido el propio Lon el que se había negado a convivir con su padrastro.

— ¿Ves a tu madre alguna vez? —preguntó Sophie, fracasando al intentar hacer caso omiso de los dedos que aún acariciaban su cuello. Sin, al parecer, prestar mayor interés, él había conseguido provocar un torrente de emociones en ella, tan intenso que sintió miedo.

—Alguna vez —repuso él, mirándola intensamente a los ojos con un aura ensombrecida por los secretos no compartidos—. Boyd y mi madre regresaron a Escocia, viven a las afueras de Edimburgo. He prometido pasar con ellos el día de Navidad, pero al día siguiente volveré a Londres.

Ese día ella estaría volando hacia Brasil.

— ¿Cómo están?

— Bien. Disfrutando de la jubilación. Y tú... ¿cómo estás tú? —preguntó con tono ronco acariciando suavemente la línea de su clavícula—. ¿Eres feliz?

Sophie tembló sintiendo repentinamente una gran nostalgia de lo que podía haber sido y no fue. Pero no podía controlarse, Lon seguía tan cautivador como siempre.

— ¿Feliz? —susurró ella, sabiendo que aunque nunca podría amarlo como él pretendía, tampoco podría llegar a odiarlo—. Mi marido ha muerto, he perdido mi casa y dependo de la generosidad de mi suegra para subsistir. ¿Tú qué crees? —preguntó mirándolo a los ojos.

– Creo que me necesitas – repuso él, acariciándole la barbilla con el dedo pulgar.

– Eres increíblemente arrogante.

– Y tú, poco positiva.

De pronto se abrió la puerta de la biblioteca y entró la condesa, que alargó la mano para colgarse del brazo de Lon.

– La cena está servida, querido.

Durante el transcurso de la cena, la condesa Louisa ejerció de perfecta anfitriona, relatando una historia intrascendente detrás de otra. Aunque nada de lo que ella contaba tenía el menor interés para él, Lon la escuchaba atentamente mientras explicaba con todo detalle las decisiones que había tomado la Sociedad de Mujeres Horticulturas de Somerset para la próxima exposición primaveral.

Sophie se estaba aburriendo soberanamente y cuando Lon la miró fugazmente con un deseo evidente, sospechó que él lo entendía. Y ella se sintió llena de curiosidad. ¿Volvería él a besarla? ¿Sería capaz de resucitar las fuertes emociones que se habían apoderado de ellos cuando aún eran sólo simples adolescentes?

– ¿Un poco más de postre, querido? – preguntó la condesa.

– No, Louisa, gracias, todo estaba estupendo.

– Entonces, vente conmigo a la biblioteca – lo apremió la condesa mientras Sophie se ponía a recoger los platos.

– ¿No sería mejor que me quedase para ayudar a Sophie?

– Tonterías – lo desalentó Louisa agitando una mano—. Sophie puede hacerse cargo de todo – afirmó—. ¿No es así, querida? – le preguntó, volviéndose un instante.

– Por supuesto – repuso Sophie, no porque no agradeciera la ayuda sino porque necesitaba pasar unos minutos a solas en la cocina para recobrar la cordura.

El encuentro con Lon, el mero hecho de verlo y de hablar del pasado le había revuelto la mente. Debería estar concentrada en su próximo viaje a Brasil, pero sólo podía pensar en Lon y en todo lo que habían compartido. Era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que Lon siempre creaba alrededor de ella un clima de confusión y nerviosismo que parecía estar relacionado con una especie de deseo sin esperanza por parte de ella. Pero ella ya no era una cría, se había convertido en una mujer casada y luego viuda. Se dio ánimos pensando que si podía soportar la dureza de su propia vida, no iba a sucumbir durante una velada con Alonso.

– Me reuniré con vosotros en cuanto termine – concluyó antes de retirarse a la cocina con un montón de platos sucios.

Sophie tenía los brazos metidos en agua jabonosa hasta los codos cuando un brazo le rodeó la cintura mientras con la otra mano agarraba un trapo para secar la vajilla.

– ¿Qué haces? – preguntó ella, mirándolo de reojo.

Por toda respuesta, él se arremangó y se puso manos a la obra, con una sonrisa de

complicidad en los labios.

– Te ayudo a recoger – dijo al cabo de unos instantes.

– No creo que eso le agrade a la condesa.

– Ella no lo sabe. Piensa que estoy en el cuarto de baño – contestó él con una malicia casi infantil y tan parecida a la de aquel verano en la playa que Sophie se vio inundada de sentimientos dolorosos.

– Parece que no has cambiado mucho – comentó dirigiéndole una breve mirada.

– No. Y no creo que a ti te hubiera gustado que cambiara. Pásame ese plato – dijo acercándose hasta que sus caderas se rozaron –. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo con la condesa?

– Algo más de un año – confesó ella con la voz quebrada –. Desde que cerramos la casa de Humphrey – esa casa era la que había compartido con Clive –. En cuanto me di cuenta de que no podría seguir manteniéndola.

– ¿Y qué tal te sienta vivir con ella?

– Es interesante.

– Sin duda tenéis que haber entablado una buena relación para superar más de un año de convivencia.

– No he tenido otra alternativa – repuso ella encogiéndose de hombros –. Pero la verdad es que todo va bien. Para mí ha sido una verdadera suerte que me haya abierto las puertas de su casa.

– Pero...

– No hay ningún pero. Inglaterra no tiene nada que ver con Latinoamérica.

– ¿Te acuerdas de Colombia?

– Constantemente – repuso ella con una sonrisa antes de dejar caer la vista sobre el agua sucia de la pila –. Fueron los mejores años de mi vida.

«Menuda confesión», se dijo Lon.

– ¿Qué es lo que más recuerdas de Colombia?

– Buenaventura – las vacaciones escolares en la casa de los Wilkins junto a la playa. Clive se las había arreglado para que su padre aceptara invitar a Sophie y a Lon durante aquel verano. Sophie quitó el tapón para que la pila se vaciara –. Fueron las mejores vacaciones de toda mi vida – recordó.

Los músculos de Lon se tensaron..., el tono de ella era tan nostálgico y se la veía tan sola. ¿Era ella misma consciente de lo sola que estaba?

– Vente a pasar la Navidad conmigo a Escocia – propuso él impulsivamente, pensando que eso podría hacerla feliz y que, además, estaría más segura. Tenía que alejarla de las garras de Federico.

– No puedo dejar a Louisa sola – repuso ella.

– Puede venirse con nosotros.

—No lo hará.

—Pues que no lo haga, pero no debes dejarte influir por las decisiones que ella tome.

Ella alzó la mirada, pensativa.

—¿Qué tipo de vida hacen Boyd y tu madre allí?

—Aprenden a convivir pacíficamente.

—Han pasado casi veinte años.

—A mi madre le ha costado cierto esfuerzo dejar de comparar a Boyd con mi padre.

—Pobre Boyd.

—El sabía que mi madre se había casado con él por despecho, siempre supo que no se trataba de un matrimonio por amor —dijo Lon con una sonrisa, apoyado sobre la encimera de la cocina—. Nunca te ha gustado mi madre, ¿verdad?

Sophie hubiera preferido evitar ese tema, puesto que no sabía cómo salir airosa. Pero Lon y ella eran viejos amigos y no cabía la mentira entre ellos.

—Nunca supe comprenderla.

—¿Qué es lo que había que entender? —preguntó él con curiosidad.

—Fuiste tú el que me contó que había tenido un romance con un hombre casado durante años.

—Ese hombre era mi padre.

Sophie tragó saliva con dificultad. Había notado el acento acerado en la voz de Lon y se había sentido afectada en lo más hondo.

—No entiendo cómo fue capaz de hacerte pasar por tanto sufrimiento... cuando eras tan sólo un niño y...

—Ella lo amaba y él la correspondía...

—¡Pero estaba casado! ¿Quién se preocupaba de los sentimientos de su esposa? ¿Y de sus otros hijos? ¿Cómo pudo tu madre consentir que sólo vieras a tu padre de tarde en tarde y que no tuvieras una familia para celebrar la Navidad o tu propio cumpleaños?

—Él me enviaba postales y regalos —repuso Lon con cierta dureza.

—Postales, regalos... —repitió ella ardiendo de enfado—. ¿Se suponía que los regalos debían compensar la ausencia egoísta de tu padre, la depresión de tu madre y el hecho de que tu hogar estaba roto?

—No se trataba de mi vida, sino de la suya. Se amaban...

—Puede que se amaran, pero tu corazón estaba roto en mil pedazos. ¡Sus decisiones fueron la causa de tu sufrimiento! —le espetó Sophie, dándose cuenta de que también estaba indignada por su propia historia familiar, cuyo dolor partía de la ausencia de una madre que los había abandonado cuando ella era muy pequeña.

Pero era imposible que Lon se diera cuenta de que la hostilidad de Sophie estaba especialmente dirigida a su propia madre.

– No sabía que mi madre te disgustase tanto.

– Yo...

– Ella no necesita que nadie la juzgue, tiene el mismo derecho que tú o que yo para cometer sus propios errores.

– ¿Qué errores?

– ¿Ya estás enterrando la cabeza bajo tierra como los avestruces? – replicó él, soltando el trapo y encaminándose a la puerta.

Mientras lo miraba marchar, el corazón de Sophie se rompió en dos. Habían sido tan buenos amigos..., él había sido la persona más importante del mundo hasta que... ¿qué había pasado? La respuesta era Clive.

Sophie se presionó la sien con una mano, sentía la cabeza pesada y estaba muy cansada. Había tratado de ocultar sus problemas al resto del mundo, pero los preparativos del viaje estaban agotando sus exiguas energías. Tenía que prepararse para aguantar la gala navideña de Louisa, tenía que evitar que Federico y Lon se conociesen y, después, tenía que tomar un avión hacia Brasil.

«Venga», se dijo, «dentro de unos días estarás en Sao Paulo como por arte de magia. Ten un poco de paciencia».

Sophie respiró hondo e irguió los hombros. Había llegado el momento de enfrentarse a Alonso y a Louisa y no tenía ningunas ganas.

– Ahí viene – dijo Louisa, levantando una mano en dirección a Sophie mientras ésta entraba por la puerta de la biblioteca en penumbra—. Nos estábamos preguntando si te habrías colado por el desagüe.

– No, no, no ha resultado ser una experiencia tan interesante – bromeó apáticamente intentando establecer contacto visual con Lon sin conseguirlo, ya que él estaba consultando el reloj con la intención de despedirse.

– Ya es hora de que regrese a Londres – dijo inclinándose sobre Louisa para besarla en la mejilla—. Gracias por la encantadora velada.

– Ha sido un placer para mí – repuso la condesa—. Espero que podamos contar con tu asistencia a la gala del sábado.

– Desgraciadamente, creo que voy a estar demasiado ocupado.

– Qué lástima. Sophie ha invitado a algunos amigos. Estoy segura de que te encantaría conocerlos.

– Sí, por descontado – corroboró él educadamente—. Feliz Navidad, Louisa.

Sophie acompañó a Lon hasta la puerta y de paso echó un vistazo a la desierta sala de baile. La grandiosa habitación se llenaría de gente al cabo de tres días, presidida por un gigantesco árbol de Navidad y engalanada para la ocasión.

– Va a ser una gran fiesta – comentó Lon, parándose para mirar.

— Siempre lo es — repuso Sophie.

Él la miró con dureza.

— ¿Sabes si alguno de tus amigos es conocido mío?

— No, no creo — contestó ella sonrojándose.

Él estudió su expresión durante un instante eterno.

— Me pones nervioso, Sophie.

Ella se obligó a reír.

— ¿Tú, nervioso? Vamos, Lon. Eres lo más parecido que conozco a Superman. Sólo te da miedo la kriptonita — comentó ella recuperando el paso, consciente de que no podía batirse con Lon ni olvidar el pasado. Su vida atravesaba un mal momento, desde la muerte de Clive se había sentido confusa y desorientada. Se consolaba echándole la culpa a la pena, pero sabía que había algo más.

Llegaron al vestíbulo y Sophie paseó la mirada sobre los retratos de los antepasados de los Wilkins que colgaban de las paredes.

Algo terrible le había sucedido a su marido en Sao Paulo y ella necesitaba saber qué para quedarse en paz consigo misma y darse una nueva oportunidad en la vida.

— Lo echo de menos, Lon — dijo antes de abrir la puerta—. Echo de menos a Clive, echo de menos su optimismo y, sobre todo, su forma de reír. A veces no puedo creerme que sólo hayan pasado dos años desde su muerte, a mí me parecen diez.

— Se odiaría a sí mismo si supiera por lo que estás pasando, Sophie — dijo Lon con tono tirante—. Se odiaría por haberse marchado de ese modo.

— Cometió un error.

— Cometió docenas.

— ¡No! — estalló ella con dolor—. No te atrevas a criticarlo ahora que no está presente para defenderse. No lo puedo soportar — era cierto, Sophie se estaba hundiendo bajo el peso torturante de la misteriosa muerte de Clive y por eso necesitaba saber la verdad.

— Sufriría al verte aquí atrapada, en Melrose Court, sin medios para iniciar una nueva vida — insistió Lon, con la mano sobre el pomo de la puerta.

— No es culpa suya — intervino ella con brío, intentado apartar de su mente la realidad en que vivía.

Además, Lon no lo sabía todo sobre ella. Sophie no había sido una esposa leal y virtuosa como todo el mundo parecía creer. Había firmado la solicitud de divorcio el día anterior a la llegada del telegrama que anunciaba la muerte de su marido. Sólo un día antes de su muerte. ¿Podía el castigo ser más diabólico? Levantó la vista hasta el retrato de Clive, tan parecido al de su padre, y se sintió como la peor de las traidoras. Ese hombre le había dado lo mejor de sí mismo, pero no había sido suficiente para ella. Sophie había necesitado algo más, y aún lo necesitaba. Pero había sido desleal y merecía ser castigada. Por mucho que sintiera la tentación de entregarse a los cálidos deseos de Lon, la penitencia que se había impuesto lo

impediría.

—Ya sé que lo echas de menos, Sophie —dijo Lon con delicadeza—, pero no te queda más remedio que seguir adelante sin él, no puedes volver atrás.

A ella se le encogió el corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca olvidaría el día en que recibió aquel telegrama de la embajada británica en Brasil. Clive sólo tenía veintinueve años, era demasiado joven para morir.

—¿Cómo puedo enfrentarme al futuro cuando desconozco el pasado? Todavía nadie me ha dado una explicación convincente sobre las circunstancias de su muerte. Necesito saberlo todo y comprender.

—Estaba en mal sitio y en mal momento.

Ella se encogió de hombros, imaginando los últimos momentos de Clive. Aparentemente le habían disparado a quemarropa.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué hacía él en aquel lugar? ¿Por qué se había internado en aquel barrio a altas horas de la noche?

—Probablemente nunca lo sabremos —respondió Lon, abriendo la puerta para salir. Afuera nevaba.

—¿Está nevando! —se admiró Sophie—. ¡Qué preciosidad!

—Hace años que no veo la nieve —comentó Lon, conmovido.

Sophie lo acompañó un trecho, dejándose envolver por los blancos copos de nieve, que se adherían a su ropa y a su pelo. La noche era perfecta y ella sintió pena por todos ellos, por Clive, por Lon y por sí misma.

—¿Cómo hemos podido llegar a esto, Lon? —preguntó ella en un susurro, cruzando delicadamente los brazos en mitad de la suave nevada.

—Crecimos. Ahora somos adultos.

—Pero se suponía que íbamos a ser amigos para siempre. Éramos los tres mosqueteros.

—Los tres amigos —dijo Lon, sonriendo a medias.

—¿Cómo podemos arreglarlo? ¿Es ya demasiado tarde? —preguntó Sophie dando rienda suelta a los deseos que la habían atormentado durante toda la tarde.

Él la miró con una expresión sorprendentemente tierna.

—Tendremos que concentrarnos en el futuro y conseguir que nuestras vidas se llenen de significado.

—Pero eso implicaría olvidar a Clive, dejarlo atrás —dijo ella llorando mientras resistía el impulso de acercarse a él para dejarse proteger por su cálida fortaleza—. No quiero volver a discutir contigo —gimoteó finalmente—. Quiero que volvamos a ser amigos. Discúlpame si te he ofendido al hablar de tu madre. En realidad no me disgusta tanto. Sé que ha llevado una vida difícil.

—Ha sido una vida poco convencional —repuso él encogiéndose de hombros, incómodo—. Pero ha hecho lo que ha querido y creo que ha aprendido a ser feliz —

añadió quitándole a Sophie un copo de nieve de la mejilla—. Tú también puedes hacerlo.

—Sueno demasiado fácil —dijo ella sintiéndose repentinamente deseada.

—Lo es —afirmó Lon sacándose las llaves del coche del bolsillo—. Dime, ¿cómo te vas a vestir para la gala? —preguntó con una sonrisa que pretendía aligerar el tono de la conversación.

—Con el vestido negro de siempre —contestó ella con una mueca.

—Clive odiaba que te vistieras de negro.

Era verdad, a él sólo le gustaban los colores llamativos.

—El negro es muy práctico.

Él la miró de arriba abajo, con intensidad, pensativamente.

—Te perdí una vez, Sophie —dijo con inusitada calma—. Pero te aseguro que eso no volverá a suceder.

Capítulo 3

El sábado por la tarde, Sophie se vistió para la fiesta. Aunque iba a llevar el mismo vestido negro que se ponía en ese tipo de ocasiones desde hacía dos años y, a pesar de que no podría lucir ninguna joya, se esmeró escogiendo su mejor conjunto de ropa interior. Nada podría impedir que ella conservara la dignidad.

Se miró al espejo, pero todo lo que vio fue el color negro que la perseguía desde la desgracia de Clive. Había sido desleal con él, pero no quería sentirse culpable eternamente. ¡Por Dios santo, estaba a punto de llegar la Navidad! ¿Es que no podía sentirse festiva ni por un momento? ¿Qué daño podía hacerle ponerse guapa de vez en cuando?

—Perdóname, Clive —susurró, quitándose el vestido negro.

Abrió el armario y estudió su contenido. Allí estaba el elegante vestido rojo que no se había puesto durante la luna de miel con Clive, que resultó bastante informal, y que nunca se había decidido a estrenar.

Alguien llamó a la puerta.

—Sophie, son las seis y media y los invitados empezaran a llegar dentro de un momento.

—Estoy casi lista, Louisa —dijo Sophie, agarrando el vestido rojo.

La puerta se abrió y apareció la condesa vestida elegantemente con un lujoso vestido gris plata hasta los pies, y una gargantilla de perlas y diamantes con un broche y una diadema a juego.

—¡Si aún no te has vestido! —se quejó Louisa.

Sophie se metió en el vestido de seda roja con media cola, adornos de gasa y sin tirantes.

—Lo único que me falta es subirle la cremallera.

—¿Vas a ponerte eso? —preguntó Louisa inquisitivamente— ¿Qué ha pasado con el vestido negro?

—Estaba ya un poco gastado y...

—Pero te sienta estupendamente —interrumpió la condesa.

—Clive me compró este vestido —dijo Sophie para zanjar la cuestión, aunque no estaba pensando en su difunto esposo sino en Lon, pese a que no esperaba verlo aquella noche—. Bajaré en un minuto.

Una vez en el salón de baile, Sophie dedicó un instante a contemplar el ambiente. Iba a ser una gran fiesta. Las seis magníficas lámparas de araña con sus cinco mil cristales tallados refulgían creando brillos en las paredes y en el techo. Un gran árbol de Navidad, que había tenido que decorar ella misma, presidía todo el salón desde una de las esquinas. Las guirnaldas doradas colgadas en forma de exuberantes racimos daban un majestuoso toque de festividad al conjunto. La pequeña orquesta

estaba tocando un vals de Strauss y, aunque aún no había llegado ningún invitado, el ambiente ya estaba teñido de magia.

Pasó la primera hora saludando amablemente a los recién llegados y recogiendo sus abrigos. Se sentía cómoda en su papel de anfitriona de segunda clase y estaba pensando que iba a disfrutar tranquilamente de la noche hasta que, inesperadamente, se presentó Lon con un ramillete de petunias blancas que puso en sus manos.

— ¿Qué haces tú aquí? — preguntó ella, asombrada de verlo vestido de etiqueta.

— ¿La condesa no puede contratar a una doncella para que recoja los abrigos? — replicó él inclinándose para besarla en la mejilla.

— Por favor, no empieces — susurró ella.

Él la miró durante un instante y finalmente se volvió a inclinar para besarla en el cuello, justo debajo de la oreja.

— Pero si no he empezado aún — protestó de buen humor.

El tono de su voz la hizo bullir por dentro y el corazón se le encogió al escuchar la sugerente promesa. Hizo un esfuerzo para recuperar un ritmo de respiración normal, a pesar del vibrante siseo de la adrenalina.

El apenas la había rozado con los labios. ¿Cómo podía un contacto tan leve resultar tan intenso? ¿Cómo podía haber creado en ella esa sensación de calor interno y de tensión expectante?

— Cambié de planes — prosiguió él, separándose de ella mientras se ajustaba los puños de la camisa—. Una suerte, ¿no te parece?

«No», se dijo Sophie. Lo que sentía por Lon era una intensa locura y ella no se veía capaz de soportar todas las contradictorias emociones que él despertaba.

— Le daré las flores a Louisa — repuso mientras daba las gracias a Dios por la aparición de otros invitados. Tenía que encontrar a alguien que la pusiera a salvo de Alonso. En su día fue Clive, pero él ya no podía protegerla.

— Son para ti. Si le hubiera comprado flores a Louisa serían margaritas amarillas — explicó él, estudiándola de arriba abajo, fijándose en cada detalle del vestido y de los zapatos a juego, en su sencillo peinado en lo alto de la nuca que dejaba sueltos varios rizos saltarines—. ¿Ha llegado ya alguno de tus amigos? — preguntó al finalizar la inspección.

— Mmm, no — repuso ella con tensión—. Tú eres el primero.

— Me alegro de haber podido arreglar las cosas para venir. Estoy deseando conocer a esos amigos.

«Amigos», se repitió Sophie con un ataque de pánico. Sus presuntos amigos se reducían en la práctica a uno solo, Federico Alvare. Y le daba la impresión de que Lon ya lo sabía.

— ¿Son los mismos amigos con los que piensas viajar hasta Brasil? — insistió él.

Sophie aspiró una gran bocanada de aire. ¿Cómo sabía él que ella pensaba irse a

Brasil? No se lo había dicho a nadie. A nadie, excepto a Federico, claro...

— ¿Por qué no vamos a buscar un jarrón con agua para tus flores, Sophie? — preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

— No puedo. Los invitados...

— Sí que puedes — dijo él alegremente—. Los invitados están fantásticamente. La que me preocupas eres tú, cielo.

Ella se echó hacia atrás. No le gustaba Lon cuando se mostraba dominante porque se sentía asustada e intimidada.

— No hay nada de qué preocuparse — repuso.

— ¿Cuándo habías pensado contarme que te ibas de vacaciones? ¿O es que pensabas escurrir el bulto con Federico sin decirme nada?

Sophie se sintió como si acabara de tragársela la tierra. Unos momentos antes se había sentido tan inundada de calor que hubiera deseado quitarse el vestido delante de él, pero de repente sus sentimientos se habían congelado. No podía imaginarse cómo había sido capaz de enterarse de sus planes.

Lon vio a Sophie tragar saliva con dificultad y enderezar los hombros con una mueca. Tenía miedo, eso estaba claro. Y no era para menos, si Sophie aterrizaba en Sao Paulo con Federico, Miguel Valdez la desollaría viva.

— Quizá sería preferible que conversáramos en la biblioteca — susurró ella.

— Buena idea — repuso él encaminándose hacia allí decididamente para cerrar la puerta tras ellos—. Y ahora quiero que me lo cuentes todo.

— No hay mucho que contar.

— Eso ya lo veremos, cariño — dijo Lon admirando la fortaleza de ella, pero consciente de que estaba depositando su confianza en malas manos—. ¿Lo sabe la condesa?

— ¿Tú qué crees? — replicó ella cerrando los puños—. Y tú... ¿cómo lo sabes?

— ¿Es eso lo que te preocupa?

— ¿Debería preocuparme alguna otra cosa?

— ¿No te importa haber dejado tu cuenta bancaria a cero y haber entregado diez mil libras a un completo extraño? Porque le diste el dinero a Federico Alvare, aunque apenas lo conoces, ¿no es verdad?

Ella no supo qué responder y se quedó mirándolo de hito en hito mientras se retorció las manos.

— Has solicitado un visado para Brasil — prosiguió él—, y le has encargado a Federico que te compre un billete de avión.

Era cierto, Federico había hecho los planes y reservado un vuelo para ambos el día veintiséis de diciembre.

— Nada me impide irme de vacaciones. No me he tomado un solo respiro desde la

muerte de Clive.

– Clive murió en Brasil.

– ¿Y por eso crees que no debo visitar al país?

– No, si pretendes meterte en el mismo barrio en el que él encontró la muerte.

Ella lo miró.

– ¿Hay algo que deba saber sobre su muerte? ¿Algo que no me hayas contado aún? Porque fuiste tú el que se ocupó de repatriar el cadáver.

– Ayudé con los preparativos del funeral, es cierto. Pero es tu amigo Federico el que trabajaba con Clive en Brasil. ¿Le has preguntado algo a Federico sobre la muerte de tu marido? Estoy seguro de que el señor Alvare puede proporcionarte... ciertos detalles.

– Conoce gente en Sao Paulo que puede ayudarme a descubrir la verdad. Ha contratado los servicios de un detective privado.

Lon sonrió fríamente.

– ¿Federico ha contratado a un detective para que trabaje para ti?

– ¿Piensas que no tiene derecho a hacerlo? – preguntó ella alzando la barbilla con determinación.

– No es una persona de confianza, Sophie, es un hombre peligroso...

– ¿Y qué? ¿Es que te piensas que tú no lo eres? – le espetó ella indignada.

Él compuso una mueca de disgusto.

– Ni siquiera conoces el sentido de la palabra peligro, «muñeca», y si le has dado todo tu dinero a Alvare vas a encontrarte en una situación muy precaria

– La mitad del dinero es para los gastos del viaje y la otra mitad para el detective.

– No cuesta cinco mil libras viajar hasta Brasil y, si necesitas que alguien te guíe, yo...

– Se trata de mi viaje – lo interrumpió ella virulentamente—. Se trata de mis contactos, de mis planes. He vivido en Latinoamérica mucho tiempo y no me asustan los peligros del viaje. Además, ¿qué significan diez mil libras si eso supone que voy a encontrar la paz? En tu mundo ese dinero es simple calderilla.

– ¿Mi mundo? – replicó él sardónicamente mientras se servía un whisky—. Cómo han cambiado las cosas para nosotros en cuestión de diez años. Ahora tú eres la pobre y yo el millonario.

Hasta ellos llegaron retazos de música mezclados con risas. En aquellos momentos los invitados estarían bailando, las fiestas de la condesa funcionaban como un reloj.

– Has tenido suerte – dijo Sophie burlonamente.

– La suerte no ha tenido nada que ver en mi vida. Ha sido la dedicación al trabajo – repuso él recreándose en los brillos dorados del whisky en el vaso—. Un duro trabajo.

Ya fuera por suerte o por esfuerzo personal, lo cierto era que poseía millones de libras en piedras preciosas. Era propietario de una de las mayores minas de esmeraldas de toda Latinoamérica y, desde hacía años, había dedicado los beneficios a invertir en proyectos de alta tecnología, desde satélites hasta microchips. Existían en el mundo otros millonarios vinculados a la tecnología, pero pocos podían competir con la riqueza de Alonso y su asombroso éxito.

—Dime —dijo Lon enarcando una ceja—. Si yo hubiera sido inmensamente rico hace cinco años, ¿te hubieras casado conmigo en vez de con Clive?

Ella acusó el golpe en pleno plexo solar y se quedó sin aliento. Después, trató de olvidar la burla de esos intensos ojos azules mirando hacia otra parte.

—No me casé con Clive por dinero.

—No lo tenía, ¿verdad?

—Se supone que tú fuiste su mejor amigo. El te adoraba, besaba el suelo que pisabas...

—Ahórrate el histrionismo, cariño. Puede que tú hayas estado casada con él, pero yo lo conocía mejor que tú. Y no era precisamente un Boy Scout, te lo aseguro.

Maldito fuera, se dijo Sophie, odiándolo.

—Desaparece de mi vista —lo conminó, dándose la vuelta para encaminarse hacia la puerta mientras su vestido ondeaba primorosamente—. Puedo presentarle tus excusas a la condesa —añadió mirando hacia atrás durante un instante—. Sentirá lástima de no haber podido disfrutar de tu compañía, pero comprenderá perfectamente que te haya surgido un asunto de negocios de última hora.

—Ese asunto no existe —repuso él, cómodamente instalado junto a la chimenea.

—¡Quiero que te vayas!

—Cierra la puerta, Sophie, estás a punto de montar un escándalo.

—No puedo tolerar que denigres la memoria de mi marido en su propia casa.

—Ésta nunca fue su casa. Esta es la casa de su madre, al igual que la casa de Humphrey había sido la de su padre. Admítelo, Clive nunca poseyó nada propio.

Sophie se ruborizó intensamente y perdió parte de su compostura. Se llevó una mano al estómago para frenar el ataque de nerviosismo y recuperar el control de la conversación.

Así era Alonso, se recordó crudamente, un inadaptado, un alma perdida que había crecido sin valores, interno en uno u otro colegio. Y, sin embargo, hacía sólo diez años había sido uno de sus mejores amigos y habían hablado abiertamente de todo, de la vida, del amor, del sexo, de sus planes de futuro... Pero el futuro había llegado, dejándose todos los sueños por el camino.

Sophie soltó un suspiro y cruzó el umbral de la biblioteca, tratando de ganar tiempo. Lon no podía hacerle daño si ella se negaba.

—Me debes una disculpa —dijo por fin, volviéndose para mirarlo por última vez.

–Lo siento, Sophie –repuso él obedientemente mientras se quitaba la pajarita y se desabrochaba el primer botón de la camisa, dando la impresión de estar delicadamente apenado, pero lleno de pasión sexual—. Siento haber discutido contigo –se excusó.

–Es a Clive a quien le debes una disculpa –dijo ella mirándolo con detenimiento—. Es a él a quien has insultado.

–Cariño, Clive no puede oírme.

¿Por qué se empeñaba Lon en ostentar tan malos modos?

–¡Y yo no soy capaz de soportar a un hombre tan irrespetuoso como tú!

Él soltó una sonora risotada.

–Y, sin embargo, acudirás a mí para pedir ayuda en cuanto se te presente el primer contratiempo.

Sophie apretó los puños, tensa. «Vete», se dijo, «déjalo a solas en la biblioteca, encontrará solo el camino de salida». Pero no podía permitirse ese lujo, así que se acercó con expresión seria.

–Puede que en cierta ocasión te haya pedido ayuda –concedió a regañadientes.

–¿En cierta ocasión, Sophie? –repuso él, socarrón—. En numerosas ocasiones...

A ella la enervó su tono de voz.

–Siempre fue ayuda para Clive.

Dos años después de haberse casado, Clive estaba de viaje cuando se vio atrapado por una guerra civil en un pequeño país del tercer mundo, con el aeropuerto cerrado.

–Pero no por ello dejaste de pedirme ayuda.

Lon tenía razón, como siempre, habría que descorchar una botella de champán para celebrarlo, se dijo sarcásticamente.

–No estaba dispuesta a perder a Clive –dijo ella alzando la barbilla, mirando a Lon desde lo alto, acalorada y consumida por la rabia.

Clive había conseguido llamarla por teléfono justo después de que se hubiera cerrado el aeropuerto y como ruido de fondo se oía el fragor del fuego cruzado. El había llamado para despedirse de ella, pero Sophie no estaba dispuesta a aceptar la derrota. Así que rastreó la pista de Alonso hasta que dio con él y le pidió ayuda a pesar de que no habían mantenido relaciones durante muchos años. Y él aceptó ayudarla.

Sophie no sabía cómo lo haría, pero confiaba en la cantidad de contactos que él había acumulado por todo el mundo a partir de su red de negocios internacionales. Y Lon lo había conseguido, no sólo sacar del país a Clive, sino también a más de cuarenta y tantos europeos y australianos.

–Pero no sólo me buscaste en esa ocasión, Sophie... ¿Te he dicho alguna vez que no?

Ella cerró los ojos, derrotada. Hacía dos años que Lon había reaparecido de nuevo

cuando Clive murió en Brasil. Lon se había ocupado de todo, desde la repatriación del cadáver hasta el silenciamiento de los desagradables rumores sobre la causa de su muerte. Fuentes sin identificar habían propalado la idea de que Lord Clive Wilkins se había visto envuelto en un asunto turbio en Brasil, pero Lon había ahogado esas voces en el fango.

Les llegó una risotada desde el salón de baile y Sophie inclinó la cabeza para oír mejor la música de la orquesta. Debería estar allí, pero no podía moverse del sitio, era como si Alonso la mantuviera cautiva, atada por una cadena invisible.

Y ella odiaba sentirse atrapada. Sabía que él no dudaría en controlar su vida entera si ella le daba la menor opción. Aunque la protección de un hombre tan apuesto y poderoso como Lon pudiera parecer atractiva, Sophie no estaba dispuesta a ceder.

Pero Lon sabía lo que quería y siempre lo conseguía. Ésa era precisamente la razón por la que ella no se había casado con él, sino que se había lanzado en los brazos seguros de Clive Wilkins. Lon no era normal, era exigente y primitivo. Siempre cumplía sus deseos a la espera de que el resto de la humanidad se acomodara a ellos.

—Tengo que irme a ver cómo están los invitados —dijo ella con voz tirante—. Puesto que has decidido quedarte, espero que lo pases bien. Y cuando desees marcharte, ya sabes dónde está la puerta.

Lon salió de la biblioteca pensando en que, a pesar de los años que habían pasado, ella seguía subestimándolo. Él había hecho un gran sacrificio al retirarse educadamente, cuando Clive le había propuesto matrimonio a Sophie. Sintiendo derrotado, había tratado de olvidar que alguna vez la había amado. Pero había pasado el tiempo y Clive había desaparecido. Y, con él, el mayor obstáculo que lo separaba de su amor verdadero.

Alonso entró en el salón de baile y transitó entre los grupos de gente más cercanos. A través de los ventanales se distinguía la luz de la luna y sintió una extraña punzada de nostalgia al pensar en el padre de Clive. El anterior conde Wilkins había dirigido varias oficinas del Banco de Inglaterra en diversos países de Latinoamérica. Ecuador, Chile, Colombia, Brasil... Y la condesa lo había soportado con resignación. Cuando el conde se jubiló, la familia Wilkins regresó a Inglaterra y Louisa pudo dedicarse por entero a la vida social típicamente británica que siempre había deseado.

Lon se acercó a la barra y pidió una ginebra con tónica. En ese momento se acercó una esbelta rubia que lo miró con simpatía.

—Que sean dos —le dijo al camarero.

Era Amanda, la hija de Lord Lindley.

—Hola, Manda.

—¿Por qué no me llamas nunca?

—Porque soy demasiado mayor para ti.

—No tanto. Y aunque lo fueras, seguirías siendo un hombre distinguido e interesante. Me gustaría que me llamaras. Lo sabes, ¿no, Lon?

– No tengo tu número.

– Pero yo sí tengo el tuyo. Así que supongo que seré yo la que llame.

Él rió quedamente. Los tiempos habían cambiado. Ahora eran las mujeres las que cortejaban a los hombres

– A tu padre no le gustará la idea.

– Te equivocas. Te conoce y sabe que eres un as en los negocios. Además, sabe que me gustas con locura

– Lo cual significa que cree que puedo pagar tus facturas.

– Bueno, eso está bien, ¿no?

Él alzó el vaso aunque realmente no estaba sediento. Sus pensamientos seguían lejos de Amanda concretamente en Sophie, que acababa de aparecer en la puerta del salón de baile con su elegante vestido rojo y acompañada. Federico Alvare estaba allí con ella... y eso sólo significaba peligro.

Alvare había llamado por teléfono a Alonso la noche anterior.

– He oído que andas por Londres visitando Melrose Court. ¿Has disfrutado de la compañía de lady Wilkins y de la condesa? – había preguntado.

O bien Alvare tenía espías o bien había estado siguiendo a Sophie personalmente. En cualquier caso, Lon sabía que debía mantenerse al acecho. No podía permitir que Alvare hiciese tanto daño a Sophie como el que le había hecho a Clive.

– Aléjate de ella – había respondido Alonso –

– ¿Celoso? – se había burlado Federico –. Siempre estuviste celoso de Clive y ahora estás celoso de mí.

– No estoy celoso de ti. Te conozco y sé a qué te dedicas.

– Ándate con cuidado – había advertido Federico –. Sabemos que deseas protegerla.

– ¿Qué es lo que pretendéis?

– Asiste a la fiesta de lady Wilkins, puede que te lo diga.

– ¿Vas a ir a la gala? – preguntó Lon con odio.

– ¡Claro! ¡Soy el invitado especial de Sophie! – celebró Alvare con una gran carcajada, antes de colgar.

Capítulo 4

Con la mandíbula apretada, Alonso observó a Federico y a Sophie dar una vuelta por el salón. La mano de Alvare descansaba sobre la cintura de ella y tenía la cabeza inclinada como para no perderse ni una palabra de lo que su acompañante dijera. Lon deseó matarlo en aquel mismo momento

–Ni siquiera me estás escuchando –se quejó Amanda haciendo un puchero.

–Lo siendo, Manda –se disculpó Lon—. Tengo que hablar con alguien. Por favor, discúlpame.

En la otra punta del salón de baile, Sophie se estremecía de asco. Federico no había dejado de toquetearla desde que había llegado y ella lo encontraba repulsivo. Hubiera querido zafarse de su compañía, pero no podía hacerlo porque él era su pasaporte hacia la verdad de lo que había ocurrido en Brasil dos años antes.

Justo cuando pasaban por delante del árbol de Navidad, Alonso se acercó a ellos.

–Una fiesta espléndida, Sophie –dijo, inclinándose para besarla en la mejilla antes de volverse hacia Federico—. Me sorprende verlo aquí. No sabía que le gustara hacer vida social.

Federico miró a Lon de arriba abajo.

–No recuerdo que nos hayamos visto antes –dijo extendiendo la mano para saludarlo—. Federico Alvare.

Lon sonrió con los labios apretados ante semejante pantomima. Se conocían, claro que se conocían, se habían visto en múltiples ocasiones.

–Sí nos conocemos –replicó Lon—. Hemos mantenido una serie de... conversaciones.

–Me temo que no –mintió Federico—. Debe estar usted pensando en otra persona. Nosotros, los latinoamericanos, nos parecemos mucho a los ojos de los ingleses.

Lon se dio cuenta de que Federico se estaba divirtiendo.

–Yo no soy inglés, mi padre era argentino.

–Pero tiene un acento muy británico.

Lon se obligó a sonreír aunque su pulso se estaba acelerando.

–Gracias a los internados de pago –dijo, conteniendo las ganas de darle una auténtica paliza—. ¿Qué le ha traído por Londres?

–Las compras navideñas –repuso Federico con una sonrisa—. Y la extraordinaria posibilidad de escoltar a lady Wilkins hasta Sao Paulo para fin de año –añadió lanzando una mirada espléndida a Sophie—. Vamos a hacer un viaje maravilloso, ¿no es cierto, cariño?

Ella palideció.

—Será una buena oportunidad para descubrir a qué negocios se dedicaba Clive — repuso Sophie—. El señor Alvare ha tenido la gentileza de contratar a un excelente detective privado.

Lon rechinó los dientes.

—Qué amable —dijo agarrando la mano de Sophie por sorpresa y tirando de ella—. ¿Puedo hablar contigo unos momentos en privado? —propuso llevándosela con firmeza hacia la cocina sin esperar respuesta.

—¿Adonde vamos? —masculló ella entre dientes.

—A algún sitio donde podamos hablar. —Pensaba que ya habíamos hablado de todos los temas posibles.

La cocina estaba llena de camareros, pero Lon encontró una silla vacía.

—Siéntate, por favor —dijo mientras buscaba un camarero desocupado—. Café para dos, gracias —solicitó—. Debes saber que Alvare es peligroso hasta para salir de compras, y mucho peor para viajar con él hasta Brasil. Es un ser diabólico. Ni siquiera puede dejar de toquetearte.

—¿Y qué pretendes hacer al respecto?

—Te pondría un cinturón de castidad si eso fuera a servir de algo.

Ella sintió cómo el rubor se extendía por todo su cuerpo.

—Eso suena... muy medieval.

—Pues a mí me parece civilizado en comparación con las cosas que me gustaría hacerte.

—No tienes ninguna autoridad sobre mí.

—Ni pretendo tenerla. Sólo me importa tu seguridad.

Sophie se preguntó si su seguridad estaría más protegida con Alonso que con Alvare. Ambos podían ser peligrosos.

—¿Quieres que te entregue un informe sobre las actividades de tu amigo? —prosiguió él.

—No.

—Está metido en asuntos de drogas, Sophie. A alto nivel. Es muy peligroso.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y qué se supone que hace con las drogas? ¿Contrabando? Me sorprende, Alonso, jamás pensé que te pudieras dejar engañar por semejante estereotipo.

Lon hizo una mueca que expresaba ironía y preocupación.

—Sophie, si quieres ir a Brasil, déjame que yo te lleve. Conozco el país y tengo amigos que podrían protegerte.

Ella se miró las manos mientras luchaba con sentimientos encontrados, pero finalmente alzó la vista con fría seriedad.

—Aprecio tu interés, Alonso, de veras, pero esto es algo que debo hacer... a mi

manera.

— ¿Por qué?

— ¿Piensas alguna vez en nosotros... tal y como éramos cuando nos conocimos? — susurró ella depositando una mano sobre el pecho de él y sintiendo cómo sus músculos se tensaban.

— De vez en cuando — repuso él deseando acariciarla.

— Clive y tú erais grandes amigos. Hubo una época en que lo pasamos estupendamente, ¿te acuerdas?

— No tenemos por qué hablar en pasado de los buenos momentos, tenemos todo el futuro por delante.

— Pero Clive está muerto.

— Sí, cielo, pero tú no. ¿Qué es lo que se te está pasando por la cabeza, Sophie? Cuéntame cuáles son tus planes.

Ella movió la cabeza, saturada de emociones.

— Hice algo espantoso, Lon. Ni siquiera me atrevo a contártelo.

Él la miró con firmeza. Fuera lo que fuera lo que había hecho, él no estaba dispuesto a perderla.

— No creo que haya pasado nada que no se pueda corregir.

— Eso no vale para este caso — replicó ella separándose hábilmente de él—. Debo volver con los invitados.

— Federico — pronunció él con amargura.

— Debes contenerte, Lon. Me perderás si no me das libertad para actuar a mi modo.

— ¡Maldita sea, Sophie! ¿No eres capaz de reconocer a un tiburón cuando lo tienes al lado?

Ella tragó saliva con dificultad.

— Tienes que confiar en mí, Lon.

— No, eres tú la que debe confiar en mí. Hay ciertas cosas que yo sé y tú no. Lugares que no puedes ni imaginar...

— ¡Sophie! — exclamó la condesa Wilkins entrando en la cocina e interrumpiendo a Lon—. Te he buscado por todas partes. Lady Halverson está a punto de sufrir un ataque de nervios. Al parecer no puede encontrar su estola de piel, la de chinchilla, creo. Es de color gris claro...

— Sí, la recuerdo — dijo Sophie.

— Sabía que podía confiar en ti — repuso la condesa con alivio—. Date prisa, no podemos permitir que sufra ni un momento más. Ya sabes que es perfectamente capaz de montar un escándalo.

— Lo sé — dijo Sophie mirando a Lon mientras la condesa salía apresuradamente

de la cocina — . El deber me llama.

— Prométeme que no harás ninguna tontería — imploró Lon sujetándole la mano.

Ella sonrió con acritud.

— Ésa es una promesa demasiado difícil de cumplir.

— No te montes en ese avión con Alvare. Si tienes que ir a Brasil...

— Gracias — dijo ella inclinándose para besarlo en la mejilla — . Gracias por seguir preocupándote por mí. Aprecio tu interés más de lo que puedes imaginar.

Lon se la quedó mirando hasta que ella desapareció de su vista, conteniéndose para no seguirla, mascando aún su preocupación. ¡Era tan inocente! No se daba cuenta de que existía un mundo paralelo en el que sólo cabía la violencia y el afán de lucro. Y tampoco sabía lo oscuro que se había vuelto el mundo de Clive en los últimos tiempos. ¿Sería capaz de seguir ocultándole la verdad sobre su marido eternamente? ¿Y cómo se suponía que iba a poder protegerla de la maldad de Valdez y Alvare? ¿Tendría fuerzas para enfrentarse a tal depravación?

En el amplio vestíbulo, Federico esperó hasta que Sophie hubo despedido a lord y lady Halverson. En cuanto se cerró la puerta detrás de ellos, la tomó del codo.

— ¿Qué te ha dicho?

Sophie suspiró, todo se estaba complicando demasiado.

— No quiere que me vaya contigo.

— ¿Por qué?

— Bueno, dice que es mejor que me vaya con él, que tiene amigos en Brasil...

— Sí, ¿pero qué clase de amigos? — preguntó mirándola a los ojos mientras plantaba las manos sobre sus hombros—. Te garantizo que sus amigos no dispondrán de la información que puede ofrecerte mi gente en Sao Paulo. Sus amigos no podrán ayudarte.

Ella asintió con cansancio. Lo único que deseaba era quitarse ese traje rojo y ponerse un pijama caliente para meterse en la cama.

— Si te molesta su acoso, siempre podemos adelantar el viaje y tomar el primer avión de la mañana que sale a las seis. No es necesario esperar a que terminen las vacaciones de Navidad.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

— Pero aún no he hecho el equipaje...

— Pues sube a tu cuarto y prepáralo todo. Yo vendré a buscarte a las cuatro de la mañana y tomaremos ese avión.

— ¿Estás seguro?

— Claro. Tenemos billetes de primera clase y no habrá ningún problema para hacer el cambio, dado que ya disponemos de los visados.

Sophie se dio cuenta de que Lon estaba mirándolos y supo que no abandonaría la

batalla bajo ningún concepto. Haría lo imposible por embarcarse en el mismo avión en el que ellos habían reservado sus pasajes. Tomó una rápida decisión.

– De acuerdo. Hagámoslo. Saldremos mañana a primera hora.

Lon condujo hasta su casa, convencido de que había hecho una soberana tontería al dejar a Sophie en Melrose Court. No confiaba en ella y decidió que iba a ser necesario tenerla bajo vigilancia veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Si hubiera podido, se la habría llevado a su casa, con él estaría a salvo. Pero ella había demostrado que no estaba dispuesta a dejarse manejar. Incluso a pesar de que el viaje para descubrir los últimos secretos de Clive la ponía nerviosa.

Lon aparcó, pero se quedó pensativo mientras tamborileaba el volante con los dedos. Había algo que no encajaba del todo y, por más que le diera vueltas, no sabía lo que era. Evidentemente, Sophie no se había puesto en contacto con Alvare, sino él con ella. ¿Para qué? Y lo más preocupante era que Federico no mantenía la relación en secreto, al contrario. ¿Por qué...? Porque quería llamar la atención sobre sí mismo, deseaba que el servicio secreto británico estuviera al tanto de esa maniobra. Se había propuesto deliberadamente que Lon se enterase. ¿Y qué mejor manera para atraer a Lon que ponerse en contacto con la mujer que él amaba?

Entró en casa y se fue quitando la ropa hasta llegar a la ducha, intentando aclararse las ideas. Tenía que enterarse de lo que realmente estaba pasando, antes de que Sophie se montara en ese avión porque la visita a Sao Paulo sería un desastre. Aquella noche se había producido un baño de sangre, habían muerto seis hombres, Clive, dos agentes británicos y tres hombres de Miguel Valdez. Sólo Lon había salido vivo de la escaramuza, aunque sus heridas habían requerido atención hospitalaria. Todavía estaba ingresado cuando Sophie lo llamó para pedirle ayuda. A pesar de que aún se encontraba aturdido, había abandonado el hospital para ocuparse de la repatriación y del funeral de Clive en Inglaterra.

Sophie no se había enterado de que él también había resultado herido y, cuando aquella noche tuvo que volver a hospitalizarse por causa de una grave hemorragia interna, insistió en que nadie la avisara. Ella ya tenía problemas de sobra.

Lon dormía, soñando con la última noche en Sao Paulo, cuando el ordenador que tenía encendido en la habitación contigua empezó a lanzar pitidos y a imprimir páginas de datos.

Alonso se incorporó de inmediato y consultó el reloj. Eran las seis de la mañana y el sistema GPS del ordenador, conectado previamente con el teléfono móvil de Sophie, le informaba de que su portadora se alejaba de Inglaterra.

A las cinco y veinte de la mañana, Sophie y Federico habían embarcado en el vuelo matinal de la British Airways a Sao Paulo. El Boeing 777 había despegado exactamente a las seis en punto.

Sophie se arrellanó en el asiento mientras el aparato tomaba altura, tratando de controlar los nervios. Al cabo de un par de horas, la condesa descubriría su nota, en la que explicaba que se iba con unos amigos a pasar las vacaciones de Navidad. En algún momento del día Lon llamaría a Melrose Court para preguntar por ella, pero

cuando se enterara de que se había marchado, ella ya estaría en las calles de Sao Paulo y él no podría hacer nada para encontrarla.

Diez horas más tarde, Federico y Sophie aterrizaron en el aeropuerto de Sao Paulo y tomaron un taxi. El director del hotel se presentó para darles la bienvenida personalmente.

—Le hemos reservado una habitación preciosa —le dijo a Sophie—, una de nuestras mejores suites.

Sin duda, la suite decorada por completo en tonos blancos era lujosísima, sólo destacaba el color de un jarrón lleno de rosas rojas y tulipanes del mismo color.

La suite de Federico era contigua a la suya.

Al cabo de unos minutos, Federico se presentó en la suite de Sophie para ver si estaba lista para echar un primer vistazo a la ciudad.

Ella se quedó estupefacta porque había supuesto que se tomarían al menos un par de horas para descansar del viaje.

—Creo que necesito dormir un rato —protestó—. Estoy exhausta.

—No necesitas dormir ahora —dijo Federico, abriendo las cortinas—. Aquí es por la mañana. Debes acomodarte a la diferencia horaria y la mejor fórmula es mantenerse activo. Tenemos por delante un día lleno de planes. El señor Chebe, el detective que contratamos, ha quedado con nosotros en el vestíbulo dentro de cinco minutos.

El señor Chebe era un hombre bajo y corpulento, con una gran sonrisa en la boca, que estrechó cálidamente la mano de Sophie.

—Habla usted portugués, ¿no?

—No mucho —repuso Sophie, ligeramente aturdida por el cansancio—. Hablo mejor español, pero tampoco a la perfección.

—Entonces hablaremos en inglés, «señora» —decidió el detective guiándolos hacia la calle, donde brillaba un sol radiante.

Un coche negro los esperaba. El señor Chebe se puso al volante mientras Federico y Sophie se acomodaban en el asiento trasero.

—¿Llegó usted a conocer a mi marido? —preguntó Sophie inclinándose hacia delante.

—No —repuso él, poniendo el motor en marcha—. Pero he oído hablar de él y sé que trabajaba para el Banco de Inglaterra. Sé que manejaba las cuentas del gobierno británico en Brasil.

Sophie cruzó los dedos de las manos.

—¿Alguna de las personas que vamos a visitar trabajaba para el Banco de Inglaterra?

—No.

—¿No cree que deberíamos ponernos en contacto con el banco?

—Creo que esa gente no podría ofrecerle la información que usted desea, «señora».

El tráfico era lento y tardaron más de media hora en cruzar la ciudad e internarse en los alrededores. El señor Chebe los condujo hasta un aeropuerto privado.

—¿Estamos esperando a alguien? —le preguntó Sophie a Federico.

—No, somos nosotros los que nos marchamos. Volaremos hasta las cataratas de Iguazú.

—Pero si no llevamos equipaje... —protestó Sophie.

—No vamos a necesitarlo, cariño.

Al parecer se trataba de un viaje de ida y vuelta en el día.

—¿Qué vamos a hacer allí? —preguntó Sophie.

—En Iguazú fue donde comenzó la historia —repuso él.

Pero Federico estaba equivocado. Iguazú no había sido el inicio de ninguna historia, sino el final.

Capítulo 5

Tras pasar varias horas viviendo la peor pesadilla de su vida, Sophie se acurrucó junto a una de las esquinas de la oscura cabaña, con el diminuto teléfono móvil en la mano.

«Contesta, Alonso, contesta», rezó en silencio.

Pero Lon no contestó y Sophie apagó el teléfono sin dejar mensaje. Estaba sudando a chorros, aunque en el interior de la cabaña hacía un frío de muerte. Temblando, pensó en qué otra persona podría ayudarla, pero descartó la idea. Sólo Alonso sabría qué hacer en un caso como ése.

¿Por qué se había arriesgado de esa manera?, pensó. «Por Clive», concluyó. Pero él ya no podía hacer nada por ella. Marcó de nuevo el número de Lon mientras con la otra mano espantaba los insectos de la jungla. En esa ocasión sí dejó un mensaje: «Lon, soy yo, Sophie. Estoy metida en un lío tremendo...» — se interrumpió al oír que alguien se acercaba. Se quedó tiesa como una tabla, temblando de frío a pesar de la densa y sofocante humedad de la selva. En la boca sentía el sabor acre del miedo y temió por su vida.

Pero había sido una falsa alarma. Volvió a marcar el teléfono de Lon: «Estoy en Brasil, cerca de la frontera con Argentina, en los alrededores de las cataratas de Iguazú. Han matado al señor Chebe de un disparo y no sé qué suerte ha corrido Federico, pero todo el asunto tiene una pinta espantosa».

Se sobresaltó al oír un nuevo tiroteo en el exterior, que le recordaba que estaba prisionera. Los asaltantes habían tendido una emboscada al coche que los conducía hacia las cataratas. Chebe había intentado defenderse y alguien lo había matado de un tiro. A Federico y a ella les habían vendado los ojos y, después, los habían metido a empellones en lo que parecía ser la caja trasera de una vieja furgoneta y les habían echado una lona por encima. El traqueteo del viaje había durado por lo menos media hora, aunque no lo podía precisar porque Sophie había perdido el sentido de la orientación y la noción del tiempo.

Volvió a escuchar pisadas delante de su choza y se le disparó el ritmo cardiaco. Necesitaba encontrar un escondite para el teléfono. Miró a su alrededor y decidió meterlo debajo del sucio colchón del maltrecho catre. No había muchos lugares para escoger.

Viendo que la puerta se abría, Sophie se sentó en el catre dispuesta a enfrentar la situación sin miedo ni cobardía. Entraron varios hombres, por lo menos cuatro. Los soldados, o guerrilleros o lo que fueran, no iban a darse el gusto de verla suplicar por su vida. Ella era lady Sophie Wilkins, la viuda de Clive Wilkins, y pensaba mantener la espalda erguida hasta el final.

—Dijiste que eras americana —le espetó con los brazos en jarras y mirándola inquisitivamente el hombre que gobernaba la cuadrilla y que llevaba un cinturón con una pistola a cada lado, además de un cuchillo de monte.

– Soy americana.

– ¿Dónde está tu pasaporte?

– No lo he traído.

– ¿Por qué no?

– No sabía que iba a necesitarlo –repuso ella manteniendo la calma deliberadamente.

– ¿Dónde has nacido?

– En Omaha, Nebraska.

– Pero tienes acento británico.

– He vivido en Inglaterra los diez últimos años.

– ¿Tu nombre de casada es Wilkins?

– Sí.

Él tomó nota.

– ¿Y el de soltera?

– Johnson.

El volvió a tomar nota.

– ¿No has abandonado la ciudadanía norteamericana?

El hombre hablaba inglés con gran soltura.

– No, pero mi marido es inglés, por eso vivo en Inglaterra.

– ¿Tu pasaporte ha sido emitido por el gobierno de Estados Unidos o por el de Gran Bretaña?

– Por el de Estados Unidos, pero vivo en Inglaterra –repitió ella con firmeza. Había salido de Norteamérica a los diecisiete años y no había vuelto jamás. En realidad, no se sentía americana –. Concretamente, en Somerset.

– ¿Has dicho que tu marido es inglés? ¿Dónde está?

Sophie sintió una punzada de dolor en el corazón.

– En casa.

– ¿En Somerset?

– Sí.

– ¿Y cuál es el nombre de pila de tu marido?

A Sophie se le secó la boca, no podía respirar y mucho menos hablar. Miró al hombre que la estaba interrogando y vio un rostro cruel que se reía de ella.

– No puedes haberte olvidado ya del nombre de tu marido, ¿no? Su nombre, «señora».

– Clive –susurró ella, perdiendo coraje.

- Un nombre poco habitual.
- Es un hombre inglés – explicó ella conteniendo las lágrimas.
- Un nombre muy apropiado para un lord inglés.
- «¿Un lord?». ¿Cómo podía ese hombre saberlo?

Los cuatro hombres abandonaron la cabaña, cerrando la puerta tras ellos. Sophie se mantuvo totalmente quieta durante unos minutos, perdida en sus pensamientos. Esos hombres no podían conocer a Clive. Quizá se tratara de una broma pesada, pensó, pero ni lo sabía ni pensaba preguntarlo. Todo lo que importaba era que se encontraba en muy mala situación.

El tiempo pasaba con una lentitud insoportable, pero finalmente estaban llegando las primeras sombras de la noche y ella se atrevió a sacar el teléfono de su escondite. Gracias a Dios que no se lo habían quitado. Habían sacudido su bolso, esparciendo sus pertenencias por el suelo, pero nadie parecía haber reparado en el pequeño teléfono del tamaño de una tarjeta de crédito que guardaba en uno de los bolsillos interiores.

Temblando, Sophie volvió a marcar el teléfono de Lon, rezando para que contestara. Hubo suerte.

- ¡Alonso! – exclamó ella quedándose sin aliento.
- Sophie – repuso una voz tersa y dura.
- Lon, me han acusado de contrabando. Drogas creo. Me han interrogado durante horas y la cosa tiene muy mal aspecto...
- Nadie va a hacerte daño, Sophie.
- Pero han matado al señor Chebe.
- Nadie te hará daño – repitió él.
- De veras, Alonso, creo que estoy en muy mala situación...

Era la primera vez en dos años que Lon la había oído hablar con pánico, casi sollozando.

- ¿Dónde estás? – preguntó él cerrando su recia bolsa de viaje mientras observaba cómo el avión se preparaba para aterrizar.
- En alguna parte cerca de las cataratas, o del río. Escucho el estruendo del agua – repuso ella desmayadamente.

Lon escrutó la espesura que rodeaba las cataratas de Iguazú. La selva tropical se extendía en todas direcciones conectando Brasil con Uruguay, Argentina y Paraguay.

Había embarcado en su jet privado a primera hora de la mañana. Durante el viaje había estado haciendo planes, sin dejar de observar el desplazamiento de Sophie a través del minúsculo transmisor que había instalado en su teléfono móvil. Y en aquellos momentos sabía con bastante precisión dónde se encontraba. Valdez la estaba reteniendo en una remota zona boscosa al norte de las cataratas. No sería un rescate fácil, pero se había enfrentado a casos peores.

– De acuerdo – dijo –, esa información es de gran ayuda.

– No tenían por qué haber matado al señor Chebe, Lon.

– Lo hicieron para intimidarte, para demostrarte que iban totalmente en serio, lo cual es cierto.

Durante un rato no se oyó otra cosa más que el llanto de Sophie. Clive la había conducido hasta allí.

– ¿Hay algo más que puedas decirme sobre los alrededores o sobre los secuestradores, Sophie?

– Hay muchos hombres por aquí – repuso ella con voz ronca –, pero parecen haber tenido algún tipo de desacuerdo, se oyen tiroteos de vez en cuando... ¿Cómo se les ha podido ocurrir que yo traficara con drogas?

Él sí lo sabía, pero no le iba a contar las malas noticias por teléfono.

– Entonces han intentado hablar contigo, ¿no?

– Vinieron a hacerme unas preguntas hace un par de horas – dijo –. Y preguntaron por Clive – añadió con la voz rota.

El guardó silencio.

– Creo que saben quién es, Lon. Creo que ya sabían quién era yo cuando me secuestraron.

«Claro que lo sabían», se dijo Lon. Clive había estado trabajando para Valdez y Alvare. Federico lo había reclutado.

– Necesito un poco de tiempo, Sophie. Probablemente veinticuatro horas. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? – no iba a necesitar tanto tiempo, pero no quería que ella se preocupase si se producía algún retraso.

– Veinticuatro horas – repitió ella, aturdida, como si las horas le pareciesen años y entretanto pudieran suceder demasiadas cosas –. Tengo miedo, Alonso.

Él cerró los ojos y la vio con la imaginación, el negro cabello largo y sedoso y los serios ojos azules. Clive no la había merecido, nunca la había comprendido y nunca la había amado.

– No te asustes, Sophie. Cuando te levantes por la mañana, estaré muy cerca de ti, aunque no puedas verme, estaré allí. No habrá ningún problema.

– Pero...

– No hay pero que valga, todo saldrá bien – él tenía contactos por todo el mundo, especialmente en Argentina. Se trataba de gente con la que había trabajado en incontables ocasiones y que sabrían defender la vida de Sophie a cualquier precio. Tres de sus mejores contactos ya estaban en Iguazu. Lon les había mandado por correo electrónico la posición de Sophie y sabía que podían realizar una incursión rápida si no quedaba otro remedio.

– Dame veinticuatro horas – pidió él con voz firme y exigente –. Es todo lo que necesito.

– De acuerdo – respondió ella débilmente.

– Sophie...

– Sí...

– Pronto nos veremos.

El avión privado aterrizó suavemente en el pequeño aeropuerto de Iguazu y Lon desembarcó con su bolsa de viaje y su ordenador. En la calle lo esperaba un todoterreno con conductor.

– Bienvenido, Alonso – dijo el conductor, bajándose para saludarlo.

– Me alegro de verte, Flip – repuso Lon estrechándole la mano con calor.

Flip era norteamericano y, al igual que Lon, tenía en torno a treinta años y contaba con un cuerpo musculoso en plena forma. Flip y Lon habían trabajado juntos en una misión conjunta entre la CIA y el MI6 y se habían hecho grandes amigos. Ambos se habían retirado de los servicios secretos aproximadamente al mismo tiempo, y cuando Lon decidió dedicarse exclusivamente a la mina de esmeraldas, Flip entró en el negocio de la seguridad privada.

Lon echó la bolsa de viaje en el asiento trasero del todoterreno y Flip se puso al volante.

– ¿Han llegado todos los chicos? – preguntó Lon mientras tomaba asiento.

– Estamos preparados – repuso Flip, poniendo el motor en marcha.

– Puede haber... complicaciones – informó Lon mirándolo de reojo.

Flip rió por lo bajo.

– ¿Y cuándo no las hay?

Al cabo de una media hora, Flip se detuvo delante de un lujoso hotel con vistas a las cataratas desde la frontera argentina.

– Tu llave – dijo Flip, entregándole un sobre—. La habitación está lista, es una suite localizada en el último piso. Estás inscrito como Galván –ése había sido su alias durante mucho tiempo.

– Gracias.

– ¿Cuánto sabe ella? – preguntó Flip.

– No mucho – contestó Lon agarrando la bolsa de viaje.

– ¿Algo sobre tu pasado en los servicios secretos?

– Nada.

– ¿Sobre la familia Galván?

– Tampoco.

– ¿Sobre tus responsabilidades en la brigada antidroga?

– Ni una palabra.

– ¿Cuándo te enteraste de que la habían secuestrado para capturarte a ti?

– Cuando llamó por teléfono.

Flip lanzó un silbido.

– Ella sólo ha sido un cebo, desde el principio. La tienen retenida y se limitan a esperar a que vayas a buscarla.

– Sabían que lo haría – la sonrisa de Lon era desigual –. Hubiera ido detrás de ella hasta el propio infierno si hubiera sido necesario.

– No lo hagas mañana. Déjanos el trabajo a nosotros.

– De ninguna manera estoy dispuesto a dejaros solos en esto.

– Podemos hacerlo – contestó Flip recostándose sobre el volante.

– Ésa no es la cuestión. Si algo va mal, tengo que estar allí. Si a ella le sucediera algo... yo estaré allí.

– De acuerdo, hasta mañana por la mañana.

– De madrugada.

Lon tomó posesión de la suite, se duchó y se afeitó, y luego se tiró sobre la cama para disfrutar de unas preciosas horas de sueño. Saldría del hotel para reunirse con los muchachos a las tres y media y, si todo iba según lo planeado, estaría con Sophie a las cuatro y media, y en un lugar seguro al amanecer.

Tres horas más tarde sonó el despertador y, después de vestirse, Lon dejó a los pies de la cama su bolsa de viaje llena de colorida ropa informal, carretes de fotos y mapas turísticos.

Estaba de vacaciones.

A cuatro kilómetros de distancia, Sophie se encontraba estremecida de miedo. Los hombres habían vuelto, los cuatro que ya conocía y uno más, Federico Alvare.

Ella había mirado a Federico pensando que iba a sacarla de allí. Pero al ver la afilada mirada de su rostro duro e inexpresivo, no dudó ni por un instante que toda aquella encerrona había sido orquestada por él.

– Eres uno de ellos – musitó, decepcionada.

– Trabajan para mí – la corrigió él –. Son mis... soldados.

Sophie no podía creérselo. No podía creerse que todo lo que le había contado Lon era cierto y que ella había caído en una trampa. En aquel momento se preguntó cómo había sido capaz de dejarse seducir por la fingida simpatía de Federico.

– Le pegaste un tiro a Chebe. Mataste a uno de los tuyos.

– Nos traicionó.

– ¿Cuándo?

– Eso no es asunto tuyo. Dime, ¿te funcionó bien el teléfono móvil, aquí, en medio de la selva?

Sophie se quedó muda.

—Sabíamos que tenías el teléfono —continuó Federico con una sonrisa amarga y fría—. Te lo dejamos intencionadamente. ¿Hiciste las llamadas necesarias?

Ella estaba aún sin habla, sintiendo oleadas de frío y de calor alternativamente.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Alvare con un gesto amenazante—. No seas estúpida y dámelo.

Ella señaló hacia el camastro. Federico fue hasta allí, levantó el colchón y encontró el teléfono. Lo abrió y consultó la lista de llamadas efectuadas.

—¿Cómo se encuentra nuestro amigo, el señor Galván? —preguntó, mirándola.

—No sé de quién me hablas.

—¿No conoces a Alonso Galván? —insistió inclinando un poco la cabeza.

—¿A Alonso Galván? No.

—Es el hombre de la fiesta en casa de la condesa. El hombre al que has estado llamando por teléfono. Ése es Alonso Galván.

—No, no se llama Galván. Se llama Huntsman.

—Huntsman no es su verdadero apellido. Es un alias.

Sophie sintió náuseas y miedo, mucho miedo. Huntsman no era un alias, era su verdadero apellido y lo había sido durante muchos años.

—¿Qué queréis de mí?

—Nada —contestó Federico plegando el teléfono. Ella lo miró, intentando juntar las piezas de ese rompecabezas.

—No lo entiendo.

—Pues déjame que te lo explique —dijo él empuñando un cuchillo.

Ella dio un salto hacia atrás, muerta de miedo y Federico se envalentonó.

—Tú... no eres nadie —escupió lentamente, bien plantado delante de ella, empuñando el cuchillo con una mueca cruel—, no tienes... ni la menor... importancia. Un gesto mío y... habrás desaparecido para siempre.

—Entonces, ¿por qué me tenéis aquí retenida?

—Quiero a Galván. O a Huntsman. Lo llames como lo llames. Tenemos ciertos... negocios... sin terminar de resolver. Así que, dime, ¿cuándo va a llegar?

A Sophie le quedó claro que Federico pretendía matar a Alonso impunemente y se propuso guardar silencio. Pero la amenaza no era en vano, Alvare se acercó aún más a ella y le puso el filo del cuchillo en la garganta.

—La verdad. ¡Ya!

—Mañana por la noche —confesó ella dejando caer una lágrima.

—¿Mañana por la noche?

Ella asintió.

– ¿Por qué mañana por la noche?

Sophie sintió ganas de vomitar.

– No lo sé. Sólo me dijo que necesitaba veinticuatro horas para llegar hasta aquí.

– Gracias, lady Wilkins. Se aprecia su sinceridad.

Federico se guardó el cuchillo, dio una orden y los cinco hombres salieron de la choza.

Capítulo 6

Sophie se dejó caer poco a poco hasta el suelo porque los temblores no le permitían mantenerse en pie.

Lon había estado en lo cierto. Federico y él se conocían. Peor aún, Federico pretendía matar a Lon y la había utilizado a ella como cebo.

Tragó saliva con dificultad, temblando de miedo y de cansancio. Apoyó la cabeza contra el catre, con los ojos abiertos. Federico le había contado que solía trabajar con Clive, pero... ¿cómo encajaba Lon en ese rompecabezas? ¿Cómo habían llegado a conocerse Federico y Alonso? Nada parecía tener sentido. A no ser que Lon y Clive hubieran trabajado en algo legítimo, pero peligroso, y hubieran preferido que ella no supiera nada. Aun así... ¿cuál era el verdadero nombre de Lon?

A Sophie le dolía la cabeza, estaba muerta de hambre y conmocionada por la confusión, el miedo y el cansancio. Así que cerró los ojos, confiando en la astucia de Lon para sacarla de allí con vida...

La voz era sólo un susurro, pero ella se incorporó sobresaltada y se golpeó la cabeza contra la esquina del catre.

— Sss, Sophie, no hagas ruido.

— ¿Lon?

— Soy yo, cariño — afirmó acariciándole una mejilla.

Ella se agarró a su mano. No, no estaba soñando.

— Se suponía que ibas a tardar más tiempo en llegar — exclamó ella en voz baja, lanzándose entre sus brazos —. Van por ti, Lon, yo sólo soy un cebo.

— Lo sé — dijo él ayudándola a ponerse en pie —. Por eso tenemos que darnos prisa. Vamos, rápido, ponte esta ropa negra.

— ¿Cómo has llegado tan pronto? — preguntó ella ajustándose unos pantalones demasiado largos y una camiseta de su talla.

— Ha sido cuestión de suerte. Ahora ponte esto.

Era un chaleco antibalas.

— ¿Llevas tú uno?

— Sí, es una simple precaución. Todos vamos armados.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Nos marcharemos sin que se den cuenta.

— Lon, pueden matarnos — advirtió ella con la boca seca.

— ¿Se te ocurre una idea mejor?

— Son muchos.

— Nosotros también. Me he traído a unos hombres que saben lo que tienen que

hacer. Abre la puerta y uno de mis muchachos se ocupará de ti.

– ¿No piensas venir conmigo?

– Sí, pero me quedaré en la retaguardia. En caso de que algo vaya mal, mis hombres conocen la localización de un lugar seguro y te llevarán allí.

– Espero que todo salga bien – dijo ella, sabiendo que lo peor sería que Lon perdiera la vida en la escaramuza. Se sintió culpable de haberlo metido en un asunto tan sórdido y peligroso.

Él no contestó, consciente del riesgo, y ella se puso de puntillas para besarle en la mejilla.

– Todo va a salir bien, ¿entiendes, cariño? – insistió Sophie –. ¿Lo entiendes?

– No he esperado tanto tiempo para volver a perderte – dijo él finalmente devolviéndole el beso –. Nos vemos, «muñeca». Ahora, sal de la choza.

Sophie reunió coraje, abrió la puerta y dio un paso adelante en mitad de la oscura noche. Dos hombres se pegaron a ella inmediatamente. Lon iba detrás. Caminaron con calma a través del durmiente campamento y Sophie tuvo la sensación de que había demasiado silencio. De pronto se oyó un tiroteo.

– ¡Sacadla de aquí, ya! – gritó Lon a sus hombres.

Apareció un tercer hombre de la nada y entre los tres la levantaron del suelo y se la llevaron, otros cuatro hombres cubrían todos los flancos. Mientras corrían, Sophie escuchó un disparo seguido de un grito de Lon. Era evidente que lo habían herido, pero él siguió la marcha, cerrando la retaguardia.

Cuando se hubieron internado lo suficiente en la selva, Lon se echó el cuerpo de Sophie al hombro y, en un instante, los hombres que la habían protegido se separaron, corriendo cada uno en una dirección distinta, con diferentes cometidos, entre ellos rechazar el fuego enemigo si éste llegaba a organizarse, y recuperar el todoterreno.

Sophie había empezado a perder el miedo al ver que la distancia entre ellos y los secuestradores crecía, pero su cuerpo saltaba una y otra vez sobre el hombro de Lon y estaba empezando a marearse.

Al cabo de un rato, Lon le dio un suave azote en el trasero y luego la dejó ponerse de pie en el suelo.

– ¿Por qué me has pegado? – preguntó ella un poco irritada.

– Por no creerme y por haberte marchado de Londres sin mí – repuso él maliciosamente mientras se quitaba el chaleco antibalas.

– Tenía que hacer las cosas a mi modo... – se interrumpió al ver que la manga derecha de la camisa de él estaba manchada de un color marrón oscuro –. Estas herido – constató.

– No tiene importancia.

– Parece sangre.

– No lo es. Tenemos que seguir en movimiento. No querrás que tu amigo Federico vuelva a capturarnos, ¿verdad?

Caminaron juntos por la selva, Lon abriendo el paso con un machete, hasta que el sonido de las cataratas fue muy audible. Sophie estaba sorprendida, no parecía lógico internarse en las inmediaciones de las cataratas, sino alejarse de ellas. Contra las cataratas, estarían atrapados sin posibilidad de escape. Intentó hablar con Lon, pero él se negó. No era momento para ponerse a conversar. Subieron a lo alto de una colina y desde allí el rugido del agua al estrellarse contra el fondo era impresionante. Unos minutos después empezó a hacer menos calor y el aire parecía estar más fresco. De pronto, Lon soltó la mochila que había acarreado durante toda la escapada.

– Nos quedaremos aquí.

– ¿Durante cuánto tiempo? – preguntó Sophie recorriendo alarmada el pequeño claro en la selva, preguntándose cuándo podrían volver a casa. Necesitaba darse una buena ducha y meterse en una cama.

– Hasta que hayamos terminado de desayunar – respondió Lon, sacando de la mochila unos pequeños paquetes plateados y procediendo a quitarles el envoltorio.

Ella lo miró atónita. Parecía comida deshidratada, como la que tomaban los astronautas o los escaladores cuando coronaban una de las principales cimas del planeta. Lon le entregó dos barritas, una de proteínas y otra de fruta, además de una bebida isotónica.

– ¿Qué vamos a hacer ahora?

– Comer.

– Me refiero a después. ¿Cómo vamos a salir de la selva?

– Nos vamos a quedar en la selva durante un tiempo.

– Pero seguimos estando muy cerca de ellos...

– Exactamente. Ellos estarán convencidos de que hemos intentado alejarnos y nos buscarán por todas partes, en los hoteles, en las comisarías, en las embajadas..., menos aquí.

– No pretendo llevarte la contraria, pero preferiría estar en un consulado o en una comisaría.

– Sophie, en caso de que no te hayas dado cuenta, te diré que estamos en mitad de ninguna parte. Tres países bordean estas cataratas y cada uno de ellos tiene sus propias leyes. Y, en caso de que tu amigo Federico trabaje en connivencia con alguno de sus gobiernos, preferiría no tener que salir a la luz pública.

– ¿Y nuestro gobierno? ¿Qué pasa con el gobierno británico?

Lon la miró con una mirada tan aviesa que ella se asustó.

– Mantenemos buenas relaciones con nuestro gobierno, ¿no es verdad? – insistió Sophie.

– Yo sí, pero puede que tú no – repuso él finalmente.

— ¿Por qué?

— Por Federico Alvare.

Por supuesto, ella llevaba bastante tiempo en contacto con Alvare, incluso había preparado un viaje a solas con él. A los ojos de cualquier gobierno, la conclusión sería inmediata. Eran socios.

Ella alzó la vista y se miraron durante unos instantes.

— ¿Hasta qué punto has intimado con él? — preguntó Lon.

— Hasta ningún punto.

— Pero saliste de Inglaterra en su compañía.

— Él no tenía ningún interés por mí, era a ti a quien buscaba.

— Te advertí de que era un hombre peligroso.

— Es cierto. También me dijiste que hacía contrabando con drogas. ¿Estabais Clive y tú metidos en ese asunto?

Lon sintió una descarga de adrenalina y tuvo que contener su furia.

— No — respondió mirándola a los ojos. En realidad no sabía hasta qué punto se había involucrado Sophie en el mundo de Valdez, quizá ella constituía una doble trampa. Temió por ella y por sí mismo.

— Pero Clive trabajaba con Federico.

— ¿Para qué organizaste este viaje, Sophie? — preguntó Lon con tono afilado y violento—. No te habrás asociado con ellos, ¿verdad? — insistió, sabiendo que aunque ella estuviera en la parte contraria, nunca la rechazaría.

— ¿Con quiénes? — repuso ella anonadada y confusa.

— Con ellos, con los malos.

Ella soltó una carcajada llena de incredulidad.

— ¿Quiénes son los malos, Lon? Tal y como yo lo veo, me persiguen dos hombres malos, Federico y tú.

— Yo estoy en el bando de los buenos. Si fuera de los malos, no me habrías llamado por teléfono. No puedes negar que sabías que yo te protegería de cualquier peligro.

Sophie tragó con dificultad, procurando asimilar su situación. Estaba aterrorizada. Había sido secuestrada por un narcotraficante, tenía un marido muerto con un pasado oscuro y estaba en la selva con Lon. ¿Quién era Lon en realidad?

— No he actuado como cebo voluntariamente — aclaró ella—. Jamás te hubiera hecho algo así.

Lon se relajó y dobló el codo para darle un bocado a su barrita de proteínas. Una nueva mancha roja se unió a las que ya teñían de marrón su manga derecha.

— Sigues sangrando — dijo Sophie.

– No es una herida mortal – repuso él, restándole importancia.

– A mí no me hace ninguna gracia.

– A mí tampoco.

– Deja que le eche un vistazo a tu hombro – pidió ella seriamente.

– ¿Te vas a atrever a tocarme? – preguntó él con tono burlón.

– Déjate de bromas – dijo ella, separando la tela de la camisa de la piel del brazo – . Has perdido mucha sangre.

– ¿Mucha sangre? Jamás creí que pudieras tolerar la visión de la sangre – comentó él despreocupadamente, demostrando su resistencia masculina y poniendo en ridículo los miedos femeninos.

– Deja ya de reírte de mí – dijo ella, enfadada – Tienes que quitarte la camisa.

– Cuidado, cariño. Vas a excitarme.

Ella sintió tentaciones de soltarle un puñetazo en pleno hombro.

– No piensas cambiar nunca, ¿verdad?

– Tú no quieres que yo cambie.

– Quítatela. Has perdido mucha sangre – repitió ella.

– ¿Cómo lo sabes?

– Te parecerá mentira, pero resulta que tengo cierto sentido común. No es que lo utilice muy a menudo, pero ahí está.

– Interesante.

– No demasiado – rectificó ella, desabrochándole los botones de la camisa y dejando a la vista los fuertes músculos del pecho y también un vientre plano, todo ello cubierto por un maravilloso bronceado. Sophie no pudo evitar sentirse medio hechizada, ese hombre estaba realmente en forma. Empezó a quitarle la camisa por el brazo sano, pero tuvo que detenerse al llegar al hombro derecho.

– La tela está pegada a la herida.

– Humedécela y ve tirando poco a poco.

Sophie tardó un buen rato en retirar toda la tela de la herida, pero a pesar de toda su delicadeza no podía evitar que volviera a sangrar.

– ¿Cómo vamos a detener la hemorragia? – preguntó ella, tratando de mantenerse serena y resultar eficaz, aunque estuviera temblando por dentro.

– Con una venda muy apretada – repuso él –. Ahí llevo un botiquín de emergencia, en el bolsillo lateral. Colócame primero unas gasas.

– Espera, veo que tienes un paquete de algodones empapados en alcohol. Voy a limpiarte la herida antes de nada – Sophie se aplicó a la tarea consciente de que le estaba haciendo daño, pero al cabo de unos minutos el brazo estaba limpio y la herida también.

—Ahora ponme las gasas y aprieta bien la venda—. Todo irá bien si deja de sangrar durante la próxima media hora. Si no es así, habrá que hacer un torniquete, aunque no creo que vaya a ser necesario. No te preocupes —añadió con una sonrisa.

Ella no estaba tan segura, jamás había visto tanta sangre, pero se puso a apretar bien la venda.

—¿Y la bala? —preguntó de pronto.

—No está dentro, tranquila.

Sophie se sentía culpable y avergonzada. Lon le, había advertido seriamente que Federico era peligroso y ella no le había hecho caso. Sin embargo, Lon había pasado por alto su falta de confianza y se había arriesgado a rescatarla, recibiendo un balazo en la reyerta.

—Lo siento —susurró alzando la vista, una vez hubo fijado la venda con esparadrapo. Allí sentada, al lado de Lon, solos en un calvero de la selva, Sophie constató con inquietud que llevaba diez años huyendo de él, asustada por las intensas emociones que él sabía engendrar y que ella no se atrevía a compartir... porque mientras él parecía tener una capacidad innata para mantener el control, ella no disponía de armas suficientes para mantener la calma en su presencia. A pesar de la inmensa atracción física que había entre ellos, a Sophie le aterrorizaba que él fuera tan impredecible y tan inestable. Ella siempre había deseado, y seguía deseando, disfrutar de una vida estable y familiar, con hijos, tíos, primos, primas, hermanos y hermanas.

—De veras que lo siento —insistió ella, pidiendo perdón al mismo tiempo por todos los agravios del pasado, con los ojos enrojecidos.

Echó un vistazo a la venda, pero sólo se había teñido de rojo la primera capa de gasas. Sin embargo, la herida seguía sangrando.

—Te pido perdón por no haberte explicado mi relación con Federico —prosiguió ella—. Siento haber burlado tu vigilancia yéndome al día siguiente de la fiesta. Y... siento de todo corazón haberte metido en este lío.

Él se mantuvo en silencio y ella respiró hondo mientras se encogía de hombros, convencida de que algo estaba cambiando, de que la relación con Lon se estaba intensificando, lo cual era... peligroso.

—Federico dice que te llamas Alonso Galván —añadió ella—. ¿Por qué?

—Es un antiguo apodo familiar.

—Le dije que te llamabas Huntsman.

—Gracias.

—¿Cómo es que conoces a Federico?

—A través de Clive.

—¿Y cómo es que él conocía a Clive?

—Clive hizo algunos... negocios... en Latinoamérica.

– ¿Con el Banco de Inglaterra?

– Por su cuenta.

Eso era precisamente lo que Sophie había ido a buscar a Brasil. Lon parecía saber cuáles habían sido las últimas actividades de su marido en Sao Paulo Lon sabía, pero ni se lo había contado con anterioridad ni, al parecer, estaba dispuesto a contárselo en ese momento.

– Tienes que comer algo – dijo él interrumpiendo sus pensamientos y señalando los paquetes de alimentos deshidratados. Termínate la bebida isotónica. Es importante mantener la energía hasta que hayamos salido de la selva.

Era evidente que Lon no deseaba continuar la conversación que Sophie había iniciado, pero ella necesitaba saber la verdad.

– Necesito saber lo que pasó. Era mi marido.

– Y mi mejor amigo – replicó Lon –, pero no me siento con ánimos para concentrarme en lo que paso hace dos años mientras no nos hayamos puesto a salvo.

Sophie aceptó sin objeciones que el reto por la supervivencia era prioritario. Lon siempre tenía razón.

– Lo entiendo, pero quiero que me prometas que me contarás la verdad cuando regresemos al mundo civilizado.

El la miró sin sonreír.

– Come – dijo, zanjando la cuestión.

Al cabo de un rato, mientras Lon reordenaba la mochila, Sophie caminó hacia uno de los límites del claro y encontró un arroyuelo que debía estar conectado de alguna manera con la gran catarata porque el ruido era impresionante. Bebió con ganas mientras seguía pensando en Clive. Su marido había realizado ciertos... negocios. Y Lon sabía de qué se trataba. ¿Los habían hecho de común acuerdo? De pronto recordó que había sido acusada de traficar con drogas. ¿Cocaína?

Sophie se quedó paralizada. Clive y Lon no podían haber hecho una cosa así. ¿Para qué? Al fin y al cabo, Lon no necesitaba dinero, pero... Clive sí... No, no era posible que Clive se hubiera involucrada en un asunto de drogas. Era inconcebible. Y, sin embargo, no podía negar que durante la última época su marido había hecho una serie de viajes muy misteriosos...

– Se está estupendamente al lado del agua – dijo, Lon acercándose por detrás de ella.

Sophie dio un respingo y se giró para mirarlo a los ojos.

– ¿Cómo conseguiste hacerte rico? – preguntó al cabo de un instante –. Se necesita mucho dinero para comprar una mina de esmeraldas.

– Recibí una pequeña herencia de mi padre biológico, y poco después mi padrastro recibió una indemnización por haber sufrido un accidente en la mina. Mi madre, él y yo compramos un lote de acciones con ese dinero. Además, yo tenía mis propios ahorros, había servido en las fuerzas aéreas durante años y fui invirtiendo el

dinero con cuidado hasta que finalmente pude comprar todas las acciones de la mina. ¿Por qué me lo preguntas?

– No lo sé. Estoy tratando de comprender.

– ¿Comprender qué, Sophie?

– Comprenderte a ti, comprender todo este maldito asunto. Nada parece tener sentido. En realidad, no te conozco. Y tampoco sé por qué Federico va por ti. Ni cómo fuiste capaz de encontrarme tan pronto.

Lon se echó la mochila al hombro.

– Creí que habíamos decidido dejar las explicaciones para otro momento – dijo.

– Sólo quiero saber cómo me encontraste tan pronto.

– Dispongo de un equipo de vigilancia provisto de aparatos de alta tecnología.

Sophie tuvo una idea.

– ¿Pertenece Clive a ese equipo?

– No.

«Claro que no», se dijo Sophie, mientras la esperanza se desvanecía.

– Y este tipo de rescates... ¿forma parte de tu trabajo? – preguntó ella, tanteando un terreno desconocido que podría explicar muchas cosas.

– No, Sophie, vine a rescatarte porque era necesario, pero preferiría estarme tomando una cerveza en una playa del Caribe. Si piensas que disfruto yendo de un lado a otro armado, jugándome la vida y viviendo a escondidas, es que no me conoces bien. Sophie, tengo ya treinta y dos años, lo que realmente quiero es tener una casa que pueda ser mi hogar, con un par de hijos a los que columpiar y llevar al zoo, como cualquier otro padre. Y no sé por qué te empeñas en pensar que soy distinto de los demás...

– Me asustan tus emociones, son tan fuertes que me hacen temblar de miedo. ¡Eres el hombre más intenso que conozco!

Capítulo 7

—O sea, que por fin te has dado cuenta —gruñó él con la mandíbula alzada y los ojos brillantes, furioso.

—Sí, me he dado cuenta. Me he dado cuenta de que siempre lo quieres todo, de que nunca te conformas con un poco.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—No es... práctico.

—¿Práctico?

—Sí. No es realista. Nadie puede tenerlo absolutamente todo.

—Tonterías. Hace años que limitas tu potencial. Siempre has tenido miedo de pedirle demasiado a la vida por temor a la decepción, así que decidiste conformarte con poco y empezaste a cometer errores como, por ejemplo, el matrimonio con Clive.

—Ése es el comentario más arrogante, engreído y pedante que he escuchado jamás.

—Pero es cierto. Y déjame que añada algo más. Hace mucho tiempo tuviste miedo y recurriste a ese truco tan tuyo que consiste en enterrar la cabeza en la arena, como un avestruz. Y así es como has estado viviendo durante los últimos diez años, sin usar la cabeza para preguntarte por qué te sentías tan sola, tan vacía, tan infeliz...

—¡No soy infeliz! —se defendió Sophie, iracunda.

—Bueno, eres libre de pensar lo que quieras, cariño, pero no te quejes cuando te des cuenta de que la vida ha pasado de largo, dejándote de lado.

—Eso no va a suceder.

El soltó una carcajada y estuvo riéndose un buen rato mientras Sophie, colérica y mortificada, agarraba la rama de un árbol.

—Para de reírte —dijo, amenazándolo con el palo—, para o...

—¿O qué, miedosa avestruz?

«¿Miedosa avestruz?». Nadie la había insultado nunca de una forma tan humillante. Lon iba a pagar por ello. Sophie se lanzó a la carrera y le clavó el palo entre las costillas antes de que él pudiera inmovilizarla.

—La primera lección de supervivencia, Johnson...

—¡Me llamo Wilkins!

—... consiste en no sobreestimar tus fuerzas —prosiguió él arrancándole el palo de las manos—. La segunda... —añadió, balanceando el arma por detrás de las piernas de ella para asestarle un golpe por encima de los talones que la hizo caer de espaldas—, es ésta...

—¡Eh! —se quejó Sophie.

— ... y la tercera — anunció Lon, impertérrito, plantando el palo sobre el esternón de la mujer caída, entre los pechos —, ésta.

Sophie jadeó tratando de recobrar el aliento.

— ¡Quítame de encima ese maldito palo!

— La vida te dio de lado hace ya mucho tiempo, Sophie Johnson. Si no fuera así no habrías viajado a Brasil al cabo de dos años para investigar las actividades de tu difunto marido.

— Lo hago porque me interesa.

— Tonterías. Lo haces porque no tienes ni la menor idea de quién era tu marido. Nunca lo amaste. Te casaste con él para poder enterrar la cabeza y olvidarte de mí — afirmó él soltando el palo—. Vayámonos, ya te he dicho lo que necesitaba decirte.

Ella gruñó, dolorida, mientras se ponía en pie, pensando con disgusto que a ese hombre le gustaba disfrutar del poder. Y no sólo la había dominado físicamente, sino que la había insultado y humillado. Estaba furiosa y, aunque no le quedaba más remedio que seguirlo colina abajo, se juró que antes o después le demostraría que estaba muy equivocado sobre ella. Para empezar podría atacarlo haciéndole ver que se había comportado con cobardía negándose a afrontar sus propios problemas familiares mientras era estudiante.

— ¡Ah! — exclamó Sophie al tropezar con una raíz y caerse de bruces sobre unos helechos.

— ¿Qué, cariño, volviendo a intentar enterrar la cabeza? — comentó Lon con guasa mientras la ayudaba a levantarse.

Ella deseó fulminarlo con la mirada, incapaz de responder con la mordacidad que se merecía.

— Eso que estás pensando no va a suceder — afirmó Lon, mirándola.

— ¿Qué?

— No voy a caer fulminado a tus pies por más que lo desees.

— Maldita sea, confiaba en quedarme con la herencia y celebrarlo por todo lo alto.

— Estupendo. Cásate conmigo y podrás heredarme.

— ¿Casarme contigo? Jamás. Preferiría quedarme en la selva para siempre.

— No es mala idea — replicó él poniéndose de nuevo en camino.

Ella tuvo que echar a correr para ponerse a su altura.

— No pretendas asustarme, Alonso. Sé que no serías capaz de dejarme aquí sola. Eres duro, pero no cruel.

— ¿Cómo has podido pensar semejante cosa, cariño? Claro que seguiré contigo, podemos jugar a Tarzán y a Jane.

— Ja, ja.

— Vamos a casarnos.

Sophie se detuvo, harta ya de su insistencia.

—No vamos a casarnos.

—Me alegro de que te guste la jungla —repuso él echando a andar de nuevo.

A media tarde llegaron a la orilla del gran río, salpicado de bancos de arena donde crecían palmeras y helechos. El espectáculo era grandioso.

Lon soltó la mochila inmediatamente y se puso a reunir ramas de árbol fuertes que desbrozó con su cuchillo de monte.

Sophie lo miraba atónita, daba la impresión de que se proponía construir una casa entera.

—¿Es realmente necesario todo esto? —preguntó al fin.

—No, si pretendes convertirte en la cena de algún animal salvaje. Construiremos una plataforma entre esos cuatro árboles —respondió él poniéndose manos a la obra.

Una vez colocados los troncos y atados a los árboles, Lon se dedicó a recoger grandes hojas de palma para ponerlas encima.

Menos furiosa y algo más pragmática, Sophie admitió que los preparativos para la noche eran necesarios, así que lo ayudó a cortar hojas de palma.

—¿Cuánto tiempo vamos a pasar aquí? —se atrevió a preguntar, nerviosa al verse obligada a pasar la noche con él.

—Un par de días.

—¿Y luego?

—Espero que llegue una barca a recogernos.

—¿Y si no llega?

—Seguiremos esperando.

—¿Quién va a venir por nosotros?

—Mis amigos.

—¿Los mismos amigos que participaron en el rescate?

—Los mismos —dijo él acercándose a la orilla para lavarse las manos. Cuando se incorporó se la encontró a su lado, con los brazos en jarras y la vista perdida en el horizonte. Estaba espléndida. Sophie siempre había sido una dama, pero él adoraba verla vestida con camiseta, pantalones oscuros y unas botas negras de combate. Su sedoso pelo negro colgaba sobre la espalda recogido en una cola de caballo y sus mejillas estaban enrojecidas por el sol. Dios..., la deseaba, ansiaba poseerla y no podía imaginarse un futuro sin ella.

Lon siempre había sabido que se pertenecían el uno al otro, pero Sophie había elegido el camino más fácil y menos pasional al casarse con Clive. Sin embargo, habían pasado los años y él esperaba que ella le diera una nueva oportunidad. Su reto consistía en convencerla de que merecía la pena pedirle algo más a la vida.

—Creo que éste es el sitio más bonito del mundo —comentó ella, sacándolo de sus

pensamientos—. Es, es... un auténtico paraíso. ¿Sabes si Clive estuvo alguna vez en Iguazú? —preguntó alzando la vista hacia él.

—No, no lo creo.

Ella se dejó recorrer por un mar de sensaciones dolorosas: pena, impaciencia, reproche. Había habido tanta esperanza en la amistad que los había unido a los tres cuando aún eran adolescentes...

—El nuestro no fue un matrimonio feliz —confesó por fin con gran esfuerzo—. Pero seguramente ya lo sabes, Clive debe habértelo contado.

—Nunca me dijo ni media palabra.

—Nosotros... no encajábamos. Nos casamos porque nuestra relación había sido muy buena mientras tú estabas allí, pero cuando desapareciste todo se fue al traste. Clive se entristeció mucho y, al poco tiempo, ni siquiera teníamos ya nada de qué hablar —relató Sophie mientras Lon aguardaba en silencio—. Creo que tú fuiste nuestro único nexo de unión. Y nuestra boda, sin duda un error. Me arrepentí inmediatamente, me arrepentí desde el mismo día en que acepte su proposición. Debería haber tenido el coraje necesario para rectificar, pero sentía, mucho afecto por el padre de Clive y no quise decepcionarlo.

—Y tampoco querías seguir soltera porque jamás te hubieras podido librar de mí.

—No sabía lo que significaba el matrimonio —admitió ella con lágrimas en los ojos. Miró a Lon y deseó meter los dedos entre su cabello, pero se contuvo, sintiéndose terriblemente sola y desgraciada. Su vida estaba plagada de errores y desconfiaba de su capacidad para tomar decisiones correctas—. Creo que aún no te he dado las gracias por asistir al funeral. Me alegré sinceramente de verte, me confortó mucho tu presencia.

—Necesitaba estar allí —contestó él.

—Y a pesar de que te supuso un largo viaje, no aprovechaste la oportunidad para hablar conmigo, aparte del breve pésame.

—¿No hablamos?

—¿No lo recuerdas?

—No lo sé, fue un día muy complicado.

Eso era cierto. La condesa había estado hecha un mar de lágrimas y parecía inconsolable. La catedral estaba atestada. Cientos de personas habían acudido a expresar sus condolencias. Y los reporteros y fotógrafos de prensa luchaban por recopilar declaraciones y tomar instantáneas. Alonso había llegado demacrado y con aspecto retraído.

—Clive siempre trató de portarse bien conmigo —dijo Sophie.

—Tendría que haberlo hecho un poco mejor —repuso Lon—. Te merecías algo más.

—Él no me dejó viuda a propósito —se defendió Sophie con acritud—. Era joven y estaba lleno de sueños y proyectos.

—Y esos sueños eran más importantes que tú. Tan importantes que apenas pasaba por casa para estar contigo. Piénsalo, Sophie.

Ella sintió un vuelco del corazón. No tenía respuesta a eso.

—Te diré algo más, Sophie —prosiguió él—. Si te hubieras casado conmigo, me habrías acompañado a todas partes y yo habría celebrado cada instante que hubiésemos pasado a solas. Si fueras, mi mujer, descubriría todas tus ilusiones y deseos, me preocuparía de tus sentimientos y atendería tus necesidades. Y no pararía hasta estar completamente seguro de que eras feliz y te sentías amada y satisfecha a mi lado.

Sophie cerró los ojos.

—Si fueras mi mujer —continuó él con voz ronca—, jamás te dejaría que te acostaras sin haberte besado antes para demostrarte mi amor. Y jamás me hubiera ido a trabajar sin recordarte que tú eras para mí la persona más importante del mundo. Te dejaría bien claro que, para mí, la vida no significaba nada sin ti.

Ella no pudo reprimir las lágrimas.

—No sé cómo puedes decir esas cosas —le reprochó ella débilmente.

—Puedo porque eso es lo que he sentido desde el día en que nos conocimos. Eras tan bella y tan inteligente... Habías recorrido medio mundo, acompañando a tu padre por motivos de trabajo. Siempre mostrabas un rostro alegre y animoso porque habías aprendido a mostrarte amable con los demás, pero no sabías exigir tu propio derecho a la felicidad. ¿Por qué no te atreviste a pedirle algo más a la vida? ¿Es que pensabas que no te lo merecías? —preguntó tomándola de la mano—. Lucha, Sophie, la vida tiene muchas cosas que ofrecer si te empeñas en conseguirlas.

—Mi madre fue muy exigente con la vida y lo único que consiguió fue divorciarse y destrozarnos nuestro hogar.

—Tú no eres tu madre.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé.

Sophie sabía que Lon estaba verdaderamente interesado por ella, pero temía que llegara a idolatrarla como a una diosa. Y eso hubiera sido terrible porque ella sólo era una persona normal y corriente.

—Tú crees que te amo en abstracto —prosiguió él—, pero no es cierto. Te amo porque eres capaz de reírte de ti misma y porque tienes tan buen corazón que siempre le darás una segunda oportunidad a quien se la merezca. Incluso a mí.

—Ni hablar.

—Por supuesto que sí. En este mismo momento me estás dando esa oportunidad —sentenció él con una sonrisa devastadora.

—Imposible. No puedo. Me das miedo.

—¿Por qué? Se supone que soy uno de tus mejores amigos.

La expresión de Sophie se dulcificó un poco, recordando la hermosa amistad que habían entablado en una fiesta escolar en Bogotá, cuando ella estaba interna en el colegio Elmhurst y ellos en el Langley.

Aquella noche habían bailado juntos una inolvidable pieza lenta.

Sophie se restregó los ojos. ¿Hacía sólo un día y medio desde que había llegado a Brasil? Parecía un año.

—Estás cansada —dijo Lon—. Y necesitas comer algo antes de irte a dormir.

—Tú tampoco dormiste anoche.

—Es verdad, pero estoy más acostumbrado que tú. Come y acuéstate. Descansa. Yo vigilaré.

Ella estaba demasiado cansada como para discutir, así que devoró un par de barritas de comida deshidratada y se tumbó a dormir, sintiendo muy cercana la presencia de Lon. Ese hombre estaba dotado de una gran fortaleza física y emocional.

Él esperó hasta que ella se hubo dormido para concentrarse en su mayor preocupación, que era cómo contarle a Sophie la verdad sobre Clive. Lo más fácil sería enfrentarla a los hechos mostrándole las pruebas de cómo todos sus negocios se habían ido yendo a pique consecutivamente, dejando tantas pérdidas que él se había visto obligado a pedir unos créditos que finalmente no pudo pagar. Ahí había empezado la relación laboral de Clive con Valdez.

Pero la crudeza de los hechos destrozaría a Sophie, que aún mantenía un recuerdo amable y puro de Clive. El propio Lon había sufrido intensamente al enterarse de cómo su amigo se había ido enterrando poco a poco en el fango, hasta caer en la bancarrota y perder la vida. Clive había sido el hermano que él nunca había tenido, un muchacho rebelde como él, pero siempre de buen humor..., su mejor amigo.

De joven, Clive había intentado rechazar la propuesta de su padre para que trabajara en el Banco de Inglaterra, pero finalmente se había visto obligado a aceptar. Y las cosas habían ido bien, al menos al principio. Sin embargo, la necesidad de sentirse libre, de tener un negocio propio, lo había empujado al desastre. Al perder toda su fortuna y la de su madre en bolsa, invirtiendo con un riesgo exagerado, se había visto al borde del abismo.

Lon sabía que Clive y Sophie hubieran podido soportar la pobreza, pero... ¿cómo iba a explicárselo a su madre, la condesa? Así que hizo un pacto con Valdez. Clive era muy valioso porque tenía innumerables contactos en las altas esferas del mundo de la banca, y acceso a las cuentas que manejaba el gobierno británico para pagar a los agentes del MI6 en Latinoamérica, con datos exactos de lugar y fecha.

A cambio de tres millones de libras esterlinas, Clive había entregado a tres agentes del MI6. Uno por cada millón. Habían muerto dos. Pero Lon había sobrevivido.

Capítulo 8

Sophie se despertó en algún momento de la noche levemente iluminada por la luna. Se estiró y se volvió hacia Lon.

— ¿Qué hora es? — preguntó.

— Las cuatro y media.

Ella se restregó los ojos. Había dormido muy profundamente durante seis o siete horas y se encontraba descansada.

— Debes estar exhausto.

— Estoy bien.

Sophie no se llevó ninguna sorpresa. Lon jamás había emitido ni una sola queja, a pesar de que había sido constante objeto de burla en el internado de Langley por ser hijo de madre soltera. Pero él hacía caso omiso y se concentraba en los deportes y en la música. Tocaba la batería como un verdadero profesional.

— ¿Sigues tocando la batería? Clive se volvía loco cuando te veía con un instrumento en la mano.

— Estaba celoso porque él no tenía ninguna facilidad para la música.

— Estaba celoso de ti por muchas otras cosas también, lo sabes, ¿no? — dijo ella con convicción saltando de la plataforma para inspeccionar su herida. Le desabrochó la camisa y comprobó con alivio que la capa de gasa más superficial no estaba manchada de sangre, la herida había dejado de sangrar. — Odiaba ver la facilidad con la que resolvías cualquier tipo de problema.

— ¿Facilidad?

— Sí, facilidad.

— Mi vida no ha sido nada fácil — dijo Lon, enarcando las cejas—. Todo me lo he tenido que ganar pulso y eso me ha acarreado muchos problemas.

— Pero eres fuerte, tienes una gran personalidad y valoras las cosas buenas de la vida — dijo ella acariciándole el pelo—. Le das miedo a la gente, Lon, les das miedo porque te gusta jugar a ser la oveja negra.

— Me divierte — concedió él encogiéndose de hombros—. Y, en parte, resulta necesario para sobrevivir. La verdad es que no puedo fiarme de la mayor parte de la gente.

— En todo caso ahora vas a tener que fiarte de mí, me quedo de guardia mientras tú duermes un rato.

— Ni lo sueñes. ¿Cómo voy a fiarme de ti después del lío que has organizado?

— No me estoy guardando ninguna carta bajo la manga — repuso ella, sabiendo que se merecía el comentario.

— Hum — masculló él trepando a la plataforma para tumbarse—. Posiblemente

estaríamos más seguros si tú también subieras a acostarte conmigo.

– No lo veo necesario.

– Eres tan cobarde como un avestruz – farfulló él riendo por lo bajo.

– No vas a conseguir que me inmute. Me he vuelto inmune a ese insulto – dijo ella sentándose en la arena con las piernas cruzadas sin dejar de mirarlo.

Lon tenía unas facciones muy masculinas, con la mandíbula demasiado ancha, las cejas demasiado espesas y la expresión demasiado inquietante.

– ¿Sophie?

El tono ronco de su voz la recorrió interiormente, confirmando a cada célula de su ser que él siempre la había deseado.

– Se suponía que dormías.

– No tengo sueño.

– No podemos hacerlo, Lon, no funcionaría.

Él la miró con intensa sensualidad, a la espera, como si tuviese todo el tiempo del mundo para que ella cambiara de opinión.

– Lon..., di algo, por favor – suplicó ella al cabo de un rato.

– ¿Qué es lo que quieres oír, cariño? – preguntó él estirando el brazo para acariciarle la mejilla.

Ella se sonrojó mientras una corriente de fuego se extendía por todo su cuerpo. Lo que vio en los ojos de él fue diversión y peligro, una mezcla explosiva que le impedía dar rienda suelta a sus más íntimos deseos.

– Lon..., no me llames cariño.

– ¿Por qué?

– Porque no puedes poseerme.

– Te poseo desde siempre, cariño – repuso él con una sonrisa.

A Sophie se le disparó el pulso.

– Nunca me has poseído..., ni física ni mentalmente.

– No discutamos – dijo él izándola para sentarla en su endurecido regazo –. Sé la verdad – añadió muy despacio –, y tú también.

«¿La verdad?», se preguntó Sophie. La verdad era que junto a él se sentía viva y llena de un deseo tan poderoso que se veía incapaz de manejarlo. El le acarició la boca con los dedos y ella respondió con todo su cuerpo, deseando abrirse y ofrecerse. Lon no se parecía a ningún otro hombre que ella hubiera conocido. Con él sentía excitación y miedo, frustración y resentimiento, adrenalina y avidez. Era como estar dentro de un volcán.

– Será mejor que lo dejes – dijo ella, incapaz de afrontar el peligro. Sabía que él no sólo deseaba hacer el amor, sino poseer cada uno de sus pensamientos. «Si me entrego, disfrutaré hasta el último momento, pero perderé el control sobre mi vida»,

se dijo.

— ¿Qué pasaría, Sophie? — preguntó él sin dejar de acariciarle los labios—. ¿Qué pasaría si te hago lo que estoy pensando hacerte y lo que tú estás deseando que te haga?

«Que me gustaría demasiado», se dijo Sophie mientras él acercaba la boca para lamerle sensitivamente el labio inferior antes de besarla con toda la boca. Ella se estremeció de placer ahogando un gemido, se sentía en el mismísimo cielo.

— La verdad — repitió él, pasando el pulgar por sus labios entumecidos—. Recuerda, Sophie, la verdad es lo único que importa.

«La verdad...». Sophie se puso en pie y se alejó varios pasos, tratando de controlar la debilidad de las piernas y la traicionera sensación de calor que anegaba su cuerpo. No deseaba sentir esas emociones tan primitivas, tan intensas...

Sintió sobre sí la mirada de Lon mientras ella se dejaba caer de rodillas sobre la arena, desmadejada.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó él, estirándose sobre la plataforma con los brazos cruzados detrás de la cabeza, sonriendo.

— Duerme un rato — contestó Sophie, apretando los puños.

Ella mantuvo la vigilancia durante el resto de la noche, consciente de que quería más, de que deseaba con todas sus fuerzas llegar más allá. Pero esa misma tensión la volvía más vulnerable de lo que era capaz de soportar. Estaba asustada por la propia fuerza del deseo.

Y, sin embargo, otra línea de pensamiento empezó a abrirse paso en su mente. Existía la posibilidad de que exigirle más a la vida no fuera algo malo. Si se lo proponía con la suficiente tenacidad podía llegar a escapar de la sombra de la condesa y emprender una carrera profesional, quizá la diplomática, como había hecho su padre. Ella hablaba cuatro idiomas, alemán, español y francés con cierta soltura, y un poco de ruso. Aunque de pequeña había sufrido mucho con los cambios de lengua e internado, sabía que de ese modo se había convertido en una persona culta y mundana. Ya no era una niña y no tenía por qué acobardarse, casi ninguna mujer norteamericana estaría tan preparada como ella para enfrentarse a las dificultades. En realidad, nada le impedía lanzarse a una vida de aventura. Nada.

Lon se despertó un par de horas más tarde, cuando Sophie ya había decidido que mantendría las distancias con él a toda costa. Trató de concentrarse en la belleza de las mariposas que volaban a su alrededor, pero no pudo evitar sentir la potencia de la mirada de Lon sobre ella. Se desesperó y se puso de mal genio al darse cuenta de que no iba a poder librarse de él durante todo el día. Ni durante el siguiente.

Hacía un calor espantoso y Sophie deseó que se desencadenara una tormenta tropical sobre ellos para limpiar el ambiente.

De pronto notó una brisa muy ligera, pero miró y las hojas de los árboles no se movían.

— Tienes un aspecto miserable, cariño — dijo Lon acercándose a ella.

– Tengo calor – repuso ella entre dientes.

– Hay nubes en el horizonte, se acerca una tormenta.

– Genial.

– Refrescará cuando llegue la tormenta, pero está todavía a dos horas de nosotros y todo depende del viento.

– ¿Qué viento? – preguntó ella alzando la vista antes de darse cuenta de que eso era lo que él pretendía, que ella volviera a dejarse hipnotizar por el brillo de su mirada.

– No vuelvas a hacerlo – le advirtió.

– ¿El qué?

– Besarme, eres demasiado experto en el tema.

Él no pudo contener una amplia sonrisa.

– No te avergüences tanto, Sophie, los besos tiernos no son pecado.

A Sophie se le llenaron los ojos de lágrimas. Supo que siempre había esperado sentirse amada sin límites, saber a ciencia cierta que un hombre la deseaba por completo. Que un hombre le arrancara la ropa y le hiciera el amor, y que le jurara que seguiría haciéndolo una y otra vez hasta el final de los tiempos. Toda su vida se estaba haciendo añicos por culpa de Lon.

– Si sigues así, vas a conseguir cambiarme – dijo ella.

– Eso es lo que pretendo.

– Te gustó besarme.

– Mucho.

– No parece que vayas a pedirme disculpas.

– En absoluto. Estoy contento de haberte besado y me gustaría volver a hacerlo. De hecho – añadió después de una ligera duda –, creo que voy a hacerlo ahora mismo.

Acto seguido, la atrajo hacia sí con la soltura de un experto y le acarició la espalda con los pulgares. Bajó la cabeza despacio y cubrió su boca con la suya. Sophie se derritió por dentro, la sangre afluyó a sus centros vitales e inmediatamente se vio sorprendida por sucesivas oleadas de placer. Sólo era un beso, pero... ¡vaya beso!

Lon terminó y le acarició los labios con el pulgar.

– Creo que esta segunda vez ha estado incluso mejor que la primera – dijo él, evidentemente satisfecho –. ¿Te gustaría que fuéramos a refrescarnos a alguna parte?

– Por favor...

– Sígueme – pidió él con una sonrisa.

Ella lo hizo, pero con la incómoda certeza de que él sabía perfectamente que la había dejado impresionada con ese beso. Caminaron cuesta abajo por un sendero abrupto, agarrándose a las ramas para no resbalar. Sophie se preguntaba qué pasaría

si el asalto amoroso de Lon lograba su propósito, o sea, ponerla al borde de su propio precipicio sentimental.

Una hora más tarde llegaron al fondo de la pendiente, desde donde se oía el rugir del agua muy próximo.

—Pégate a la roca —dijo Lon—, y no te separes de mí. Vamos a entrar en una cueva que hay un poco más allá. Tendremos que agacharnos mucho para entrar, pero el espectáculo será grandioso y nos podremos bañar.

Entraron a gatas por una abertura mínima.

—Mira —dijo Lon, una vez dentro.

La cueva estaba mágicamente iluminada por intensos rayos de sol que se colaban por las oquedades de las húmedas paredes y repiqueteaba un concierto de incontables chorros de agua que caían en cascadas, formando pequeñas lagunas de agua transparente, no muy distantes unas de otras.

—Mira —dijo Lon.

Sophie estaba maravillada, la caverna era un lugar paradisíaco. Estaban en el interior de las cataratas.

—Esto, esto... —susurró ella—, esto es sencillamente increíble, magnífico.

El la miró y ella sintió el destello ardiente de sus ojos.

—Si realmente tienes calor, éste es el mejor lugar para bañarse —dijo él con tono ronco, señalando una preciosa laguna de aguas serenas—. También puedes darte una ducha con masaje debajo de aquella cascada.

Sophie necesitaba refrescarse con urgencia, no sólo le afectaba el calor de la jungla, sino que su cuerpo parecía incendiarse cada vez que Lon hablaba o la tocaba.

Se metió vestida debajo de la cascada, para limpiar en la medida de lo posible el polvo de las ropas, y luego se quitó la camiseta y los pantalones para dejarlos a secar sobre una roca al sol mientras ella volvía a colocarse debajo de la cascada en ropa interior. El agua estaba fría, pero el masaje sobre la espalda era soberbio. En cuanto se hubo sentido fresca y relajada, decidió tumbarse al sol para secarse. Desde donde estaba vio a Lon nadar en la profunda laguna, pero volvió la cabeza y cerró los ojos porque prefería no sentir... aquello.

Sophie soltó un quejido, se estaba volviendo muy difícil mantener la vista puesta en la realidad, en la condesa, en Melrose Court, en Londres. Poco a poco, Lon se estaba convirtiendo en el verdadero protagonista de una nueva realidad que nada tenía que ver con la anterior. Una realidad que podría acabar con ella.

Levantó la cabeza y lo vio salir de la laguna, casi desnudo y chorreando. Sus calzoncillos blancos mostraban mucho más de lo que deberían y ella no pudo evitar echar un vistazo a lo que perfilaban. Se le quedó la garganta seca.

El sexo con Clive había estado... bien, se dijo Sophie, pero... ¿cómo sería el sexo con Lon? Fantástico. Aunque se retractó al notar que él, con toda su sana masculinidad, se encaminaba hacia ella, toda una montaña de músculos bajo la piel

dorada y llena de brillantes gotas de agua.

– ¿Te sientes mejor? – preguntó Alonso al llegar hasta ella.

– Sí – repuso ella con voz ronca, tratando de no fijarse en los músculos que deseaba acariciar.

– Eso está bien.

– Gracias.

– ¿Se te ocurre alguna otra cosa que podamos hacer?

– ¿Qué tipo de cosa?

– Casarte conmigo, por ejemplo.

Ella estuvo a punto de pegar un brinco.

– Si lo dices en serio es que estás completamente loco, Alonso.

– ¿Por qué?

– Porque yo...

– Eres viuda.

Sophie se sonrojó hasta la raíz del cabello.

– No se trata de eso. Se trata de que tú no eres la persona adecuada para mí. Y, además, no siento nada especial por ti y tú lo sabes.

– Eso es mentira, Sophie – dijo él con toda la tranquilidad del mundo, cruzándose de brazos –, y tú lo sabes.

– No es mentira – repuso ella incorporándose –, reconozco que entre nosotros hay una cierta... chispa, y que hace años puede que llegara a sentir algo por ti, pero... ¿casarnos? Vamos, Lon, pon los pies en la tierra. Para empezar, no quiero volver a casarme, y para terminar, jamás aceptaría un matrimonio sin amor.

Capítulo 9

Un gran silencio siguió a su acalorada declaración. Lon se limitó a mirarla, divertido. No iba dejarse engañar por el tono fríamente disuasorio de Sophie porque bastaba mirarla para descubrir que todo su ser bullía de pasión, lo aceptara o no. Era posible que no lo amara, pero sin duda lo deseaba. Y seguía siendo una mujer muy interesante.

Sintió que su virilidad se endurecía al recordar la breve mirada que ella le había echado al salir de la laguna, llena de ardor y anhelo. Y sabía que ella temblaba cada vez que él la tocaba. Sophie podía empeñarse en no volver a casarse, pero la relación que había entre ellos no era superficial, sino muy intensa, muy real y muy satisfactoria.

Lon se puso de un salto al lado de ella y la agarró de un tobillo para no dejarla escapar. Y, aunque Sophie no estaba dispuesta a rendirse sin luchar y le dio un buen empujón, todo fue en vano. Lon era diez veces más fuerte que ella, la atrapó y le tomó el rostro con ambas manos.

— ¿Qué entiendes por un matrimonio sin amor? — preguntó él, cara a cara.

— ¡Una farsa! — le espetó ella con rabí

— ¿Piensas que esto es una farsa? — inquirió él acariciándole la mejilla sonrojada con el pulgar.

Sophie se sofocó y empezó a respirar entrecortadamente, la supuesta frialdad había desaparecido por completo.

— No sé a qué te refieres.

— ¿Ni la menor idea? — preguntó él en tono burlón, inclinándose para besarla en el cuello.

Sophie soltó un respingo y él volvió a besarla un poco más abajo.

— ¿Nada? — insistió Lon con una sonrisa maliciosa — . ¿No sientes nada?

— Bueno — dijo ella lamiéndose los labios —, no puedo decir que sea nada en absoluto.

— ¿Entonces qué es lo que sientes?

— Calor.

Una oleada de deseo en estado puro atravesó el cuerpo de Lon, que respondió inmediatamente.

— Veamos a ver si soy capaz de enfriarte — dijo pegando su cuerpo al de ella, una boca sobre la otra.

Ella sabía a césped recién cortado y él separó sus tiernos labios con la punta de la lengua, tomándose todo el tiempo del mundo para explorar el interior de su suave y cálida boca. Sophie gimoteó de placer y apretó las manos sobre el pecho desnudo del hombre que la estaba besando. Él se echó cuidadosamente sobre ella, piel contra piel,

y ella se estremeció bajo el peso de su cuerpo.

Lon estaba tan enardecido que deseaba poseerla allí mismo y conocer sus más íntimos secretos, pero antes necesitaba que ella reconociera abiertamente su propio deseo. Así que demoró deliberadamente los besos y las caricias mientras ella se agarraba con fuerza a su cuello.

Sophie no se había sentido tan viva jamás, sus músculos se estremecían, vibraban y se tensaban con ritmo propio. No podía estarse quieta, necesitaba estrechar el contacto y arqueó su cuerpo contra el de él dándose cuenta de que estaba a su merced, pero sintiéndose tan excitada y libre de ataduras como siempre había deseado estar. Y quería más. Aprovechó un movimiento de Lon para colocar sus caderas exactamente debajo de las suyas, moviéndolas compulsivamente.

Lon le metió los dedos en la boca para que ella supiera lo que significaba la entrega amorosa, para que le imaginara cómo sería sentirlo entrar en el centro de su feminidad.

Ella emitió un sonido ronco y fue consciente de que todo su cuerpo estaba en llamas. Lon metió una mano entre sus piernas, le acarició los muslos y los fue separando poco a poco hasta que pudo colocar su potente miembro entre ellos.

Sophie sollozó brevemente al notar el duro acoplamiento sobre su cálida y húmeda oquedad. Estaba completamente empapada y sabía que su excitación había llegado al límite. «Sí», se dijo. «Tómame «Lléname». «Deja que forme parte de ti».

Él la besó mientras le daba un empujón con las caderas. Ella se arqueó, deseándolo con locura, le clavó las uñas en los hombros, levantó las caderas y succionó la punta de su lengua, suplicando. Metió la mano en la cinturilla de sus calzoncillos, intentando librarse de ellos para guiar su miembro hasta las profundidades de su palpitante feminidad. Pero, en este momento, él se separó y rodó hacia un lado.

— ¿Te has refrescado? — preguntó, mesándose el cabello.

Sophie apenas podía respirar, estaba tumbada sobre la roca, confusa y con el pulso disparado. Lo que corría por sus venas no era sangre, sino lava.

— No — contestó, incorporándose un poco.

— Eso es interesante — dijo él inclinando la cabeza para mirarla —, porque si esto fuera una farsa, ahora mismo estarías como un témpano de hielo.

— Es sólo sexo.

— No, cariño, lo que yo te estaba dando no era sexo, sino amor — dijo él poniéndose en pie —. Así que si me deseas tanto como yo imagino, lo tienes bien fácil. Sólo tienes que aceptar un anillo, firmar un acta matrimonial y prometerme que seguirás conmigo hasta el final de tus días.

Ella temblaba de pies a cabeza, calenturienta.

— No hace falta casarse para hacer el amor.

— ¿De veras?

— Ríete de mí si quieres. No me importa. No me avergüenza decir que sólo quiero

un poco de sexo. Nunca he disfrutado de una buena sesión de sexo, pero ya he tenido un marido.

— ¿Era un buen marido?

— Cállate.

— Puede parecerle curioso, Sophie, pero yo he disfrutado mucho del sexo y, sin embargo, nunca he estado casado. Y me encantaría casarme.

— Te crees muy listo, ¿no? — dijo ella levantándose del suelo para irse a buscar la ropa. A pesar del temblor de manos, consiguió vestirse con normalidad. Como estaba bien claro que no podía librarse de sus emociones, tendría que hacer un esfuerzo para orientarlas a sus necesidades. Ella deseaba mantener una relación amorosa fácil y relajada, y por eso Lon no encajaba en sus planes.

— ¿Qué es lo que te da miedo? — preguntó él desde la entrada de la cueva.

— Todo.

— Qué precisión — se burló él.

— De acuerdo, te daré más detalles. Se trata de la confianza. No confío en ti.

— ¿Te he decepcionado alguna vez? ¿Te he fallado?

— No me has contado la verdad sobre Clive.

— ¿Y de eso dependen tus sentimientos sobre mí? — preguntó él sarcásticamente — . ¿Te propones saber de Clive para decidir sobre Lon?

— No.

— Te interesa saber que Clive y yo somos personas diferentes, «muñeca». Vamos, tenemos que regresar, la tormenta se acerca.

No habían caminado demasiado cuando descargo la tormenta y Lon buscó la relativa protección de un gran árbol.

— No sabía que lo odiaras tanto — dijo Sophie, tragándose la ira y la tristeza. A pesar de que al final de su matrimonio había pensado en divorciarse, ella había amado a Clive.

— Yo no odio a Clive — dijo Lon pasándole un brazo sobre los hombros — . Era como un hermano para mí.

— Y, sin embargo, te enfureces cada vez que hablamos de él.

— No quiero ponerme en contra suya porque ya no está aquí para defenderse — confesó él con un suspiro — , pero la verdad es que lo pasé muy mal al ver cómo terminaba todo. Me dolió que te dejara tan sola y sin dinero, máxime cuando te había arrebatado de mis brazos...

— Lon, él no me arrebató...

— Él sabía que yo estaba a punto de pedirte en matrimonio. Yo ya había visto un anillo que me gustaba, pero quise conocer su opinión. Él se mostró encantado y yo lo compré.

– Pero nosotros nunca habíamos salido juntos como pareja – protestó ella, tensa.

– No quería apresurarte, estabas a punto de licenciarte en la universidad y decidí esperar un poco para cortejarte como era debido – explicó burlándose un poco de su propia ingenuidad –. No puedes imaginarte lo que sufrí al enterarme de que él te había propuesto matrimonio mientras yo estaba en el extranjero. No podía creerme que hubiera podido hacerme algo así... a mí. Tardé mucho tiempo en perdonarlo.

– No tenía ni la menor idea – suspiró Sophie apoyando la cabeza sobre el pecho de Lon.

– No debería habértelo contado, no me gusta ser un mal perdedor.

– No creo que lo importante haya sido perder o ganar, lo importante es que éramos amigos de confianza. Deberíamos haber sido capaces de hablar abiertamente de... todo. Y ahora deberíamos hablará honestamente de nosotros, de Clive, de la vida... Saber la verdad.

Lon sonrió a medias, la miró y luego trazó el arco de sus cejas con un dedo. Sophie respiró hondo, el contacto físico con Lon era algo especial.

– Nosotros, Clive, la vida – repitió él meditabundo –. Hay muchas verdades en todo eso.

– Nada que seamos incapaces de asumir, supongo.

– No lo sé.

– Debemos hacerlo – dijo ella con tono ronco mientras él la miraba con una cálida sonrisa.

– Eres una auténtica preciosidad.

Shophie se quedó sin habla, mirándolo muerta de deseo. Se sentía tal y como se había sentido el día que se conocieron en la fiesta escolar, inmensamente atraída, pero intimidada por su hombría y su fortaleza.

La tormenta había pasado, aún caían gotas de los árboles, pero los pájaros habían empezado a gorjear.

– Será mejor que regresemos al campamento – le dijo Lon al oído con tono grave.

Era casi de noche cuando llegaron y, en mitad de la penumbra, Sophie vio una barca y a dos hombres que estaban destruyendo la plataforma de ramas. Se pegó a Lon con miedo.

– Flip – dijo Lon, saludando a su amigo –, llegáis con adelanto.

– Debemos marcharnos ya – repuso Flip sin alterarse –. La cosa se está poniendo interesante.

Lon no hizo preguntas, se limitó a recoger su mochila y a tomar a Sophie en brazos para vadear el río y depositarla en la barca.

– Ponte el chaleco salvavidas – dijo mientras se encaramaba detrás de ella.

Los dos hombres tomaron posiciones a proa y popa en silencio, manteniendo la sensación de alerta. Algo estaba pasando, se dijo Sophie.

Navegaron a motor río arriba, alejándose de las cataratas y bajo la luz de la luna.

— ¿Qué es lo que está pasando? — preguntó Sophie finalmente en un susurro—. Y esta vez quiero la verdad.

— Valdez, el jefe de Federico, ha llegado.

Flip les indicó que guardaran silencio al pasar por debajo de un puente de hierro. Unos minutos más tarde, guió la barca motora hacia un muelle escondido. Una linterna se encendió dos veces desde tierra.

— No hay problema — dijo Flip, apagando el motor.

Lon saltó por la borda y ayudó a Sophie. Ella se sintió intimidada por el gran silencio de los hombres y de la selva y tomó a Lon de la mano. Enseguida vislumbraron una casa.

— ¿Dónde estamos? — preguntó Sophie.

— En una casa segura.

Ella lo miró de reojo.

— ¿Significa eso que podré disponer de una habitación con llave?

— No, estarás a salvo de todo menos de mí — repuso él con una leve sonrisa.

Era una gran casa de madera, decorada con artesanía nativa. Sophie ocupó su habitación, que estaba conectada con la de Lon por una puerta interior.

— ¿Tampoco se puede cerrar con llave esta puerta? — preguntó ella.

— No, lo siento. ¿Supone algún problema?

Sophie se limitó a mover la cabeza, quitándole importancia al asunto.

— Estupendo, porque la cena está servida.

El menú argentino compuesto de bistec a la parrilla con patatas fritas muy crujientes olía de maravilla, pero Sophie se dio cuenta de que apenas era capaz de comer bajo la atenta, persistente y cálida mirada de Lon.

— Voy a tener que marcharme a cenar a la cocina — le advirtió ella.

— Te seguiría.

— ¿Por qué?

— ¿Tú qué crees? — preguntó él con una mueca burlona y los ojos chispeantes, acariciando literalmente su boca con la mirada.

La estaba mirando tan intensamente que ella se sintió completamente expuesta. Él la deseaba, la deseaba más que a nada en el mundo y quería hacerle el amor, poseerla por completo con todo su ser. Y todos esos sentimientos se condensaban en su mirada, tanto lo que pedía como lo que estaba dispuesto a dar. Placer, un placer inmenso. Pero era necesario que ella confiara en él, si no nunca estaría satisfecho.

Ella se estremeció mientras la sangre acudía presta a sus mejillas y los pezones se le endurecían. Lon la estaba besando con la mirada, pensó Sophie. Y no sólo la cara y los ojos, sino todo su cuerpo.

– Dijiste... – se quedó sin aliento –, dijiste...

– ¿Sí? – la urgió él enarcando una ceja con humor.

– Dijiste que esperaríamos hasta que...

– ... nos hubiéramos casado – terminó él la frase con una amplia sonrisa de satisfacción –. Efectivamente, esperaremos hasta el día de la boda.

– No puedes estar hablando en serio – dijo ella incrédula –. Eso es absurdo.

– No para mí.

– Yo no quiero casarme.

– Qué lástima. Se me ocurren cientos de formas diferentes para hacerte el amor.

– No puedes amarme en cien posiciones distintas.

– ¿He dicho posiciones? Creo que no, aunque se me vienen a la mente unas cuantas muy interesantes – comentó él con una mirada que parecía guardar un secreto lleno de ardor sensual.

Ella lo miró sin aliento, más curiosa que confusa y con la mente llena de imágenes de ellos dos juntos y desnudos. El cuerpo de él sobre el suyo, la cabeza reposando sobre su pecho, ambos estrechamente abrazados...

Ella suspiró lentamente, sintiéndose cada vez más ardiente por dentro.

Era imposible que Lon quisiera esperar a casarse para disfrutar del sexo con ella. El sexo había sido una actividad habitual en su vida de adulto y la palabra matrimonio nunca había tenido la menor importancia.

– ¿Realmente no quieres que lo hagamos hasta que...

– Hasta que seas mía.

Ella se llevó una temblorosa mano a la garganta, sintiendo dificultades para respirar.

– Tú no eres anticuado.

– ¿Y eso cómo lo sabes? – preguntó él apurando la copa de vino.

– Lo sé, te conozco – repuso ella alzando la vista para mirarlo con deseo –. Me hubieras hecho el amor en el asiento de atrás de aquel Bentley de los Wilkins en Buenaventura si te hubiera dejado... ¡y sólo tenía diecisiete años!

La mirada de él se clavó sobre sus pechos.

– Ya tenías unos pechos preciosos por aquel entonces. Y todo lo que pretendía aquella noche era meterme tus pezones en la boca.

Ella apretó los muslos, intentando olvidar la sensación de vacío que había entre ellos. El la estaba torturando. La estaba forzando a casarse sin sexo previo. Ningún hombre le negaba el sexo a una mujer, ése era un truco típicamente femenino.

– Tenías unos pechos tan suaves – prosiguió él –, me moría por lamer esos turgentes pezones...

Ella se irguió de pronto, con los puños apretados.

– Basta, Alonso, ha sido un placer cenar contigo. Buenas noches.

– Buenas noches, Sophie –respondió él controlándose de inmediato con una maliciosa sonrisa de victoria.

Capítulo 10

Los sueños de Sophie fueron extremadamente sexuales y rotundamente físicos. Se estuvo despertando cada media hora, sintiéndose calenturienta y miserable mientras miraba las agujas del reloj y rezaba para que amaneciera y poder así desprenderse del sofoco erótico.

Pero cada vez que volvía a cerrar los ojos, regresaban los sueños y con ellos una imagen de Lon tan adorable y persuasiva que resultaba irresistible. Sentía sus manos, su mirada y el tacto de su cuerpo, pero cada vez que ella se acercaba, él la eludía. Y cuando ella se apartaba, él la buscaba, la besaba en la espalda y en el cuello para que ella regresara...

«Idiota», lo insultó mentalmente, despertándose agitada y sudorosa. Estaba exhausta y necesitaba desesperadamente el alivio físico que sólo él podía proporcionarle. Lon estaba arruinando su vida al negarse a poseerla. ¿Podía concebirse una mente tan diabólica? Se dio la vuelta y hundió la cabeza en la almohada. Pero sabía que no sólo se trataba de sexo. Era ella la que estaba utilizando ese término en un patético intento por proteger su equilibrio emocional.

Era absurdo. En realidad era ella la absurda, puesto que se había casado con Clive para evitar que Lon le rompiera el corazón. Lon representaba el mundo de las emociones intensas y Clive el de la paz y la estabilidad. «Qué ironía», se dijo. La vida había demostrado que Clive era inestable y Lon lo más parecido a una roca. Su roca.

A Sophie se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que morderse el labio para contenerlas. Se puso la almohada sobre la cara deseando poder desaparecer para siempre. No sólo se estaba comportando como un avestruz con la cabeza enterrada, sino como el mayor avestruz del mundo con la peor cabeza cobardemente oculta bajo la arena. Había tomado una decisión que los había hecho desgraciados a todos, a ella, a Clive y a Lon. Y ahí estaba Lon, dándole una segunda oportunidad mientras ella se permitía el lujo de dudar y resistirse.

Se incorporó hasta quedar sentada sobre la cama con la almohada bien sujeta sobre el regazo. Amaba a Lon. Siempre lo había amado. También era verdad que desde el principio se había sentido intimidada por su intensidad, pero parecía que el paso de los años había atemperado ligeramente su carácter. Seguía siendo un hombre apasionado, pero mucho más risueño y paciente.

Él la deseaba y quería compartir el resto de su vida con ella. Y ella anhelaba todo lo que él parecía dispuesto a querer compartir. Sabía que disfrutaría teniéndolo a su lado y podía... llegar a imaginarse casada con él. Acudían a su mente numerosas escenas cotidianas: ellos dos dando un paseo, o desayunando, o bromeando. Todo sería igual que aquellas vacaciones en Buenaventura, incluso mucho mejor porque ambos habían madurado.

Pero existían impedimentos. Había cosas que Lon no sabía sobre ella. Sophie podía ser derrochadora e impulsiva. Y también podía ser destructiva, de hecho se hubiera divorciado si Clive siguiera vivo. No hubiera podido soportar por más tiempo ese matrimonio vacío y solitario. Tenía que contarle a Lon todas esas

verdades. Y sólo podrían casarse si él podía soportarlas.

Sophie se puso el albornoz y se encaminó a la habitación de Lon. Tenía que hablar con él inmediatamente. Oyó el sonido de la ducha y pensó en dejarlo para otra ocasión. Pero de repente se cerró el grifo y ella se quedó helada. «Hazlo», se dijo. «Hazlo ahora mismo». «Llama a la puerta».

Lo hizo. Lon abrió la puerta con una toalla arrollada a la cintura.

– Buenos días – saludó él, agarrando otra toalla para secarse el pelo.

– Buenos días – respondió ella admirando todos esos músculos en movimiento. Cuando Lon soltó la toalla, Sophie parecía estar a punto de echarse a llorar—. Necesito hablar contigo.

– Toma asiento, por favor.

Ella se sentó frotándose nerviosamente las manos.

– Soy como un avestruz – admitió finalmente con tono dolido—. Llevo años escapando de ti, o a decir verdad, escapando de mí misma. Y no porque no me importe nuestra relación, sino porque me importa demasiado – dijo temblorosamente, pero sin perder el control—. Te he amado desde que te conocí, pero amarte a ti es como amar a un semidiós griego.

– ¿Sólo un semidiós?

Ella hizo caso omiso de la guasa.

– No pareces ser tan mortal como el resto de nosotros.

– ¿Crees que soy Superman?

– Algo así. Nunca he podido sentirme a tu altura, pero admito la posibilidad de no haberlo intentado ni siquiera.

– ¿Quieres decirme algo más? – preguntó él con ternura.

– Sí, llegué a creer sinceramente que podría ser feliz sin ti, estaba convencida de que una vez me hubiera casado con Clive podría olvidarte. Pero no fue así. No podía dejar de pensar en ti y me odiaba a mí misma por no haber hecho lo que tenía que hacer en su momento.

Él se acercó, pero ella lo detuvo.

– Déjame terminar... – prosiguió ella.

– No hace falta que sigas castigándote, Sophie – la interrumpió él—. Sé que te arrepientes de muchas cosas y que no siempre has sido feliz, pero yo siempre te he admirado por el esfuerzo que realizaste para que tu matrimonio funcionara, sin echarte atrás...

– Te equivocas – lo interrumpió ella palideciendo—. Eso es lo malo, que me eché atrás. Solicité el divorcio, Lon, necesitaba recuperar mi libertad urgentemente.

– ¿Que hiciste qué?

– Solicité el divorcio el día anterior a la muerte de Clive – dijo temblando—.

Nadie lo sabía, excepto Clive.

Lon la miró atónito.

—Hablé con Clive la noche anterior a su muerte —explicó ella—. Él estaba en Sao Paulo y me llamó desde el hotel. Estaba enfadado, pero no quiso decirme por qué. Y yo estaba tan cansada de sus silencios y de sus malos humores que... —se le quebró la voz—, que le dije que no podía seguir viviendo así.

—¿Y qué te contestó él?

Sophie se echó a llorar.

—Dijo..., dijo: «Claro, cariño, haz lo que tú quieras, lo que necesites».

Lon cerró el puño y golpeó la pared un par de veces mientras Sophie sollozaba.

«Maldita sea», pensó Lon. Todo empezaba a encajar y la verdad era peor de lo que él se había imaginado. Clive había sobrellevado una gran carga sobre los hombros el día de su muerte. No había tenido la suerte de acabar sus días dulcemente.

—Por favor, perdóname, Lon. El ya no puede hacerlo, así que hazlo tú.

Poco a poco las palabras de Sophie se abrieron paso en la torturada mente de Lon. La vio demudada y sollozante y la miró durante unos instantes eternos. Luego recordó las maravillosas vacaciones que habían pasado los tres juntos en Buenaventura.

—No hay nada que perdonar —dijo él con tono ronco—. Somos como somos, como siempre hemos sido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Clive era homosexual —informó Lon.

—¿Homosexual?

Lon no quería herirla, no quería mancillar los buenos recuerdos, pero ella estaba sufriendo inútilmente y era necesario que supiera la verdad.

—Te amaba, Sophie. Y también te necesitaba. Tú eras su coartada frente a la sociedad.

Ella movió la cabeza, incrédula, incapaz de aceptar lo que Lon le había revelado.

—Nunca me dijo ni media palabra, jamás le vi fijarse en otros hombres.

Lon tragó saliva con dificultad. «Porque estaba enamorado de mí», se dijo. Sin embargo, Lon no podía contárselo a Sophie porque era un secreto que Clive había guardado durante toda su vida y que sólo había confesado al verse al borde de la muerte.

Esa noche, Lon se había prometido mantener limpia la memoria de Clive delante de su familia y del mundo entero.

—Durante mucho tiempo odié a Clive por no darte el trato que merecías y por dejarte sin nada el día de su muerte. Pero ahora sé que eso no era verdad. Te dejó en mis manos.

Sophie alzó la cabeza y lo miró a los ojos con el corazón maltrecho y la mente confusa.

– Tendría que habérmelo contado – musitó ella –. Yo lo hubiera entendido.

– No podía. Era un hombre orgulloso que pertenecía a la honorable familia Wilkins. Al casarse contigo abandonó para siempre el camino de la verdad. No podía defraudar a sus padres, ni a ti, ni a mí...

Hubo algo en la forma de decir esas últimas palabras que encendió una luz en la mente de Sophie. Por supuesto..., Clive había estado enamorado de Lon, era evidente. Y toda su vida había sido una inmensa tortura.

– ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? – preguntó ella.

– No mucho. Lo supe el día de su muerte.

Sophie regresó a su habitación anonadada y escruto el armario en busca de algo que ponerse. Finalmente se decidió por una camiseta y una falda de lino. Salió al jardín cercano al río sin poder dejar de pensar que Clive, su marido..., su amigo..., se había visto obligado a llevar una vida secreta de pesadilla, de espaldas a sí mismo.

Alonso apareció al instante.

– No deberías estar aquí afuera. Es peligroso.

– Te buscan a ti, no a mí – repuso ella echándole una mirada de reojo.

– ¿Te encuentras bien? – preguntó él al cabo de unos instantes.

– No.

– ¿Quieres hablar?

– No. Necesito tiempo.

– De acuerdo. Pero entra, no puedo permitir que sigas aquí.

Ella pasó el resto del día a solas, arrebujaada en la cama, tratando de leer, pero sin poder impedir que las lágrimas afloraran a sus ojos una y otra vez. No era sorprendente que hubieran sido infelices puesto que ambos habían renunciado al verdadero amor al casarse. Pero sobre todo se sentía culpable por no haber confiado lo suficiente en Lon, él siempre se había merecido lo mejor y ella lo había rechazado sin explicaciones. Qué estúpida había sido.

De pronto, sintió la mano de Lon sobre la suya. Había ido a buscarla, a sabiendas de que ella estaba atravesando un verdadero infierno.

– Ha sido un día muy largo – dijo Lon quedamente.

– Mucho – respondió ella derramando nuevas lágrimas.

– ¿Sabes...? Creo que él debería estar aquí con nosotros, jugando una inocua partida de cartas, mientras nos decíamos las cosas claramente.

– ¿Cómo qué?

– Como que siempre lo hemos querido y que siempre lo seguiríamos queriendo, sin importarnos su orientación sexual.

—Quédate conmigo esta noche —pidió Sophie mirándose las manos—. Sin sexo, sin besos, sólo tu compañía.

—Lo haré encantado.

Sophie se durmió en los brazos de Lon y se despertó un par de veces para comprobar que él seguía allí, con ella. Amaneció con la cabeza sobre su pecho y se sintió tan protegida como siempre había querido estar.

—Hola —le dijo a Lon, que ya estaba despierto y la miraba.

—¿Has dormido bien?

—Sí, he tenido unos sueños increíbles recordando lo felices que fuimos en Buenaventura. Pero me preocupa Louisa. No es necesario que le contemos la verdad sobre Clive, ¿verdad?

—En absoluto.

—Debería llamarla, me duele que esté tan sola durante la Navidad.

—Invítala a pasar la Nochevieja con nosotros en Argentina. Mandaré mi avión privado para que vaya a recogerla.

—¿Vamos a quedarnos en Argentina?

—Sí, durante un tiempo. He pensado que te vendría bien descansar y tomar el sol durante unos días. Tengo una casa en el Mar de la Plata. Si te parece podríamos pasar allí la luna de miel... ¿o te apetece ir a algún otro sitio?

Ella luchó por encontrar las palabras adecuadas, al fin y al cabo él le estaba proponiendo matrimonio.

—Nunca he logrado ser una buena esposa. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Te amo —dijo él besándola.

—¿Eso es todo?

—¿Debería haber algo más? —repuso él volviendo a besarla.

—No, el amor basta.

—Buena respuesta —dijo Lon apartándole un mechón del cabello—. Cástate conmigo hoy mismo.

—¿Hoy? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí. Tengo a un cura muerto de aburrimiento esperándonos.

—¿Qué?

—Llegó con Flip hace un par de días, le prometí reconstruir la torre de la iglesia, pero mañana es Navidad y está deseando volver a la parroquia de Posadas para celebrar la misa.

—Entonces... ¿vamos a casarnos hoy?

—Hoy. Esta noche —afirmó Lon con una sonrisa satisfecha—. De ese modo el padre Pérez podrá volver a casa.

Ella lo miró, pensando que era el hombre más dispuesto y optimista que había conocido en toda su vida, lo cual empezaba a gustarle.

— ¿Me ha traído el padre Pérez un vestido adecuado para la ceremonia? — preguntó ella con risueña ironía.

— Me temo que el padre Pérez no sea un experto en modas, pero te aseguro que hay un vestido especial esperándote.

Evidentemente, Lon era previsor.

Después del desayuno, Lon se reunió con Flip y Turk, mientras ella trataba de leer un rato sin conseguirlo. Iba a casarse... al cabo de unas horas... ¡con Lon!

Por la tarde, Sophie se dio un largo baño de espuma con la intención de relajarse, pero el corazón retumbaba sin piedad dentro de su pecho. Iba a casarse con Lon en una hora, poco más o menos. ¡Iba a casarse en una hora!, se dijo mientras quitaba el tapón de la bañera.

Se secó y se puso el vestido de encaje blanco que yacía sobre la cama, elegido por Lon, intentando no pensar en lo que iba a pasar inmediatamente después de la boda. ¿Durante cuántas horas harían el amor? ¿Tres, cuatro, cinco, seis, siete? Sí, siete horas parecía un tiempo suficiente, se dijo contemplando su rostro emocionado en el espejo.

El cura era un jesuita anciano y muy amable. Saludó a Lon y a Sophie con un beso paternal. Tomaron asiento los tres y el sacerdote les habló solemnemente sobre la virtud y el estado de gracia que suponía el matrimonio. Después les preguntó si tenían alguna duda. Ellos movieron la cabeza negativamente, muy sonrientes.

— Bien, entonces podemos dar comienzo a la ceremonia — anunció el párroco.

El rito no duró más de quince minutos. Flip y la cocinera argentina actuaron como testigos. Mientras el cura pronunciaba las palabras que iban a santificar la unión, Sophie experimentó un zumbido de luz y calor. Le dio la impresión de ver a Clive sonriente y se sintió completamente en paz consigo misma. Contuvo las lágrimas cuando Lon la miró con una expresión de inusitada felicidad.

— Y por eso os declaro marido y mujer.

Parpadeando para evitar las lágrimas, Sophie alzó la cabeza y Lon la besó ardientemente en la boca.

Él la amaba, se dijo Sophie, exultante, tomando el rostro de Lon entre las manos para besarlo.

— Gracias — dijo ella con sencillez — . Te amo.

— Lo sé.

— ¿De veras?

— Lo he sabido siempre.

Ella hubiera deseado desaparecer con él en aquel momento, pero había que firmar los documentos. Primero firmaron los testigos y luego le llegó el turno a Sophie. El certificado estaba escrito en español y al final figuraban los nombres completos de

ambos: Sophia Elizabeth Johnson y Alonso Tino Galván.

¿Galván? ¿Qué significaba eso?, se preguntó Sophie. Habían hablado de ello y él le había explicado que se trataba de un viejo apodo familiar. Y, sin embargo, estaba allí, en su certificado de matrimonio.

—¡No! —exclamó Sophie, retirándose de la mesa sin firmar con un disgusto evidente. Habían acordado decirse siempre la verdad, pero era evidente que Lon había faltado a su palabra.

—¿Qué pasa? —preguntó Lon.

—¿Quién demonios eres? —le espetó ella con furia.

Capítulo 11

Lon miró a Flip y al cura, y ellos desaparecieron discretamente. —Sabes perfectamente quién soy —dijo él cerrando la puerta antes de mirarla.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarse engañar de nuevo.

—Yo sólo conozco a Alonso Hunstman —respondió deseando ir vestida de otra manera—. No sé quién es Alonso Tino Galván, el hombre con el que supuestamente voy a casarme.

—Sophie...

—No me trates con condescendencia. Te has llamado Alonso Huntsman desde que te conozco.

—Huntsman es el apellido de soltera de mi madre, no el mío.

—¿Por qué te llamas Huntsman, entonces?

—Mi madre quiso protegerme. Tenía miedo del qué dirán si la gente llegaba a saber que era hijo de Tino. Mi padre estuvo de acuerdo y así fue como crecí llamándome Hunstman.

—¿Qué pone en tu certificado de nacimiento?

—Galván.

—Ya hablamos sobre este tema —dijo ella apretando los puños—, y me dijiste que era un viejo apodo familiar. Jamás me confesaste que ése era tu verdadero apellido.

—Y, en realidad, no lo era puesto que no lo usaba.

—Pero el párroco lo sabe y Federico Alvare también...

—Galván se convirtió en un alias.

Ella temblaba de furia contenida, sin saber qué decir. El apellido Galván era muy conocido en Argentina, pertenecía a una gran familia muy adinerada, poderosa y aristocrática.

—Hemos sido amigos durante años y nunca me has hablado de la familia Galván. Y ahora resulta que eres hijo de Tino, ¿no es así?

—Así es.

—¿No piensas que deberías habérmelo contado?

—No me pareció importante. Era sólo un nombre.

—¿No conoces a tu propia familia?

—Hace un par de años conocí a mis hermanas y hermanos, pero no a la segunda esposa de mi padre.

—¿Aún vive?

—Sí.

– ¿Cómo son tus hermanos y hermanas?

– Gente agradable y muy trabajadora.

– ¿No son ricachones malcriados?

– No. Tienen dinero, pero han sufrido muchas penalidades. De hecho, fue un problema importante relacionado con mi trabajo lo que me permitió conocer al primero de mis hermanastros. Descubrí por casualidad que alguien estaba intentando vender a un niño de la familia Galván. El mercado negro no era mi especialidad, pero me llamó la atención el apellido del niño y me puse a investigar.

– ¿Y?

– Se demostró que el niño era de veras un Galván, el hijo de Annabella y Lucio. Tardamos un año entero en encontrarlo, pero finalmente pudo volver a reunirse con sus padres.

– ¿Y qué pasó con tu madre?

– Mi madre amaba a Tino pasionalmente y él demostró que también nos correspondía. Creó un fondo fiduciario para mí y arregló las cosas para que mi madre recibiera todo tipo de cuidados hasta su muerte. No era un hombre perfecto, pero era mi padre. Y siento una cierta lealtad familiar, si no por él, al menos por mi madre.

– ¿Sabe Boyd todo esto?

– Boyd sabe que nunca será como un padre pan mí, pero mi madre lo necesita. Ella quedó destrozada con la muerte de Tino y no seguiría entre nosotros si no hubiera sido por el apoyo de Boyd.

– Y si no fuera por ti, yo tampoco estaría aquí – dijo Sophie, agarrando la pluma estilográfica.

– Pero tú me amas – intervino él con expresión pétrea—. Profundamente. Apasionadamente.

– Apasionadamente, Alonso Tino Galván – asintió ella mientras firmaba.

Era cierto, se dijo Sophie mientras deambulaba por la suite con la vista puesta en una botella de champán que se enfriaba en un cubilete de hielo. Le amaba profunda y apasionadamente, pero estaba más nerviosa que en ningún otro momento de su vida. No porque fuera virgen, reflexionó, con la vista fija en el color dorado de la botella. Conocía la mecánica del asunto, evidentemente, pero el sexo parecía algo totalmente diferente tratándose de Lon.

Se abrió la puerta y entró él vestido con un pantalón corto de pijama y un albornoz abierto que dejaba ver la musculatura de su vientre y su pecho brillando bajo la suave luz del dormitorio.

– Yo no me he cambiado de ropa – comentó ella ridículamente—. ¿Debería haberlo hecho?

– No – dijo él con una mirada vertiginosa que la convertía en la única mujer del mundo—. ¿Aún no has abierto la botella de champán?

– Te estaba esperando.

– Gracias – dijo él acercándose para quitarle el tapón sin esfuerzo aparente. Sonriendo mientras el champán siseaba, lleno la copa de Sophie y se la tendió—. Bebe.

Ella tomó un sorbo y le devolvió la copa. Él bebió un buen trago y, pasándole la mano por la cintura, la atrajo hacia sí. Inclino la cabeza y la besó muy despacio, tan despacio que ella sintió como todo su interior se derretía lentamente y se fundía con el cuerpo de él.

– Baila conmigo – le susurró él al lado del oído.

– No hay música.

Él volvió a besarla cerca del lóbulo de la oreja.

– Sí la hay. Cierra los ojos y podrás oírla – dijo, estrechándola aún más fuerte mientras una mano recorría su espalda de arriba abajo, trazando finalmente las curvas de su cintura, de su cadera y de su trasero—. Escucha – añadió besándola en el cuello.

Ella prestó atención. Al principio sólo oyó el fogoso retumbar de su corazón y el fluido pulsátil de la sangre en sus oídos, pero cuando apoyó la cabeza sobre su pecho, escuchó también el ritmo tranquilo del corazón de él. Sophie se relajó con un suspiro y acompasó su respiración a la de Lon. Palpitando al unísono, bailaron lentamente y ella revivió la placidez de su primer baile con él, el día que se habían conocido en la fiesta escolar. Se sintió tímida e inexperta, pero dolorosamente excitada. El rozamiento de su pecho contra el suyo, la rodilla entre sus piernas, los dedos que exploraban suavemente sus cervicales... todo ello contribuía a que ella empezara a perder el control. «No», se corrigió con una sonrisa, ya había perdido el control por completo y se sentía feliz.

– ¿Qué es lo que quieres que hagamos? – pregunto él.

Ella dejó resbalar los dedos por su pecho indolentemente, deteniéndose un instante en uno de los rizos que lo cubrían.

– Lo que tú quieras.

– Yo sé lo que quiero, pero quiero que la decisión sea completamente tuya.

– ¿Y si yo no...?

– Pues bailamos, o bebemos champán, o nos vamos a dormir.

– ¿Pero si yo quiero... ?

– Pues lo hacemos.

– Puede que no salga como tú esperas – dijo ella dubitativa.

– Estoy seguro de que voy a disfrutar de cualquier cosa que haga contigo.

– No puedes estar tan seguro. Nunca hemos tenido una relación sexual.

– Siempre lo llamas sexo, ¿no?

– Así se llama.

– Sólo cuando se trata de desconocidos, pero nosotros no lo somos. ¿Por qué no llamarlo hacer el amor?

– Bueno..., nunca ha significado eso para mí, era simplemente... una obligación.

– No me extraña que te disguste tanto el matrimonio.

– No me disgusta. Lo que me molesta son las mentiras, y no puedo soportar que el marido domine a la esposa y la posea cuando guste, sin más...

Alonso la besó para hacerla callar. La besó hasta que su cabeza empezó a dar vueltas, sus labios temblaron y su cuerpo se calentó convirtiéndose en una red de excitantes impulsos eléctricos.

– Nosotros no haremos ese tipo de vida. Dime, ¿qué es lo que quieres?

Sus miradas quedaron prendidas. Ella respiraba entrecortadamente, con el pulso disparado y el corazón a la carrera. Sintió que todo su ser se hundía en el pozo sin fondo de sus increíbles ojos azules.

– Te quiero a ti.

– ¿Alguna parte en especial?

– No, a ti, por entero.

Él no la dejó desvestirse, quería besarla a conciencia con su traje de novia.

Lon se sentó en la cama y la colocó sobre su regazo. Empezó acariciándole los tobillos, después las rodillas y finalmente metió la mano entre sus muslos. Ella se estremeció y experimentó una fuerte sacudida cuando los dedos de él llegaron hasta el cálido y húmedo centro de su feminidad, preparada para recibirlo.

– Lon...

Él metió un dedo en la suave cavidad.

– Lon...

Él buscó el duro botón y lo acarició con delicadeza. Sophie se abrazó a su cuello y lo besó.

– Hazme el amor, ahora mismo – pidió con urgencia mientras intentaba quitarle el pantalón del pijama.

– Desata el lazo – dijo él.

Ella lo hizo y, a continuación, él se puso en pie y el pantalón corto resbaló por sus piernas hasta el suelo. Entonces, ella se levantó también.

– Y ahora mi vestido – insistió

– Todavía no – dijo él metiendo las manos por debajo de la falda para quitarle las medias. Después agarró su trasero.

Ella estaba fascinada por el contacto y, cuando él volvió a sentarse, se lanzó alegremente sobre su regazo.

– Quiero hacerlo sentada sobre ti – anunció Sophie. Nunca había estado encima de ningún hombre y sentía una gran curiosidad.

Él la giró levemente para poder penetrarla y mientras él la llenaba, ella gimió. Lon la notó tensa y le acarició las caderas.

– No pasa nada, todo va bien – dijo –. Tu cuerpo necesita tiempo, confía en mí.

– Confío.

– Entonces, bésame.

Ella volvió la cabeza para besarlo. Cuando estaba entretenida succionando su labio inferior, Lon aprovechó para empujar su miembro hasta el fondo, y ella soltó un grito sollozante. Era increíble tenerlo dentro, la sensación era tórrida, pero dulce y delicada.

Y él no tenía prisa, sino que actuaba con ternura. La agarró con fuerza y empezó a subirla y a bajarla con movimientos muy lentos, creando una fricción magnética. Pero Sophie quería algo más, quería sentir el contacto de sus cuerpos desnudos.

– ¿Nos deshacemos del vestido ya?

– Por supuesto – repuso él alzándola ágilmente y dándole la vuelta para bajarle la cremallera antes de quitárselo con delicadeza.

Después se echó sobre ella en la cama, llenándola y dejando que aumentara la sensación de calor en cada embestida, lentamente, como si tuviera toda la vida por delante.

Para Sophie, la pasión era una sensación cinética que crecía con el rítmico movimiento y llegaba de forma exquisita a todas sus terminaciones nerviosas mientras él se endurecía cada vez más dentro de ella. Al cabo de unos instantes, no pudo evitar dejarse llevar por la primera oleada de placer. Experimentó una locura deliciosa, su cuerpo y su mente convertidos en puro sentimiento, bailoteando al ritmo de las cercanas cataratas y del gorjeo de los pájaros. Hubiera deseado prolongar el momento eternamente.

– Más – pidió volviendo a sentir temblores.

– Estás sonriente – comentó él con cariño antes de besarla.

– Me gusta.

– Sorprendida, ¿no?

A Sophie le encantó que él bromeara relajadamente en un momento como ése, mientras volvía a introducirse en ella suavemente.

Ella nunca había tenido un verdadero orgasmo, pero sin duda iba a tenerlo de inmediato. Suspiró con cada embate, estremeciéndose y llegando a un punto de no retorno. De pronto dudó, no podía pedirle tanto a la vida. Pero luego observó a Lon y se dijo que con él a su lado todo era posible. Levantó las caderas y lo besó con pasión desatada mientras ella llegaba cada vez más alto, sintiéndose cerca del vórtice... ¿de qué? Del amor, del sexo, del amor, del sexo... El placer cabalgaba dentro de su cuerpo en un ardiente viaje que terminó con una explosión abrasadora, que

jamás habría podido imaginar. Y no estaba sola, Lon también acababa de expulsar su simiente con un tonante rugido de pasión.

Saciada y soñolienta, se acurrucó junto a él, encajando perfectamente curva contra curva.

– Sin duda, sabes lo que haces – comentó ella, aún sin aliento.

– Sólo contigo, cariño.

Varias horas más tarde y medio dormida, Sophie notó cómo Lon la buscaba y se dejó hacer como si fuera la cosa más natural del mundo. Después de hacer el amor de nuevo, ella se recostó sobre su pecho.

– Cuéntame una cosa – dijo.

– ¿Qué es lo que quieres saber? – repuso él.

– ¿Por qué se enredó Clive con Federico y Valdez?

– Por dinero. Como sabes, Clive lo había perdido todo jugando a la bolsa, lo suyo y lo de su madre.

Sophie recordó aquella última época con Clive. Siempre volvía tarde del trabajo, tenso y enfadado.

– ¿Y Louisa no lo descubrió?

– Clive encontró la manera de tapan ese agujero financiero.

– A través de Federico, supongo.

– Clive no tenía ni idea de en qué se estaba metiendo.

– ¿Cuándo se dio cuenta?

– Probablemente al final – dijo Lon encogiéndose de hombros.

– ¿Quién le descubrió la verdad?

– Yo.

– ¿Al mismo tiempo que él te revelaba sus sentimientos hacia ti?

– Sí.

Lon no estaba muy comunicativo, pero Sophie lo entendía. Aquella última noche en Sao Paulo debía haber sido un auténtico infierno, física y emocionalmente. Las imágenes de la muerte de Clive rondarían para siempre la mente de Lon.

Él le acarició la mejilla.

– Te amo – dijo –. Sabes que te necesito, ¿no?

Ella sintió una punzada en el corazón.

– Siento haber tardado tanto en darme cuenta – susurró.

– Mejor tarde que nunca – concluyó él, estrechándola fuertemente.

Sophie descubrió que estaba sola cuando se despertó a la mañana siguiente. El aire acondicionado estaba puesto, por lo que dedujo que ya habría empezado a hacer

calor mientras bostezaba y se estiraba.

Después de ducharse, se envolvió en el albornoz de seda de Lon y se encaminó a la cocina para hacerse una taza de té y volver a la cama. Oyó voces procedentes del comedor. Era Flip el que hablaba en ese momento.

—¿No hay duda sobre el helicóptero? En cuanto lo usemos, quedaremos al descubierto.

—Es la forma más rápida de sacarla de aquí —respondió Lon con firmeza.

—Ya, y también es la forma más rápida de que te hagan picadillo —replicó Flip.

Atónita, Sophie se pegó a la pared. Estaban hablando de ella, de sacarla de allí mientras Lon se quedaba.

—Nadie me hará picadillo —dijo Lon—. Eso sería poco para Valdez. Quiere verme cara a cara —añadió con una risotada que nadie secundó y que le puso los pelos de punta a Sophie.

—No vamos a limitarnos a dejarte aquí, amigo —dijo Turk.

—No hay otra opción —repuso Lon—. El padre Pérez tiene que volver a la parroquia hoy. Quiero que vosotros dos os vayáis con Sophie y con él.

—No pienso dejarte solo —intervino Flip—. Me has contratado para que haga un trabajo y pienso terminarlo. No podemos separarnos. Me quedaré contigo. Turk puede irse con Sophie.

—De acuerdo —aceptó Turk—. Me ocuparé de que llegue sana y salva hasta la casa de tu familia en Buenos Aires. Conmigo estará segura.

Se oyó un ruido de sillas, la reunión se estaba disolviendo.

—El helicóptero parte dentro de veinte minutos —recordó Lon—. Me voy a buscar a Sophie.

No tuvo que buscar mucho puesto que se la encontró nada más salir del comedor.

Ella salió corriendo, pero Lon la acorraló contra una pared antes de que pudiera encerrarse en el dormitorio.

—Mírame —dijo severamente.

Pero ella no podía, iba sacarla de allí para quedarse solo ante el peligro. Tembló mientras él la sujetaba por los brazos.

—¿Piensas que esto es fácil para mí? —insistió él—. ¿Crees que me gusta lo que está pasando?

—Puedes venirte con nosotros —dijo ella—. No tienes por qué quedarte.

—Tengo que hacerlo, es mi trabajo...

—No es tu trabajo. Tú eres el propietario de una mina de esmeraldas y te dedicas a la exportación...

—Sophie..., hace mucho tiempo que queremos capturar a Valdez. Y ahora lo tenemos a mano... porque viene por mí.

— Por eso mismo deberías salir corriendo.

— Yo nunca huyo de los problemas — dijo él con una sonrisa.

— Y todavía te preguntas por qué has tardado tanto en casarte.

— Si no me quedo y enfrento la situación ahora que puedo — dijo perdiendo la sonrisa —, tendré que huir y ocultarme durante toda la vida. Y no quiero estar constantemente preocupado por mis seres queridos. Recuerda cómo ha conseguido Valdez atraerme hasta aquí.

Sophie tragó saliva con dificultad.

— ¡No tenías ningún derecho a casarte conmigo! — protestó —. No, para hacerme esto.

— ¡Tenía todo el derecho! De esta manera, si me pasa algo, tú serás mi heredera.

— ¿Una herencia? — se horrorizó Sophie—. ¿Es eso lo mejor que puedes ofrecerme? ¿Llevamos un día casados y ya pretendes tranquilizarme con dinero? ¡Déjame! Estoy lista para irme. No traje nada conmigo y me voy con las manos igualmente vacías.

— Sophie...

Ella se zafó de él.

— ¡No! No puedo soportarlo. No me casé contigo ayer para convertirme en tu viuda hoy.

— No será hoy.

Ella se llevó las manos a la cara, luchando para mantener el control. No estaba preparada para perder ya a ese hombre. Finalmente alzó la cabeza con lágrimas en los ojos.

— ¿Por qué te persigue Valdez? — preguntó, desolada.

— Maté a su hermano — confesó él enjugándole una lágrima.

— Quiero saberlo todo — dijo ella alzando la barbilla.

— Todo sucedió durante aquella noche en Sao Paulo, la noche en que murió Clive — recitó él con un suspiro.

— ¿Qué pasó esa noche?

— Había agentes secretos infiltrados en el imperio de la cocaína dirigido por Valdez. Él orquestó una trampa con la ayuda de Clive. Cayeron dos agentes, que fueron lentamente torturados hasta morir. Y como Valdez no quería tener testigos, también mató a Clive.

— ¿Cómo sabes todo eso?

— Yo era uno de los agentes, el único que salvó la vida de puro milagro. Pero vi todo lo que sucedió allí aquella noche y soy el único hombre del mundo que puede ser testigo de cargo en un juicio contra él.

— ¿Y por qué no ha tratado de matarte antes? — preguntó ella con tono

desmayado.

– Porque me he escapado de sus garras una y otra vez. Soy un tipo listo – añadió intentando relajar un poco la conversación.

Ella lo miró con una mueca, consciente de que no podía cambiar su personalidad y de que, sin embargo, seguía amándolo. Lo único que podía hacer era rezar para que salvara la vida.

Lon la tomó de las manos.

– Todo va a salir bien, preciosa.

– No, si no vuelves a casa – repuso ella con expresión sombría.

Capítulo 12

El la llevó de la mano hasta el dormitorio para que se vistiera con unos vaqueros negros y una camiseta, después, bajaron inmediatamente. Salieron de la casa y se internaron en el bosque. A escasos metros había una especie de garaje de cemento, con los laterales cubiertos de vegetación y el techo horizontal disimulado con pintura de camuflaje.

Las paredes se retiraron y el techo se abrió dejando bien a la vista un helicóptero.

Sophie sintió una punzada en el estómago, todo lo que estaba sucediendo era real, ella se marchaba y Lon se quedaba.

—He estado en peores situaciones, Sophie —dijo él llevándose la mano de ella a los labios.

Ella le correspondió, trazando con un dedo la línea de la cicatriz.

—¿Cómo te hiciste esto?

—Fue durante la noche en que maté al hermano de Valdez.

Ella lo miró, incrédula.

—¿Qué clase de vida es ésa?

—Una vida muy dura, pero que implica enormes recompensas. Ahora, mi recompensa eres tú —dijo él encaminándose al helicóptero, que ya tenía los motores en marcha.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó ella, casi suplicante, con las ropas y la melena al aire.

—En Buenos Aires —repuso él aupándola al aparato.

—¡No te he preguntado dónde, sino cuándo! —gritó ella mientras Turk se aprestaba a cerrar la puerta.

—¡Confía en mí! —se despidió Lon, justo antes de que el helicóptero empezara a elevarse.

—Confío —susurró ella, con la vista fija en la ventana. Un segundo más tarde el techo se había cerrado y la imagen de Alonso se había desvanecido, quedando sólo una amplia panorámica de la jungla.

Se sentó al lado del padre Pérez y se ajustó el cinturón de seguridad por orden de Turk.

—Ten fe —dijo el cura

«Fe», se repitió ella en silencio mientras se alejaban.

Iban a volver a aterrizar. Hacía una hora que habían dejado al padre Pérez en Posadas, al sur de las cataratas. Sobrevolaron la gran ciudad de Buenos Aires y descendieron hasta un helipuerto situado en la azotea de un rascacielos.

Un hombre de lo más intimidante, con los brazos cruzados, completamente

vestido de negro y con gafas de sol los esperaba. Turk habló con él.

Sophie no podía soportar la tensión, esa clase de vida era lo que más odiaba en el mundo. Turk se volvió hacia ella.

– ¿Quieres que me quede contigo?

Sophie se negó, sabía que Flip y Lon contaban con él en aquellos momentos. Reunió fuerzas y se encaminó hacia el serio hombre de negro.

–Hola –dijo ella con tono extraño, secándose el sudor de las manos en los pantalones–. Me llamo Sophie.

–Lázaro Herrera –se presentó el hombre extendiendo una mano para estrechar la de ella–. Uno de los hermanastros de Alonso.

–¿Uno? –preguntó ella impresionada por la envergadura del hombre, que superaba a la del propio Lon

–Somos una gran familia.

–¿Son... todos... como... tú? –preguntó ella sin recato.

–No, yo soy el más simpático –repuso él con una despreocupada sonrisa, quitándose las gafas de sol–. De hecho, estoy aquí porque nadie se atreve a enfrentarse conmigo. Pero, ven, déjame que te lleve a casa de Dante. La familia se reúne allí por Navidad y todos están deseando conocerte, especialmente Anabella.

– Ah, Anabella. Alonso encontró a su hijo.

– Exacto.

Bajaron en ascensor hasta el nivel de la calle y salieron por el vestíbulo principal para meterse en uní limusina negra que los esperaba.

Veinte minutos más tarde se detuvieron frente a una elegante casa del barrio de Recoleta, uno de los más antiguos y de mayor abolengo de Buenos Aires. Antes de que tuvieran tiempo de llamar a la puerta ésta se abrió y todos sus habitantes parecieron salir en tromba: un montón de niños pequeños, tres mujeres rubias y varios hombres tras ellas.

Sophie los miró aturdida, pero en cuanto se sentaron a la bien surtida mesa se dio cuenta de que eran gente muy amable y cariñosa. Los niños estaban muy revoltosos.

– Hay que transigir con ellos –dijo Anabella–, al fin y al cabo esta noche es Nochebuena y están medio locos con la ilusión de los regalos–. Ése es Tomás –explicó con un leve ademán–, y ese Tulio.

– Cuéntanos algo de la boda –intervino Zoé con un bebé acurrucado en el pecho.

– Como habrás podido adivinar Zoé es la romántica de la familia –dijo Daisy con una sonrisa–. Un rasgo imprescindible para enamorarse de Lázaro.

– Y no hay duda de que Daisy es la mayor de las hermanas –reveló Anabelle con una carcajada–. Siempre lleva la voz cantante, pero se lo permitimos porque suele tener razón.

La camarera anunció que el postre y el café iban a servirse en la terraza. Al

levantarse de la mesa, Sophie se sintió extremadamente sola y tuvo un acceso de llanto. Toda la familia estaba allí, bebiendo, comiendo, charlando y riendo mientras Lon seguía en Iguazú.

– Es un tipo listo – dijo una voz masculina detrás de ella – . Valiente y audaz.

– ¿Eres Lucio? – preguntó Sophie enjugándose las lágrimas.

Él asintió.

– Alonso encontró a tu hijo...

– Sí, ya tenía cinco años. Fue un milagro. De hecho nos sentimos tan felices, que adoptamos a un amiguito del orfanato, Tulio. Alonso es un héroe. Sabes que puedes confiar en él, ¿no?

– Es Navidad..., me gustaría que estuviera aquí.

– Todavía no, falta un día.

Sophie pasó el día tratando de contener su inquietud. Durmió en la habitación de invitados y se despertó con la algarabía de los niños llenos de júbilo con los regalos.

– ¿Cuándo va a venir el tío Alonso? – preguntó Tomás durante el desayuno.

Los adultos se miraron en silencio.

– Pronto – dijo finalmente Anabelle–. El tío Alonso siempre aparece por Navidad – añadió dirigiendo una mirada de ánimo a Sophie.

Pero el día transcurrió sin novedad y los niños se fueron a la cama a las diez. Era más de medianoche cuando los adultos seguían reunidos bebiendo vino y charlando. Sophie se levantó como movida por un resorte al oír dar la una en el reloj de pared, estaba exhausta, pero no podía irse a dormir, así que salió al jardín por la puerta principal. ¿Qué haría si Alonso no regresaba? ¿Adonde iría? ¿Qué sería de ella? Pero no debía alimentar los malos presagios. Lon volvería a ella, había dicho que lo haría y no faltaría a su palabra. Y ella confiaba en él.

– ¿Quieres compañía? – preguntó Dante, el hermano mayor de los Galván, acercándose a ella –. Daisy y yo hemos pensado organizar una fiesta para celebrar vuestra boda cuando regrese Lon. Para nosotros es importante festejar las alianzas familiares, nos sentimos muy unidos.

– Gracias – dijo Sophie, era evidente que los Galván estaban muy orgullosos de su familia –. ¿Estás seguro de que volverá pronto?

– Sin la menor duda – repuso Dante con firmeza naturalidad.

Un coche se acercó a la casa.

– Confía en tu suerte – dijo Dante retirándose– Puede que te lleves una alegría esta misma noche.

Pero el coche pasó de largo y dobló en una esquina. Sophie se mordió un labio, desesperanzada.

– Sophie – la llamó quedamente la voz del hombre que amaba desde el lateral del jardín, dejándola atónita.

—¿Cuándo has llegado? —exclamó agitada—. ¿Por qué no has entrado por la puerta principal?

—Eh, no seas tan impaciente —dijo Lon abrazándola apasionadamente—. Feliz Navidad, «muñeca».

La puerta principal se abrió de nuevo dando paso a toda la familia Galván, incluidos los niños. Durante unos minutos todo fueron abrazos, besos, risa y bienvenidas que crearon un clima general de camaradería y afecto compartido. Y Sophie se dio cuenta de que Lon era uno de ellos, de que pertenecía a la familia Galván tanto como los demás.. Lloró porque eso era lo que ella siempre había deseado: vivir rodeada por una familia risueña y entrañable..., llena de amor.

Anabella la tomó del brazo para llevarla hasta la cocina, donde ya se estaba reuniendo toda la familia con cierto desorden mientras Daisy preparaba un refrigerio especial para Lon.

—¿Hubo confrontación? —preguntó Dante.

—¿Capturasteis a Valdez? —preguntó Lázaro a mismo tiempo.

Lon contó la escaramuza mientras comía.

—Apenas hubo confrontación porque conseguimos poner de acuerdo al MI6, a la CÍA y a las policías de Argentina y Brasil. La casa estaba completamente rodeada, Valdez y sus hombres no tuvieron ni la menor oportunidad de escapar.

—¿Está Valdez en la cárcel? —preguntó Lázaro.

—Se negó a dejarse atrapar, se disparó un tiro en la sien al verse acorralado. También murió Alvare, pero la mayor parte de nuestras fuerzas salió ilesa.

—¿Qué fuerzas? —preguntó Sophie, desconcertada.

—El MI6 —respondió Anabella.

—El tío Alonso es espía del servicio secreto de su Majestad la Reina de Inglaterra —dijo Tomás con gran orgullo.

—¿Eres un espía? —preguntó Sophie, anonadada.

—¿No lo sabías? —se interesó Tomás mientras los adultos intercambiaban miradas.

—Lo fui —dijo Lon—, pero me retiré hace un par de años, todo tiene un límite.

—¿Qué límite?

—Perdí a mi mejor amigo.

Ella comprendió de inmediato cómo todas las piezas encajaban en el rompecabezas y deslizó la mano entre las suyas, recostándose sobre su pecho.

—Creo que necesitamos pasar un tiempo a solas, cariño —dijo Sophie mientras todos se disponían a retirarse.

Una vez en su habitación, Lon apretó los dientes.

—Siento no haber podido contártelo antes, no mientras Valdez estuviera vivo.

– Lo comprendo – dijo ella suavemente.

– ¿En serio?

– Claro, no querías que tuviera datos que pudieran ponerme en peligro. Pero... ¿es verdad que estás retirado?

– Totalmente. Hoy día no soy más que un aburrido comerciante de esmeraldas.

Ella se quitó un gran peso de encima, había pasado tanto miedo por él... Pero Lon había regresado y, a partir de entonces, todo iba a ir bien.

– Qué vida tan tediosa – bromeó ella –. No sé si seré capaz de soportarlo – añadió empujándose para besarlo –. Quizá si....

Él le devolvió el beso con ardor, separó sus labios con la lengua y exploró toda su boca. Hicieron el amor con una necesidad desesperada. Si en Iguazú él se había mostrado atento y delicado, aquella noche la tomó varias veces con auténtica voracidad.

Mucho más tarde, Sophie despertó entre sus brazos.

– Si no hubiera podido pasar la Navidad contigo, me hubiera sentido feliz con tu familia – susurró soñolienta.

– Te gustan las grandes familias, ¿no?

– Hum. Podríamos habernos evitado muchos problemas si me hubieras hablado de tu familia hace diez años. Son encantadores, creo que mi preferido es Lázaro.

– Rectifica ahora mismo – ordenó Lon con una amplia sonrisa.

– Cómo no. Mi preferido eres tú – repuso ella con una carcajada mientras agitaba de nuevo las caderas sobre él y recibía la correspondiente respuesta –. Eres un héroe, lo sabes, ¿no?

– Algo he oído, creo que tiene que ver con los genes.

Fin